

CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ





# CRÓNICAS

---

PREMIO NACIONAL DE PAZ



**CRÓNICAS. PREMIO NACIONAL DE PAZ**

© Friedrich Ebert Stiftung en Colombia -Fescol-

© C3 - Centro de Competencia en Comunicación  
para América Latina y el Caribe

© Marta Ruiz

Calle 71 N° 11-90

Teléfono: 57 (1) 3473077. Fax: 57 (1) 2173115

Correo electrónico: [fescol@fescol.org.co](mailto:fescol@fescol.org.co)

[www.fescol.org.co](http://www.fescol.org.co)

Primera edición

Bogotá D. C., noviembre de 2010

ISBN: 978-958-8677-02-6

Producción editorial

Éditer Estrategias Educativas Ltda.

[ctovarleon@gmail.com](mailto:ctovarleon@gmail.com)

Diseño carátula: Camila Cesarino Costa

Fotografía de carátula: Augusto Rosa

Impresión: Editorial Gente Nueva

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

# CONTENIDO

---

PRÓLOGO	
UNA PAZ ESQUIVA	vii
LOS SOBERANOS	1
<i>Patricia Nieto</i>	
VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA	19
<i>Nelson Fredy Padilla Castro</i>	
LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO	33
<i>Luis Alberto Miño Rueda</i>	
EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN	53
<i>Margarita Martínez Escallón</i>	
MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO	67
<i>José Alejandro Castaño</i>	
BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE	79
<i>Marisol Gómez Giraldo</i>	
LOS HIJOS DE LA GAITANA SIGUEN CRECIENDO	89
<i>José Navia</i>	
UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO	103
<i>Alejandra de Vengoechea</i>	
MADRES CORAJE	115
<i>María Teresa Ronderos</i>	

LA FAMILIA AUSENCIA	131
<i>Cristian Valencia</i>	
CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN	145
<i>Pilar Lozano</i>	
EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS	161
<i>Alberto Salcedo Ramos</i>	
“HERMANO PARA SIEMPRE”	187
<i>Marta Ruiz</i>	
VOLVER A EMPEZAR	199
<i>Sandra Janer</i>	

## PRÓLOGO

# UNA PAZ ESQUIVA\*

---

**E**n Colombia se han explorado muchos caminos para la paz. En las últimas dos décadas se han firmado varios pactos de negociación entre grupos armados y gobierno. Han sido, por lo general, acuerdos entre las cúpulas de poder que han llevado en ocasiones a pactos políticos importantes que, sin embargo, no han significado casi nunca la pacificación de los territorios.

El desarme del M-19, el PRT, el EPL, el Quintín Lame, y la CRS a principios de los años noventa desembocó en la transformación del marco institucional del país, con la Constitución de 1991. Sin mediadores, sin sociedad civil, estas negociaciones fueron pactos de desarme a cambio de garantías para la integración a la vida social y política, que se dieron en un clima particular. Veníamos de una violencia atroz y desconocida: la del narcoterrorismo. Indiscriminada, masiva y brutal, había doblegado a una parte del Estado y la sociedad. Por encima de esa violencia anárquica, cuyo móvil era la codicia, emergía una violencia política encarnada en los guerrilleros y en un Estado que había abusado en múltiples ocasiones de su fuerza.

---

\* Las crónicas publicadas en este libro fueron escritas durante el segundo semestre del año de 2009.

En contraste con la mafia, y en clara diferenciación con ella, los insurgentes y el gobierno hallaron en el acuerdo, en la concertación y en diálogo unos puntos de encuentro. La reforma de la Constitución y el mutuo perdón se abrió como camino imperativo para seguir adelante. Los adversarios se reconocieron como tales y se sentaron a la mesa a pactar una nueva constitución. La esperanza de una transición y de un nuevo pacto social colmó por lo menos momentáneamente las expectativas de un país que en ese entonces se identificó con la paz.

Pero la pacificación estaba lejos. No logró que se cerrara el capítulo de la rebelión insurgente. Por el contrario, mientras un sector de la política colombiana se encaminaba hacia el esquivo pluralismo y la consolidación de un Estado de derecho, las guerrillas que siguieron en armas se afincaron aún más en sus estrategias de guerra. Tanto el ELN como las Farc, pero especialmente estas, subordinaron cualquier movimiento y participación política a un plan para la toma del poder por las armas.

De otro lado, una serie de factores confluyeron para que los grupos paramilitares, otrora fraccionados y con dinámicas muy locales, se articularan en un proyecto nacional en el que hicieron simbiosis la violencia del narcotráfico, la de las élites políticas y económicas que se resistían a la modernización del país, y la de sectores derechistas que consideraban que las guerrillas podían ser derrotadas sólo si se las combatía con sus mismas armas.

Fue así como a finales de los noventa, un país bañando en sangre y agobiado por la pesadilla de las masacres, la toma de pueblos, los magnicidios y las desapariciones, se avocaba a una nueva negociación: la del Caguán. El escenario era completamente diferente al anterior. Para las Farc el diálogo no era más que un arma de acumulación en la guerra. Para el Estado, una manera de ganar tiempo y terreno mientras, con el Plan Colombia, las fuerzas armadas retomaban la iniciativa militar.

Mientras este juego de espejos se desarrollaba en los confines del país, con una puesta en escena dilatada y llena de incertidumbre, fuera de ese territorio surrealista donde se negociaba lo innegociable, el país vivía una orgía de muerte. En esos terribles años las víctimas

silenciosas esperaban a ver el desenlace. La geografía del país se transmutaba, con el desplazamiento; los ríos arrastraban decenas y miles de muertos. Los cementerios no podían guardar más sus NN. La esperanza de pacificación se diluyó en nuevas formas de violencia y su extensión a rincones del territorio donde no existía.

La regla general es que la sociedad civil ha sido un convidado de piedra en estas negociaciones, en las que el concepto de reconciliación ha sido apenas mencionado. El concepto de la paz como un pacto de élites ha sido revaluado por la experiencia. En Colombia cada pacto ha dejado violencias residuales que han hecho imposible el desarme total. Y ello ha sido así desde el Frente Nacional, firmado para ponerle fin a la guerra política con la alternancia del gobierno, y bajo cuya sombra creció la guerra insurgente, pasando por la negociación con las guerrillas de los años ochenta, cuyo legado tardío fue la nueva Constitución, pero que, por ser un pacto inconcluso e imperfecto, dejó abiertas las puertas de la guerra, que se agudizaría y tocaría fondo desde mediados de los noventa.

Quizá por esa triste condición, la sociedad civil empezó a crear sus propias experiencias de paz, muchas veces en contra del gobierno, que monopoliza este tipo de búsquedas. La idea de que las comunidades pueden hacer mucho por la paz, sin anuencia ni apoyo del Estado ha resultado incómoda en muchos momentos, pero ha mostrado un camino que tarde o temprano será valorado como lo que es, el cimiento de la reconciliación. Han sido personas anónimas, valientes y bien intencionadas quienes desde diferentes puntos de la geografía han hecho un concepto de paz integral que incluye frecuentemente el desarrollo, la búsqueda de un ejercicio pluralista y sano de la política y los derechos humanos. Miles y decenas de estas experiencias han florecido en el país, aún en los momentos más aciagos de la violencia. Se mantienen a pesar de los embates que reciben de los grupos violentos, o incluso a pesar de las propias desavenencias que surgen en su interior, como es natural en las obras humanas.

Justamente el Premio Nacional de Paz surge como un reconocimiento a la paz y la reconciliación que se construyen desde la base, en lo local, y no a la paz maximalista, tan esquiva como errática en el país.

Hay que reconocer que muchos de estos proyectos han estado animados, abiertamente o tras escena, por miembros de la Iglesia. Sacerdotes, monjas y grupos religiosos que han sido más que una mano amiga, casi un Estado de bienestar en zonas inhóspitas y olvidadas donde sólo ha llegado el hacha del colono, la coca, la violencia de los grupos armados y la bota militar del gobierno.

La mayor parte de los premios han sido otorgados en un período en el que desde el gobierno, y en especial el de Álvaro Uribe Vélez, se niega la existencia del conflicto y, por ende, de la negociación, y el país le ha apostado todos sus esfuerzos económicos y políticos a aceitar su maquinaria de guerra, confiando en que la Seguridad Democrática podrá derrotar a los grupos armados. Las comunidades muestran otra realidad y otro camino. Otra realidad, porque dan cuenta, como lo hace este libro, de que la crisis humanitaria persiste y las poblaciones están amenazadas por muchas fuentes de violencia nuevas y antiguas. Las mismas Farc que se dan por derrotadas, y los mismos paramilitares que se dan por desmovilizados.

Por eso, sin excepción, el relato presente de cada uno de los proyectos premiados es de lucha. Por la supervivencia, por la legitimidad, por abrirse espacio y ser visible en medio de una nube discursiva que niega el conflicto que ellos viven cada día.

Las comunidades han mostrado un camino diferente al de la muerte. Han construido conceptos más participativos de la seguridad y han elevado ideales como la democracia, el bienestar colectivo y el pluralismo, como estandartes de sus organizaciones. También hay individuos a los que se les ha premiado justamente porque su labor solitaria y tenaz se ha convertido en paradigma y ejemplo de resistencia o solidaridad.

No puede decirse que los premios de paz hayan logrado la pacificación de sus regiones. Sería mucho pedir. Pero sí han trazado una ruta y se han convertido en la primera piedra que tarde o temprano servirá para edificar un proyecto de reconciliación nacional. Un horizonte que parece todavía lejano.

MARTA RUIZ  
EDITORA

# LOS SOBERANOS

---

PATRICIA NIETO\*

Hace algo más de una década los habitantes de Mogotes, en Santander, crearon la Asamblea Constituyente del municipio. Revocaron el mandato de un alcalde, dibujaron los perfiles de los funcionarios públicos, elaboraron un plan de gobierno, decidieron cómo invertir el presupuesto y lograron que los grupos armados respetaran su territorio. Hoy, inmovilizados por el miedo, cuentan quiénes y cómo destruyeron el proceso que se convirtió en el primer Premio Nacional de Paz, en 1999.

---

\* Comunicadora social, periodista y magíster en Ciencia política de la Universidad de Antioquia, Colombia. Estudiante del doctorado en Comunicación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesora de la carrera de Periodismo de la Universidad de Antioquia en el área de Narrativa periodística. El último proyecto dirigido por ella dio como resultado los libros *Jamás olvidaré tu nombre* y *El cielo no me abandona*, escritos por víctimas del conflicto armado colombiano.



**L**a casa soberana es ahora silencio; desde el solar vienen los gorjeos de copetones, cadilleros y palomitas y en la cocina suena bajo un vallenato. Flor Figueroa limpia los asientos que bordean el patio interior. Lo hace pese a que desde hace cuatro años nadie los ocupa. Son sillones abultados, taburetes de espaldar recto y sillas livianas donde antes pasaban las tardes de domingo los miembros del comité operativo de la Asamblea Municipal Constituyente de Mogotes (AMC). Ahora ellos, los soberanos, van de uno en uno, de tarde en tarde y prefieren charlar en la cocina o en el patio trasero repleto de flores. En estos tiempos hablan en privado de duelos, viajes, enfermedades, tierras y animales. Antes, cuando llegaban los dieciséis se sentaban en círculo y hablaban de política.

Es domingo 2 de agosto y en Mogotes celebran misa a las diez. Flor Figueroa va a la ceremonia con fervor —porque Dios no es responsable de los actos de los sacerdotes— dice, y la bacterióloga practicante que vive en una de las habitaciones de la casa se dirige a la morgue del hospital donde yace el cadáver del segundo hombre asesinado en Mogotes en este 2009. Un rayo de sol entra por el postigo entreabierto y la casa parece menos sola.

También hay mercado en Mogotes. Los campesinos abarrotan las tiendas en busca de sal, aceite, jabón, harina y algunos granos antes de escuchar el sermón y luego tomar rumbo a las veredas. Hace cuatro años no tenían tanta prisa cuando era domingo de asamblea. Doscientos de ellos aplazaban compras y regresos para cumplir la cita ciudadana en el teatro Nazaret. Al final de la tarde, Mogotes era todavía una muchedumbre capaz de oponerse a la violencia, la corrupción y la pobreza con palabras y acciones.

Yolanda Díaz espera el bus que la llevará a Chuchiquirá, vereda a la que representó en la Constituyente y donde es líder de las juntas de acción comunal, del acueducto y de los ficueros. Su afán es regresar a la casa antes del medio día para abrir la tienda que le completa el sustento. Como es domingo, los campesinos paran en su fonda y piden maltas, gaseosas y cervezas; en semana procesa el fique que cultiva en hectárea y media de tierra familiar. A esos oficios se dedica desde que el proceso constituyente entró en receso. —Nosotros creíamos que éramos de hierro, pero las agresiones nos hicieron mella —confiesa, y luego reflexiona—: Aquí ya saben que uno piensa diferente y por eso los que nos reuníamos en la casa soberana estamos señalados. Yo digo que simplemente tenemos identidad.

## EL BAUTIZO

Las campanas llamaron a misa el 20 de diciembre de 1997. Los mogotanos, sobrevivientes de los nueve días de pánico que siguieron al ataque guerrillero del 11 de ese mes, tomaron las empedradas calles rumbo a la catedral. Los pasos los llevaron sobre las huellas de la metralla disparada por 150 guerrilleros del frente Efraín Pabón del ELN; trajeron el recuerdo de Ana Duarte, Ofelia Rojas, Álvaro Bautista, Luis Leal y Luis Alfonso Torres, las dos civiles y los tres policías asesinados durante el enfrentamiento; e inspiraron rezos por la vida de Doryam Giovanni Rodríguez Avellaneda<sup>1</sup>, el alcalde de apenas 23 años secuestrado por los subversivos para juzgarlo por continuar las prácticas de su padre Luis Alberto Rodríguez, a quien los guerrilleros señalaron de esquilmar las arcas municipales en cuatro periodos de gobierno.

En la iglesia, durante el colofón de la toma pacífica del poblado en la que participaron unas 3.000 personas, el miedo cedió ante las palabras de los sacerdotes que infundieron dignidad y valor frente a la primera toma guerrillera a un municipio de la provincia de Guantá, Santander. Ese día en Mogotes circuló un comunicado recio en el que Leonardo Gómez Serna, Obispo de Socorro y San Gil, y

---

1 [www.saliendodelcallejon.pnud.org.co/buenas\\_practicas.shtml?x=7014](http://www.saliendodelcallejon.pnud.org.co/buenas_practicas.shtml?x=7014).

Ernesto Serrano Rueda, Vicario General, denunciaron y rechazaron la violencia ejercida por el ELN, la corrupción de los dirigentes políticos en el poder, la complacencia de algunos líderes que frente a malos manejos sacaron provecho y la negligencia de las autoridades que debían investigar y no lo hicieron.

En consecuencia con lo expuesto, los sacerdotes solicitaron a los insurgentes respetar la vida de todos y dejar en libertad al Alcalde; sugirieron a los funcionarios de la alcaldía renunciar; pidieron a los grupos políticos enfrentados con el Alcalde abandonar el debate, abstenerse de participar en las siguientes elecciones y permitir que las organizaciones cívicas y comunitarias lideraran una elección libre y soberana de representantes y gobernantes.

—Sugerimos —agregaron los religiosos en el mensaje público— a todos los ciudadanos y ciudadanas mogotanos, que en un acto de conciencia y de responsabilidad se declaren en desobediencia civil con la presente administración y con todos los grupos políticos que han manejado los intereses, las instituciones y los recursos del municipio, e instalen una asamblea local que conduzca a Mogotes en este momento, hasta que todo finalice en unas elecciones libres, transparentes y verdaderamente democráticas.<sup>2</sup>

Las palabras del Obispo avivaron el fuego de la tradición comunera de Mogotes. Él, ordenado en el auge de las ideas revolucionarias del cura Camilo Torres y tocado por el llamamiento de Golconda-Buenaventura firmado en 1968 por cincuenta sacerdotes comprometidos con la defensa de los pobres, expuso que un pueblo sólo puede gobernarse con justicia si se hace soberano. Ese fue el mensaje que envió, el camino que señaló.

—Nosotros conocimos el planteamiento de la Iglesia antes de la marcha del 20 —relata José Antonio Díaz, líder soberano—. Unas 50 personas nos reunimos con los sacerdotes al otro día de la toma pensando en qué hacer. Se lanzó la idea de una marcha pero nosotros no podíamos solos. La Iglesia era la única que podía hacerle un llamado

---

2 Gómez Serna, Leonardo y Serrano Rueda, Ernesto. “Comunicado a las comunidades cristianas de Mogotes, con motivo de la toma por parte de la insurgencia del ELN en pasado 11 de diciembre de 1997”. San Gil, 1997. Fotocopia.

a la subversión. Entonces los que estábamos ahí dijimos que la Iglesia era la única que podía ayudar y los religiosos nos escucharon.

Un sacerdote misionero, formado en el seminario de Yarumal bajo la consigna de San Lucas “A evangelizar a los pobres me envió el Señor”, fue designado para acompañar a Mogotes. Joaquín Mayorga, curtido en resolución de conflictos, algunos de ellos con actores armados en Buenaventura y Santander, propuso las primeras preguntas: ¿por qué se dio la toma guerrillera?, ¿cuáles son las consecuencias de esa acción?, ¿qué es necesario hacer? Un grupo de líderes salió por calles y veredas a construir las respuestas con las voces de los ciudadanos.

Mientras los laicos avanzaban en la pesquisa social a través de asambleas vecinales, los curas se acercaron a los grupos armados. Joaquín Mayorga, hoy en el exilio, cuenta que buscó acercamientos con la guerrilla: —Usando la figura de los diálogos pastorales buscamos la liberación del Alcalde. El ELN estaba radicalizado, al retener al muchacho quería obligar a su padre a presentarse para ajusticiarlo por corrupción.

Después de tres meses de conversaciones con el frente Efraín Pabón, mediante los líderes del frente Domingo Laín, el Alcalde recobró la libertad el 3 de abril de 1998 y se comprometió a renunciar al cargo, a no participar más en política, a desistir de apoyar grupos paramilitares y a abandonar Mogotes con sus padres.

A la liberación del Alcalde, considerada el primer logro del trabajo en comunidad, se sumó el diagnóstico. Según las indagaciones y tal como lo cuenta hoy Joaquín Mayorga, tres ejes soportaban el conflicto. Frente a la violencia ejercida por la guerrilla, los paramilitares y el Ejército, las familias abandonaban las tierras, guardaban silencio o se unían con uno de ellos. La corrupción la encaraban lamentándose, aliándose con el poderoso o denunciándolo pese a no creer en la justicia. Y la pobreza los llevaba a emprender proyectos productivos que casi siempre fracasaban, tras lo cual sólo les quedaba emigrar para no caer en la indigencia.

Una Asamblea Municipal Constituyente fue la figura creada para institucionalizar un proceso que ya se conocía en la cabecera municipal y en las 29 veredas de Mogotes. La Constituyente fue

creada para “trabajar por el desarrollo integral, la construcción de la paz y el ejercicio libre de la soberanía popular”<sup>3</sup>. Los 240 delegados, organizados en doce comisiones, coordinados por quince representantes y presididos por tres personas, se reunieron para instalar la asamblea el 6 de abril de 1998, y esta emitió su primer mandato soberano. Solicitó, mediante una consulta popular, que el Alcalde recién liberado renunciara. El 27 de abril, 4.474 ciudadanos, de un total de 4.880 votantes, apoyaron la propuesta de la AMC. Este resultado y la renuncia del Alcalde el 9 de mayo siguiente le dieron al pueblo una fortaleza política desconocida hasta entonces en Colombia.

## LA COMUNIÓN

José Antonio Galán yacía en la mesa de comer de la casa del cura de Mogotes. No había muerto por el arcabuz de la corona española, ni descuartizado por los verdugos, ni exhibidos su cabeza, sus manos y sus pies en Guaduas, El Socorro, San Gil, Charalá y Mogotes. Yacía con su carne hecha pan: harina, huevos, mantequilla, sal y levadura al fuego. El líder comunero era un extraño cuerpo diseñado y horneado por partes según los imaginarios de cada soberano y a diferentes temperaturas.

El cura no dijo cuerpo de Cristo para inducir a los soberanos a la comunión. Simplemente la ofreció y ellos, dieciséis, tomaron trozos y los llevaron a sus bocas. Los masticaron, supongo, como jamás lo habrían hecho con la hostia fabricada apenas con harina y agua. Entraron en unión mística con el líder que perdió la vida 217 años atrás, como agitador de la Revolución Comunera. Invocaron el coraje con que él defendió los derechos de indígenas, negros y mestizos y le pidieron al Espíritu Santo los bañara con sabiduría para guiar a su pueblo.

Los que comulgaron no eran criollos asfixiados por el control a los cultivos de tabaco y la producción de aguardiente o inmovi-

---

3 Carvajal Durán, Carlos Augusto. *Mogotes, una experiencia de soberanía popular y de construcción de paz*. Colciencias. Fundación Social, Unisangil, San Gil, 2003, p. 1.

lizados por la prohibición del trueque como lo fueron los primeros comuneros. Eran ciudadanos colombianos agobiados por guerrilleros y paramilitares que secuestraban, extorsionaban, masacraban y destruían; birlados por administradores locales corruptos, hegemónicos y autoritarios; empobrecidos por los bajos precios del fique, fibra natural reemplazada por hilos sintéticos duraderos y baratos. Eran los líderes de la AMC de Mogotes, los que fueron elegidos por más de dos centenares de conciudadanos para que los representaran en la máxima instancia de gobierno, los que se disponían una tarde de 1998 en unión política y religiosa a cumplir una misión escrita en decenas de cartulinas: “Con la Biblia y la Constitución, haremos la revolución”.

Un poder simbólico ungió a los soberanos, quienes recuerdan la convicción y el valor con el que, como miembros del comité operativo, encararon la misión de hacer de Mogotes un pueblo soberano.

José Antonio Díaz, aún convaleciente después de un infarto, revive el momento: —Estábamos tan convencidos que no creíamos que pudieran detenernos. Queríamos hacer todo bien y rápido. Yo me entregué al proceso. Álvaro Abril, maestro desde hace 33 años y experto en los dramas de los más pobres, reconoce cuál fue su inspiración: —Me animó el valor del campesino que viajaba horas en bestia para llegar a la reunión. Y si ellos, la mayoría pobre y sin educación, trabajaban por su pueblo, ¿por qué yo no iba a hacerlo si tenía mejores condiciones en muchos sentidos?

Carmenza Rojas, quien perdió a su hermana menor en la toma guerrillera, se declara convencida de la necesidad del cambio social en Colombia y dice: —Yo me dediqué a la Asamblea de día y de noche, en semana y los domingos. Leonardo Padilla recuerda por qué se unió al proceso mientras repasa las actas de la Asamblea en su computador portátil: —Yo fui soldado y uno del Ejército sale con el cerebro lavado, a uno le construyen pensamientos para la guerra. Yo escuché a los líderes en 1998 y me quedé con ellos convencido de que era posible cambiar nuestro destino.

Héctor Zanguña maniobra la cabrilla de su autobús rumbo a San Gil y rememora su niñez huyendo de los conservadores en los brazos de su padre. —Porque he sufrido la persecución política estaba

seguro de que un proceso democrático era sano para todos —confiesa. Yolanda Díaz, ya en el bus que la llevará a su casita azul reflexiona: —Yo estaba convencida de que teníamos responsabilidades en todo lo que pasaba y que como ciudadanos debíamos actuar. A mí, por ejemplo, me tocaba enfrentar a mi papá; en cosas de política éramos agua y aceite.

Las palabras de Joaquín Mayorga, pronunciadas con la energía de los expertos en el púlpito, son útiles para sintetizar las vocaciones de cientos de mogotanos: —Teníamos la fuerza para emprender un proceso subversivo en el sentido de que en Colombia nunca el pueblo se había gobernado realmente y la oportunidad de hacerlo en Mogotes estaba dada. Así que emprendimos un proceso que sin ser ilegal no estaba enmarcado totalmente por las leyes. De eso nos dimos cuenta después. Nos acogimos al artículo 3 de la Constitución y ejercimos la soberanía.

En la voluntad del pueblo se cimentaron los mandatos soberanos, algunos de ellos inéditos en la historia de la democracia colombiana: las papeletas para la revocatoria del mandato del alcalde llevaban los nombres y las firmas de los sufragantes, que podían ser todos los mayores de quince años. Los servidores públicos debían ser honestos, conciliadores, capacitados para manejar lo público, políticamente imparciales, sencillos, serviciales, alegres, de buen genio y acogedores de la palabra de Dios<sup>4</sup>. Los candidatos a cargos de elección pública debían inscribirse ante la AMC. El candidato que resultara elegido estaba obligado a desarrollar el plan de gobierno elaborado por la Asamblea que, además, oficiaba como primera dama. Tomando como espejo el movimiento cooperativo, en torno al cual se organiza la vida de muchos pueblos en Santander, las jerarquías municipales cambiaron: el alcalde era considerado el gerente del municipio y los ciudadanos, asociados. Por lo anterior, el mandato del alcalde se reconocía sólo por un año, al cabo del cual era sometido a evaluación.

Además, la AMC participó en la elaboración del Esquema de Ordenamiento Territorial, organizó veedurías para el gasto público,

---

4 Cf. Carvajal Durán, Carlos Augusto, *op. cit.*, p. 64.

nombró comisiones para elaborar proyectos económicos dirigidos a las comunidades más pobres y eligió voceros para reunirse con procuradores, gobernadores, obispos, grupos alzados en armas y agentes de organizaciones internacionales.

El 26 de julio de 1998, después de una campaña regida por principios éticos emanados de la Asamblea, José Ángel Gualdrón se convirtió en el primer alcalde de la nueva era de Mogotes. Surgido del seno del proceso constituyente, el primer gerente del municipio ejecutó el plan de gobierno elaborado por el pueblo en las asambleas locales, trabajó en conciliación con el Consejo Municipal, rindió informes permanentes a las veedurías, alentó el trabajo social liderado por la Iglesia y tuvo el honor de recibir a decenas de visitantes colombianos y extranjeros que viajaron hasta Mogotes para conocer al pueblo ganador del Primer Premio Nacional de Paz en 1999 y, luego, sede de la presentación del programa Cien municipios por la paz.

## LA CRUCIFIXIÓN

¿Quiénes fueron los autores?, ¿a qué horas lo hicieron?, ¿cuál fue el orden de la ejecución? Son algunas de las preguntas para las que no hay respuestas. Sólo se sabe que apenas abrió la mañana luminosa y fría de Mogotes, 16 patevacas del parque principal ya estaban decapitados.

La noticia entró a cafés y panaderías; se filtró por postigos, pasó de largo por los corredores y llegó a las cocinas; pegó en el hospital, en los colegios y en el cementerio; llegó al teatro, a la emisora y a los billares; pasó por el asilo de ancianos y llegó al albergue de las niñas; gritó en peluquerías, sacudió los expendios de carne, silenció la cooperativa; hizo eco en la capilla de la vieja normal, subió por carreteras, atravesó los sembrados de pencas y se conoció en las veredas. Los 13.000 mogotanos se turbaron con el mensaje y los soberanos entraron en pánico.

El mensaje se dirigía a los 16 miembros del comité operativo de la Asamblea (quince laicos y el padre Mayorga), los mismos que completaban cinco años representando al poder soberano. La imagen de los árboles descopados se convirtió en el símbolo de la

clausura del proceso constituyente de Mogotes, en el fin de una serie de amenazas, intimidaciones y ataques de los enemigos de la soberanía del pueblo, en el comienzo de los relatos fragmentados que los soberanos reconstruyen hoy como recuerdos y que todavía les producen taquicardias e insomnios.

Cinco días después de la toma, la madre del Alcalde secuestrado acusó al cura de Mogotes de incitar al ELN a perseguir a su familia. Con sus declaraciones al periódico *Vanguardia Liberal*<sup>5</sup>, Ligia Avellaneda marcó el tono de un señalamiento que aún pesa sobre quienes por esos días seguían a los sacerdotes en la búsqueda de un camino para que Mogotes alcanzara la paz. Todos, campesinos o curas, maestros o artesanos, transportadores o empleados, cargan todavía con la acusación de ser guerrilleros.

Las coincidencias entre algunos apartes del comunicado del Obispo conocido el 20 de diciembre de 1997 y los planteamientos expuestos por el ELN en un panfleto que distribuyó en enero de 1998 en Mogotes, reafirmaron a quienes habían levantado el dedo acusador. Curas y guerrilleros escribieron en contra de la corrupción en el manejo de los dineros públicos y pidieron la renuncia de todos los funcionarios de la Alcaldía. La guerrilla agregó el reconocimiento de tener en su poder al Alcalde y la prohibición a los ciudadanos de unirse a las Convivir.

Apenas nació la AMC, que se gestó con él ánimo de la Iglesia católica en torno al análisis y solución de la corrupción, la violencia y la pobreza, ya estaba marcada por sus enemigos con el sello del ELN. A esa impronta acudieron los opositores del proceso: militares, políticos locales convertidos en gamonales, paramilitares, ciudadanos incómodos con mandatos soberanos, delincuentes comunes que pescaron en río revuelto y, paradójicamente, la misma Iglesia que le dio vida.

El mayor general Fernando Roa Cuervo y el general Tobías Durán Quintillana señalaron a la Asamblea de tener nexos con la guerrilla para quitarle fuerza al movimiento social. El primero dijo que

---

5 *Vanguardia Liberal*. “Desde la clandestinidad, ex alcalde de Mogotes pidió respeto por la vida de su hijo”. 17 de diciembre de 1997.

el segundo se apuró a declarar que la consulta para pedir la renuncia del Alcalde había sido manipulada por el ELN, y el segundo que el ELN sacaba provecho del movimiento de Mogotes pues obedecía a intereses similares a su lucha.

No valieron las declaraciones del Obispo en contra de tales afirmaciones ni sus denuncias por los abusos de la fuerza pública en la población. Los uniformados protagonizaron escaramuzas y recorridos por las veredas haciéndose pasar por guerrilleros, allanaron casas campesinas, detuvieron sin orden judicial a un campesino, hermano de una delegada a la Asamblea, y lo presentaron como auxiliador de la guerrilla, poseedor de una granada y de un camuflado del Ejército<sup>6</sup>.

Para mayo de 1998, a sólo un mes de instalada la Asamblea, cada soberano ya cargaba con su lápida, dice el padre Joaquín Mayorga para ilustrar hasta dónde llegaban los señalamientos. El mismo Obispo Gómez Serna denunció, el 20 de mayo, haber recibido un sufragio. Ese mensaje anónimo acrecentó los miedos, pues una amenaza para el máximo jerarca de la fe católica de la región era un mensaje para todos. Detrás del sufragio llegaron chismes, boletas, insultos, exclusiones y hasta un panfleto en el que acusaban a algunos soberanos de atracar buses, ganar dinero con el mercado del sexo, rezar de día y pasar la noche en los campamentos de la guerrilla, robar dinero de los cafeteros y vaciar las arcas del hospital.

En medio de estas aguas agitadas, la AMC de Mogotes recibió el Premio Nacional de Paz el 21 de octubre de 1999. Acontecimiento que sin duda le dio aliento, fortaleza y valentía para llegar a octubre de 2000, cuando sucedieron dos hechos trascendentales. El 11 de ese mes, los soberanos durmieron tranquilos. Lograron, durante tres días, ser espléndidos anfitriones de la presentación nacional e internacional del proyecto Cien municipios por la paz. Pero al día siguiente volvió la zozobra cuando el ELN asesinó a Luis Alberto Ro-

---

6 Diócesis de Socorro y San Gil. "Carta al Defensor del Pueblo de Santander, 15 de mayo de 1998". En: Villamizar, Camilo Ernesto. *Límites y alcances de los procesos de resistencia y construcción civil en Colombia. El caso de la Asamblea Municipal Constituyente de Mogotes comparado con otros*. Tesis para optar al título de politólogo. Universidad Nacional, Bogotá, 2005.

dríguez Vargas, el gamonal del pueblo, el padre del Alcalde vencido en la consulta, el mismo a quien los soberanos ubicaron en la otra orilla de la política<sup>7</sup>.

El asesinato del hombre que por casi dos décadas dominó a Mogotes también condenó a muerte a la Asamblea. Los no pocos seguidores del viejo dirigente conservador señalaron a los soberanos de estimular y auspiciar el crimen. Y ellos, abatidos por el miedo, se encerraron en sus casas a masticar su pánico y a esperar.

Unas horas antes del sepelio, el padre Mayorga, después de interrumpir un viaje al exterior y pese a los deseos de la familia en duelo de no verlo en la ceremonia y a la prohibición del Obispo de ir al pueblo, llegó a la casa cural y se encerró. Desde allí le anunció al país que comenzaba un ayuno hasta que el ELN, las Farc, los paramilitares y el Ejército manifestaran públicamente su respeto por la Asamblea, los constituyentes renovaran su compromiso político y la familia Rodríguez Avellaneda anunciara que no tomaría venganza.

Ocho días después y con las declaraciones escritas de todos los actores –incluida una petición de perdón del ELN por dañar el proceso– abandonó su huelga de hambre y se dispuso a la defensa de Pedro Neira, presidente colegiado de la Asamblea, encarcelado por su presunta participación en el crimen. Ocho meses tardó el juicio que exoneró al campesino de responsabilidades, quien, con su boleta de libertad en la mano, fue a Mogotes, vio sus calles por última vez y salió con su familia y sin un peso a buscar otro pueblo donde plantar su vida.

En las siguientes elecciones para alcalde, el 29 de julio de 2001, ganó el conservador Norberto Tijo quien, al cerrar su discurso de posesión ante la Asamblea, dijo: —A mí sí me toca trabajar con los partidos políticos. Si no trabajo con los partidos, Mogotes sigue atrasado. Pues, ¿cómo vamos a conseguir los recursos para el desarrollo de Mogotes? Ustedes saben que los presupuestos nacionales los dirigen los partidos liberal y conservador, principalmente. Los congresistas son de esos partidos y si uno no cuenta

7 *Vanguardia Liberal*. “Asesinaron al ex alcalde Luis Alberto Rodríguez”. 14 de octubre de 2000.

con ellos es muy difícil conseguir recursos. El gerente que estamos posesionando hoy, tiene que ser un gerente que haga gestión, que consiga recursos para Mogotes. Muchas gracias.<sup>8</sup>

Con esas palabras, Tijo anunció el regreso de la vieja forma de hacer política. Lo demás fue como agua que corre por su cauce: el Alcalde aprobó el presupuesto por decreto; se encargó de dividir al Concejo para sacar ventaja; sometió a los constituyentes campesinos al rigor del hambre para que cambiaran de bando y estos sucumbieron, pues la AMC no pudo concretar proyectos para disminuir la pobreza; desconoció el llamado de la Asamblea a rendir cuentas, acusó a los soberanos de usar métodos violentos para ejercer veedurías y logró que el pueblo se fraccionara nuevamente. Si antes los mogotanos estaban divididos entre conservadores y liberales o entre seguidores de los Blanco y de los Rodríguez, ahora lo estaban entre los soberanos y los seguidores de Tijo. Así, la Asamblea, en lugar de aglutinar a todos los ciudadanos, fue un motivo para la reaparición del sectarismo.

A los ojos de las altas jerarquías de la Iglesia debía ser intolerable que un pequeño grupo de sacerdotes estuviera en el centro de un violento torbellino político, en lo que se había convertido Mogotes. No de otra manera se entiende el traslado del Obispo Gómez Serna a la diócesis de Magangué el 18 de diciembre de 2001, y el relevo de todos los sacerdotes que intervinieron en la AMC. Unos fueron enviados a Bogotá; algunos, a otras provincias de Santander; y Joaquín Mayorga, a hacerle compañía a Gómez Serna en la conflictiva región del sur de Bolívar de donde salió hacia el exilio. Monseñor José de Jesús Pimiento —ya retirado, conocido por sus posiciones ultraconservadoras y nombrado administrador apostólico de Socorro y San Gil— fue el encargado de firmar con su puño y letra la salida de Mayorga de su diócesis de origen.

Los soberanos quedaron en la orfandad. Sin los sacerdotes que fueron guías espirituales y políticos se sentían desprotegidos. —Algo pasa en el seno de la Iglesia —decían apenas. Así, en la impotencia los tomó otra tragedia. El 14 de julio de 2002, a eso de

---

8 Carvajal Durán, Carlos Augusto, *op. cit.*, p. 163.

las seis y treinta de tarde, llegó al parque la noticia. En el asilo de la Hermanas de los Pobres había sido asesinada la hermana Marta Inés Vélez Serna, líder soberana, capaz de manejar un tractor, abrir un potrero, ordeñar animales y dar su vida por los ancianos y las niñas de su hogar. Caía la tarde cuando dos encapuchados forzaron los candados, ingresaron preguntando por la hermana y al verla le dispararon en varias oportunidades. Recibió dos impactos de bala calibre 7.65. El que entró por el cuello, la mató.

El pueblo cayó en la tristeza. Entonces se supo que desde meses atrás un grupo armado la hostigaba: robó los peces de su estanque, se acercaba a sus ventanas a media noche y paseaba por los jardines amparado en la oscuridad. Algunos ciudadanos de Mogotes organizaron brigadas para pasar en vela cuidando el sueño de ancianos, niñas y monjas. Aunque en el pueblo circulan varias versiones sobre el crimen y algunas de ellas lo asocian con una venganza de una de sus protegidas que fue acusada de hurto, el Observatorio de los Derechos Humanos de Colombia relaciona este crimen con el conflicto armado<sup>9</sup>.

Así como un sacerdote dio vida a la Asamblea Municipal de Mogotes, otro fue el encargado de pronunciar el discurso de su defunción. El padre Jorge Velandia Rodríguez, crítico del proceso de Mogotes desde su gestación, fue el encargado de marcar el punto final, de anunciar que la Iglesia abandonaba el proceso, de asestar el golpe mortal, de romper los ya delgados hilos de confianza. Ocurrió el Viernes Santo de 2003 cuando, ante miles de personas, el sacerdote les dedicó a los soberanos la reflexión inspirada: —Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen —primera palabra de Jesús en agonía. Después de mandarlos a callar, sentenció—: A partir de este momento la Asamblea queda muerta y enterrada. Los soberanos recuerdan que agacharon la cabeza pues se sintieron humillados, traicionados, abofeteados.

---

9 [www.fiscalía.gov.co/pag/divulgacion/bol2002/septiem/bol306htm](http://www.fiscalía.gov.co/pag/divulgacion/bol2002/septiem/bol306htm). [www.derechoshumanos.gov.co/observatorio\\_de\\_DDHH/04\\_publicaciones/04\\_01boletin/04\\_boletin\\_2](http://www.derechoshumanos.gov.co/observatorio_de_DDHH/04_publicaciones/04_01boletin/04_boletin_2).

## LA SOLEDAD

Al caer la tarde del domingo, Mogotes se entristece. Una luz rojiza bordea las montañas, algunos niños juegan en el parque y Flor Figueroa observa, ahí mismo, el lugar donde está enterrado el pie izquierdo de José Antonio Galán. Regresa del hogar del anciano, de rendirle un homenaje a la monja asesinada, y recuerda los círculos que alrededor de los restos de Galán marcaban los soberanos al caminar. Ella dice que no se arrepiente de haberle abierto su corazón y su casa a la AMC y que agradecería que alguien quisiera retomar el camino. Quiere descansar, cuidar sus flores, caminar en las madrugadas y, como dice, esperar a que Dios disponga de su destino.

José Antonio Díaz se acerca lento, no quiere forzar su cuerpo pues lo necesita para ver crecer a su familia y a sus alumnos del liceo. Le sonríe a Flor con la complicidad de viejos aliados. —Nosotros arriesgamos la vida en esto. No sabíamos la dimensión de lo que estábamos haciendo y terminamos hablando con la gente del monte, con los de las cárceles de máxima seguridad, tratando de proteger al pueblo y apenas lo logramos por momentos. Yo no quiero trabajar más porque todavía siento el temor que me produjeron los allanamientos, las citaciones de la Fiscalía y el dolor de ver que podía perder a mi familia.

Leonardo Padilla pasa veloz. Desde anoche ha cantado en cinco fiestas y se le ve exhausto. Trae y lleva fotocopias. A dicho que gracias a la Asamblea terminó la primaria, el bachillerato y está estudiando administración pública; que por ella se hizo concejal y que será alcalde de Mogotes para cumplir la meta de ver a su pueblo saliendo de la pobreza y en paz. Quiere retomar la tradición de la AMC para crear un nuevo proceso pero aún no sabe hacia dónde y tampoco cómo hacerlo.

En bicicleta llega Álvaro Abril, maestro rural y padre de dos muchachos universitarios. Recuerda que sobrevivió a las épocas tétricas repitiendo: —Si Dios está conmigo, nadie puede contra mí. —Rememora con nostalgia, lo delata la sonrisa, los domingos de asamblea, las mañanas que pasaba explicando en su vereda los derechos ciudadanos. Pero ya no tiene la misma energía, quiere

jubilarse, dejar la escuelita y dedicarse, como lo hace las tardes de domingo, a vender oxígeno líquido, la maravilla farmacéutica que promete curar todos los males y hacer realidad el sueño de la eterna juventud.

A Carmenza Díaz no le pasa el dolor por la muerte de su hermana. ¿Para qué sirvió tanto sacrificio?, se pregunta al regreso de su escuela donde hoy, día de descanso, hubo ágape. Y narra las noches en vela porque recibía llamadas amenazantes o amedrentaban a sus hijos en Bucaramanga, o atemorizaban a su esposo cuando iba al campo a darle vuelta a sus abejas, o ideando fórmulas para sostener económicamente la Asamblea. —Cada encuentro costaba un millón de pesos y nosotros sin un centavo —se queja—. Una vez ya debíamos tres millones, entonces un señor aportó una novillona para rifar y así nos recuperamos. Y ahora no duermo pensando qué hacer con los 50 millones del Premio Nacional de Paz que todavía están en la cooperativa.

Héctor Zanguña sigue convencido de que la AMC no debió excluir a los partidos políticos tradicionales. Él, liberal de nacimiento, insiste en que no quiere volver a ver cómo con un machete traspasan el cuerpo de un bebé del enemigo e izan el cadáver. Por eso apoyaría la reactivación de un proceso más abierto. Yolanda Díaz, a punto de llegar a la ventanita donde despacha cervezas y refrescos, declara que está en vela para seguir: —Yo tuve muchas pesadillas, pero estoy viva y debemos responderle a los 1.200 votos de opinión que, creo yo, tenemos todavía.

Al padre Joaquín Mayorga le daría gusto escuchar las palabras de su pupila porque él, pese a las persecuciones y castigos, cree que a Colombia hay que fundarlo desde abajo, como intentó hacerlo Mogotes.

—Desde la distancia en tiempo y geografía —dice Joaquín Mayorga— fue desacertado ayudar a la gente a embalsarse en un proceso de alto contenido político. No medimos las consecuencias de lo que pasaría cuando llegaran otros sacerdotes. Es de pensar que a los sacerdotes de relevo los mandaron a acabar el proceso, pero la gente no merecía eso. Merecía modificaciones, ajustes, cambios, rectificaciones pero no ese tratamiento tan cruel. La actitud de la Iglesia generó

rabia, tristeza y ganas de odiar. Cuando pueda volver a Mogotes, les explicaré el trasfondo de esta historia y les recordaré que después del Viernes Santo siempre llega el Domingo de Resurrección.

# VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

---

NELSON FREDY PADILLA CASTRO\*

El proyecto Nasa, de los indígenas paeces del Cauca, ha sido un ejemplo de resistencia civil en medio de un conflicto armado que no da tregua. En sus territorios han construido un proyecto de vida basado en la educación, la preservación de su cultura, la economía comunitaria y la democracia. Por eso fueron reconocidos en el año 2000 con el Premio Nacional de Paz.

---

\* Periodista y escritor. Ha trabajado en las revistas *Cambio* y *Cromos*, de la cual también fue jefe de redacción. Actualmente es editor de domingo de *El Espectador*. Sus reportajes y crónicas han sido premiados tres veces en España: recibió el premio Ortega y Gasset en 2000, el premio Don Quijote en 2006 y el premio Miguel Hernández en 2009; también ganó el premio Simón Bolívar en el 2010. Fue finalista del premio iberoamericano Crónicas Planeta/Seix Barral con el libro *La vida es una apuesta*. Tiene un libro de cuentos titulado *Fallas de origen* y trabaja en su primera novela.



Más allá de nuestras ciudades, de lo que llamamos “la civilización”, más allá de Cali y de los cañaduzales del Valle del Cauca, en las estribaciones de la Cordillera Central, el mundo cambia si te dejas guiar por una mano cobriza que se extiende para invitarte a conocer la madre tierra de los indios paeces.

En el año 2000 viajé por primera vez al Proyecto Nasa, atraído porque acababa de recibir el Premio Nacional de Paz. En aquella ocasión hablé con los jurados, que estaban felices de hacer público un fallo unánime para exaltar a un pueblo indígena que iba rumbo a la autosuficiencia en todos los campos y capaz de oponerse a la guerra a través de métodos pacíficos. Para un periodista era difícil resistirse a la aventura de conocer a los Nasa.

Recuerdo la emoción de la mezzosoprano Martha Senn, presidente del jurado, cuando me hablaba de las maravillas culturales de aquella comunidad y de su gran corazón. Si te has presentado con ellos, si han visto en tu mirada y en tus actitudes la sinceridad, los paeces saldrán a recibirte a Santander de Quilichao, la ciudad más cercana a sus históricas raíces y su centro de operaciones administrativas. Desde allí, emprendí el viaje hacia Nasa Kiwe, la madre tierra, en una chiva repleta de nativos, mercados y alegría. Los indígenas colgaban de las ventanas de madera y se apilaron sobre el techo como racimos de plátano.

Camino al norte del departamento del Cauca, la imagen de edén que tenía en mi cabeza se desdibujaba a medida que aparecían, en las vallas de orientación vial y en las de las tiendas de vereda, consignas de victoria de la guerrilla de las Farc y las primeras amenazas

de los grupos paramilitares, ya patrocinados los dos, a conveniencia, por narcotraficantes y terratenientes.

Desde que traspasamos las talanqueras de la guardia indígena –cuyo proceso de formación pude conocer tiempo después en Caloto, gracias a la hospitalidad de su comandante Luis Alfredo Acosta– noté cierta tensión en el rostro de los encargados de garantizar la seguridad propia y la de los visitantes. Ellos sólo cuentan con un bastón de madera, adornado con anillos y tejidos inspirados en el arco iris, y con su coraje para enfrentar a los grupos alzados en armas que siempre han querido apropiarse de sus dominios. Mientras ellos se ocupaban de detectar cualquier peligro, los pasajeros tratamos de superar el miedo que nos producía la sensación de que en cualquier momento la chiva podría irse a botes por la espiral de abismos de cientos de metros que bordean la carretera.

Me sentí a bordo de una nave única en travesía hacia el centro de la tierra. No al submundo fantástico que imaginó Julio Verne sino al que soñó para estas montañas ariscas el padre Álvaro Ulcué Chocué, asesinado en 1984 por sicarios de terratenientes que buscaban, con su muerte, frenar el proceso de recuperación de las fincas que pertenecían a los indígenas.

Era el sacerdote indígena de Toribío, un pueblo que está a dos horas de camino y después de haberse bebido una botella de aguardiente para disminuir el vértigo que producen los abismos. Quien nos recibió en la plaza principal fue Ezequiel Vitonás, alma de esta historia y en ese entonces alcalde local saliente. Había coordinado el Proyecto Nasa durante los años noventa, se encontraba amenazado de muerte por la guerrilla y aún así no dejaba, y todavía no deja, de sonreír y de enfrentar el miedo con buenos chistes. El Premio Nacional de Paz ya se había convertido en el escudo de protección que necesitaban los paeces para seguir en el empeño de construir su propio tejido social.

Según me contó por esos días la ex canciller María Emma Mejía, fue por cuenta del Premio que su amigo, el famoso juez español Baltasar Garzón, gestor de la Fundación por los Pueblos Indígenas, se interesó en Colombia para conocer este laboratorio de paz y desarrollo. Hice mi segundo viaje al mundo Nasa en junio de 2001,

junto al superjuez y a la ex canciller. Aquella vez la primera parada antes de subir a Toribío fue en la vereda La María, en Piendamó, lugar sagrado donde los paeces se reúnen en asamblea general para moldear su “plan de vida”.

Garzón dedicó un día completo a escuchar las denuncias de los indígenas sobre los atropellos de la guerrilla, los paramilitares y las Fuerzas Armadas. Lo impactó el relato de los sobrevivientes de matanzas como la del Alto Naya, donde un centenar de personas fueron asesinadas por los paramilitares, y la de El Nilo, donde 20 paeces más fueron sacrificados por narcotraficantes que les querían arrebatar una finca.

Ese día Garzón fue nombrado embajador internacional de los indígenas colombianos y los paeces le entregaron expedientes judiciales completos para que desde su posición de juez transnacional les ayudara a que se haga justicia por los crímenes en su contra. Él les dijo que lo que les había sucedido “es más grave que las caravanas de la muerte del dictador chileno Augusto Pinochet” y aunque les advirtió que él no tiene competencia para investigar estos casos, se comprometió a ponerlos en conocimiento de la Corte Penal Internacional, que, desde finales de 2009, ya puede asumir los crímenes de guerra que se cometen en Colombia, si es que estos quedan en la impunidad.

El recuerdo de estas visitas se hace más perdurable cada vez porque este año, 2009, después de centenares de muertos en medio del fuego cruzado, volví a encontrar a los paeces o nasas con la misma coherencia social y política. De nuevo en minga comunitaria en Piendamó, en torno a una olla gigante de delicioso mote, esta vez actualizando el expediente de sus desventuras para entregárselo al relator de las Naciones Unidas (ONU) James Anaya quien, como Garzón, vino a escucharlos y comprobó que la situación de seguridad sigue siendo “crítica” porque los actores de la guerra se niegan a entender y respetar su neutralidad.

## INDÍGENAS DEL SIGLO XXI

Mayo de 2009: mi cuarto viaje al centro de la tierra Nasa lo coordino con las mujeres paeces, quienes en forma creciente asumen tantas responsabilidades como los hombres y me parecen, incluso, más eficientes a nivel administrativo. Vilma Almendra y Dora Salas me pusieron en contacto con la moderna organización comunitaria en que se han convertido con el paso de los años. Llego a Santander de Quilichao, a la sede de *Radio Pa'yumat*, donde encuentro a un grupo de jóvenes concentrados en afinar los últimos detalles para salir al aire enlazados —desde la Cordillera Central— con emisoras de Estados Unidos y Europa. Un bastón refrescado en las aguas sagradas de las nieves perpetuas hace de corazón de un mapa titulado Pueblos Indígenas de Colombia por la Paz.

La casa sede es la misma; la actitud perseverante y las herramientas, renovadas. Ahora veo a los paeces hablando por teléfono celular y planeando actividades con la ayuda de computadores portátiles. Hasta hace pocos años preferían comunicarse voz a voz y confiarle todas las actividades al lápiz, al papel y a la memoria profunda que heredaron de sus antepasados.

Me reencuentro con el eterno optimista Ezequiel Vitonás, más gordo, con 49 años y todavía como una de las cabezas del Proyecto Nasa, que ya no debería llamarse proyecto porque es palpable. Lo acompañé durante un día de trabajo y puedo dar fe de que el sueño de Álvaro Ulcué Chocué es una realidad en expansión. A diferencia de los encuentros anteriores, esta vez Ezequiel está dedicado al seguimiento de hechos cumplidos. Le da total crédito a la visibilidad y el respeto que ganaron con el Premio Nacional de Paz: —Aparte de protegernos ayudó a incidir en nuestra gente para que creyera en que podíamos consolidar el proyecto.

Le pregunto cómo ha logrado mantenerse como líder durante los últimos 20 años. Responde que dedicándose a trabajar por la comunidad. Que tal vez por eso no tiene tierras propias pero sí el respaldo de sus hermanos de sangre. No se queja. Celebra porque nunca le ha faltado nada para sacar adelante a sus 13 hijos. Sonríe y advierte que todo es fruto de la constancia del trabajo en equipo.

Le averiguo cómo ha evolucionado su situación de seguridad. Se asombra de estar vivo luego de superar tantas dificultades en medio de la guerra.

Cuando lo conocí en Toribío estaba amenazado de muerte por la guerrilla de las Farc, el mismo grupo armado que acaba de asesinar al dirigente paez Marino Mestizo, quien investigaba el secuestro de siete funcionarios de la Alcaldía de Jambaló. Las presiones de los violentos todavía acechan. En la actualidad hay 32 líderes como él para los que la Organización de Estados Americanos (OEA) reclama medidas cautelares permanentes a fin de que el Estado proteja su vida.

—Yo no sé cómo no estamos muertos a pesar de tanta acción humanitaria que hemos hecho —destaca al recordar las mingas comunitarias con las que se expulsó, una y otra vez, a guerrilleros, paramilitares y narcotraficantes de la región. A los grupos armados se les obligó a devolver secuestrados, a respetar a la población indígena, a no reclutarla ni a violar sus derechos. Pero este tipo de cruzadas, “*kwe’sx txiwe nwe’way*” (que quiere decir “en defensa de nuestro territorio”), siguen en pie porque los bandos insisten en invadir sus tierras o en ocupar sus parcelas en busca de trincheras.

## LA RESISTENCIA SIGUE EN PIE

Durante mi visita, Ezequiel y su equipo trabajaban en la organización de una travesía hasta el Alto Naya donde los paramilitares asesinaron en 2001 a un centenar de indígenas e insisten en amedrentar a los sobrevivientes. También estaban planeando mingas para dismantelar las trincheras que el Ejército Nacional insiste en montar en zonas sagradas, que son para realizar rituales de respeto a la madre tierra.

Otras de estas mingas actúan como brigadas para desactivar minas antipersonal que los guerrilleros de las Farc dejan sembradas en los caminos para evadir a las tropas del gobierno. También dejan señales en casas, escuelas y puestos de salud que las identifican como zonas protegidas por el Derecho Internacional Humanitario. A pesar de todo, como dice Ezequiel: —es mucho el respeto que hemos ganado

a través de la guardia indígena, hasta el punto que en la última toma guerrillera a Toribío, en 2005, fuimos nosotros los que rescatamos en medio de la balacera a civiles, policías y guerrilleros heridos.

Él y su gente se sienten más protegidos pero no menos vulnerables. Ya no dependen solamente del sonido de alerta de los cuernos que retumban por todo el Cauca, ni del lenguaje de los tambores, sino de una red que incluye a la Cruz Roja y a organizaciones internacionales de derechos humanos que, en cuestión de minutos, ponen sobre aviso a las autoridades de cualquier peligro en el que se encuentre la comunidad. Aunque el gobierno nacional les dio a los líderes como Ezequiel teléfonos celulares azules para que pidan auxilio a una línea de emergencia de la Policía, ellos prefieren sus nuevos radios de intercomunicación y el apoyo inicial de las entidades neutrales.

Estas redes de apoyo les permiten, cuando se producen ataques a las comunidades afectadas, movilizarse sin alejarse del norte del Cauca, lo que ha convertido a la región de los Nasa en la de menor desplazamiento forzado del departamento. En ocasiones se ven obligados a hacer desplazamientos internos, pero cuando regresa la calma recuperan en minga los sectores afectados. Ezequiel Vitonás insiste en que la seguridad es vital pero no la única cara que identifica al Proyecto Nasa pues su prioridad es el desarrollo integral de las 110 mil personas de 19 cabildos y ocho municipios que lo integran bajo el lema: “Gente consciente, educada, organizada y unida”.

## LA TIERRA, EL ETERNO PROBLEMA

Para los Nasa la recuperación de la tierra que les fue expropiada a los terratenientes es prioritaria. Muy a pesar de que la Constitución de 1991 les devolvió ese derecho ancestral, el gobierno nacional todavía no les ha cumplido con los presupuestos ni con la compra de la totalidad de los lotes previstos.

El mismo año que se firmó la Constitución ocurrió la matanza de El Nilo, en la que murieron veinte indígenas. El Estado colombiano fue condenado por esta masacre en la Corte Interamericana de Derechos Humanos, que ordenó que los indígenas del norte del Cauca fueran indemnizados. Sin embargo, 18 años después siguen

luchando para que cada gobierno de turno cumpla con el cronograma de asignación de tierras que ordenó la sentencia.

El último incumplimiento ocurrió en 2005, por parte del gobierno de Álvaro Uribe, que debía comprar 15.663 hectáreas para los Nasa y de las cuales aún les debe 2.300. Lo que más indigna a los paeces es que el acta de compromiso fue firmada por el ex ministro del Interior y de Justicia, Sabas Pretelt, durante un acto en la finca La Emperatriz, el lugar donde, según paramilitares, se planeó la masacre.

Ante la ineficiencia política optaron por la vía judicial y le pidieron a la Fiscalía General de la Nación la expropiación del predio. Pero esto tampoco ha sido posible.

Por eso los Nasa a veces bajan en minga y cortan la caña que los terratenientes siembran en ese lugar y que debería estar en sus manos. Ezequiel denuncia: —No nos han cumplido con las tierras, ni con la indemnización plena para nuestro plan de vida y mucho menos con justicia en el proceso penal porque los acusados o no fueron condenados o se escaparon de la cárcel.

El 8 de marzo de 2008 la entonces viceministra del Interior, María Isabel Nieto, estuvo en el corregimiento de Huellas y allí volvió a comprometerse como gobierno no sólo en materia de tierras sino en el mejoramiento de la asistencia en salud, educación y producción económica. Tampoco cumplió. Así lo denuncia el Acuerdo de Cooperación 2008-2009 entre el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) y la Asociación de Cabildos Indígenas del Norte del Cauca (ACIN), donde aparece otra perla: sólo el 40 por ciento de las tierras recibidas por los Nasa entre 1991 y 2005 son aptas para la producción agrícola. El 60 por ciento restante son “áreas con fuertes pendientes, sitios sagrados y zonas erosionadas”. La ONU dice en dicho documento que acompañará a los indígenas hasta que les cumplan.

Según Ezequiel, el incumplimiento sistemático de los deberes del Estado no ha sido sólo obra de los funcionarios de turno sino de dirigentes políticos regionales que, como Juan José Chauz, se han empeñado en que a los indígenas del Cauca no se les entregue ni una hectárea más de tierra. Algo similar a lo que dijo el ex ministro de Agricultura Andrés Felipe Arias, en reacción a las marchas de las comunidades del Cauca.

Chaux está acusado por la justicia de tener vínculos con grupos paramilitares de la región que, en asocio con grandes narcotraficantes, se han dedicado a robarles la tierra a las comunidades rurales más indefensas.

—Ese señor no logró acabarnos —dice Ezequiel Vitonás— a pesar de que fue el encargado de pelear para que nadie le vendiera tierra al gobierno con destino a nosotros. Es que ni a los neoliberales ni a los terratenientes les interesa que existan procesos de propiedad colectiva como el nuestro.

## DESARROLLO INTEGRAL

Con la tierra los Nasa pueden poner en marcha lo que ellos llaman su plan de vida bajo el precepto de “un crecimiento en todas dimensiones de vida, siempre en equilibrio y respeto hacia la madre tierra”. Los proyectos comunitarios se han multiplicado. Ahora están consolidados cinco más: Proyecto Global, en Jambaló; Unidad Paz, en Miranda y Corinto; Proyecto Integral, en Caloto; Yaluch o hijo del agua, en Santander de Quilichao, y Satu Frinxi Kiwe, en Buenos Aires y Suárez.

Ezequiel explica que en todos “la dinámica es la misma que consolidó el Nasa: transformar a los dirigentes locales en líderes y que el cambio se produzca a partir del mandato y las necesidades de cada comunidad, planteadas siempre en asamblea”. Y cuando los dirigentes no cumplen lo acordado es el mismo pueblo el que los somete a juicio, les quita el poder y los fuetea delante de sus electores. No solo las autoridades nacionales sino en especial ellos están obligados a cumplir “las leyes del centro de la tierra”, dictadas a los caciques históricos nacidos del agua como Juan Tama.

De las cosas que más impresionan de este pueblo es su capacidad comunitaria. Nunca falta una olla con alimento para todos. Sus parcelas tienen dos niveles de producción, uno familiar para que en ninguna casa falte la comida y otro agroindustrial del que se benefician todos los miembros. La primera vez que conviví con ellos, el trabajo se concentraba en una gran finca en Toribío. Ahora las granjas integrales se han multiplicado, generando proyectos

asociativos, desde tiendas en veredas hasta empresas ganaderas y de producción de frutas y verduras.

Hay que ver cómo pasaron de una concepción campesina a una empresarial globalizada sin atentar contra los principios que rigen la convivencia y la supervivencia Nasa. Me muestran orgullosos, con razón, las truchas marca Juan Tama, los jugos *Sifinze* –que ellos llaman agüita refrescante–, los mármoles extraídos de las minas La Manuela, el yogur y el queso que producen en Lácteos San Luis. Lograron la autonomía alimentaria que a comienzos de los años noventa era casi una utopía.

Los controles que rigen estas empresas son los mismos que regulan a las comunidades: las cuentas claras se entregan en las asambleas comunales. Los planes de producción los elaboran nasas que aprendieron de sus padres, abuelos y maestros; ahora respaldados por nasas ya formados en ciencias agrícolas o ingenierías.

## LOS NUEVOS EJEMPLOS

Para verificar el poder amplificador del “laboratorio social” en que se convirtió el Proyecto Nasa, según la Unesco, visité el Sat’u Frinxi Kiwe, que significa territorio escrito por los caciques, que está entre los municipios de Buenos Aires y Suárez. Su coordinador es Andrés Fernando Muelas, de 27 años, quien ya es considerado un referente del Nasa del siglo XXI. El proyecto surgió en 2003 para llevar el desarrollo a los pobladores de los corregimientos Las Delicias, Concepción y Guadualito, una zona sagrada porque guarda las piedras en las que los antepasados de los paeces dejaron escritas las “leyes del centro de la tierra”. Son grandes rocas marcadas por jeroglíficos fosilizados en los que se advierten caracoles, espirales, escorpiones y símbolos de su propia cosmovisión.

Este joven bachiller, que luce un collar de chaquiras en forma de rombo y con los colores del arco iris, explica al detalle el proceso económico, educativo, de salud, agrícola y medioambiental del que depende la vida de 4.000 personas. Su principal preocupación, además de mantenerlos a salvo de los actores armados, es meter en cintura a los explotadores de oro, así como cultivar las buenas rela-

ciones con la población negra y mestiza. Él es un líder cuyo trabajo es “hacer cumplir la ley de origen de los dioses *Nhej* que regulan la naturaleza y descifran hasta los truenos”.

En una mañana pasa revista a todos los frentes de trabajo terrenal, desde el cultivo de cilantro hasta la evaluación de los profesores de las escuelas. En la tarde se concentra en la planeación de actividades trascendentales para el espíritu. Una de ellas es el ritual del *Sakhelu*, una ofrenda de semillas que se le hace en agosto a las fuerzas de la naturaleza, para que la siembra de septiembre sea buena. Todo culmina con un ritual en torno a un árbol de cedro de 20 metros de alto, escogido por el médico tradicional, alrededor del cual todos bailan y toman chicha.

Luego viene la preparación del *Cxapuxs*, una ceremonia que se realiza todos los noviembre para recordar a las personas muertas. Ese día se prepara el mejor y más abundante mote del año para que las ánimas lleguen a comer y hagan su tránsito a mártires. Como Álvaro Ulcué Chocué, el Nasa que visualizó este nuevo mundo para los paeces.

## SIN EDUCACIÓN NO HAY NADA

Otra clave para que todo este proceso funcione y mantenga su viaje a través del tiempo, es el plan de etnoeducación, que busca que los Nasa se formen a nivel básico y superior en su tierra y con base en el saber ancestral. Crearán antes de cinco años la Universidad Indígena, cuyos programas estarán basados en investigación-acción. Es decir que cada proyecto académico se llevará a la práctica de manera simultánea, en su medio ambiente.

La elaboración de los textos guía de la cosmovisión Nasa se hará bajo la coordinación de Ezequiel Vitonás, desde la Casa del Pensamiento, localizada en la hacienda Chorrillo, en el corregimiento Huellas de Caloto. —Los paeces nos liberamos también de la esclavitud de la ignorancia, —asegura el líder indígena.

Si a comienzos de los años setenta el porcentaje de analfabetismo de estas comunidades superaba el 90 por ciento, y el fantasma de la desnutrición los rondaba, ahora una generación de Nasas pro-

fesionales tendrá la responsabilidad de consolidar su nación para el nuevo siglo. Están formando a sus propios profesores de Economía, Administración de empresas, Agroindustria y Antropología social en convenio con la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Ezequiel me aclara: —A diferencia de lo que pasa en el resto del país, aquí los títulos no importan tanto a nivel individual sino en la medida en que sirvan para mejorar el nivel de vida de la comunidad.

Es así como conciben también el hecho de que los líderes Nasa asuman cargos políticos por elección o nombramiento. Es el caso de Jesús Piñacué, símbolo de la primera generación de indígenas egresados de las universidades y dedicados a defender los derechos básicos de sus hermanos, quien ha estado por más de 15 años en el Congreso, y quien, a pesar de su destacada labor, se hizo merecedor en una ocasión de un castigo con fuste por hacer alianzas políticas que no convencieron a su pueblo.

Vitonás, al igual que Piñacué en su momento, se convirtió en “la mirada, el corazón y la mente” de los saberes ancestrales y modernos de los Nasa. No sólo fue el coordinador del Proyecto Nasa entre 1990 y 1998 sino que se destacó como concejal y alcalde. Por esta razón lo designaron como encargado de las relaciones internacionales de los Nasa en 2001. En ese cargo ha recorrido buena parte de América y Europa, dando a conocer la filosofía que heredó de la tradición oral de sus antepasados.

## DERECHO PROPIO

Otra tarea ardua para los Nasa ha sido la elaboración de su propio sistema de justicia en el marco de la Constitución de 1991. El país ha sido testigo de los juicios públicos que las autoridades indígenas les hacen a los miembros de sus comunidades cuando cometen algún delito. Se trata de un sistema oral, respaldado por la decisión de las asambleas que condenan a fuste, cepto o trabajos forzados a los infractores, bajo el precepto de que es preferible concientizar a quien viola las normas y reinsertarlo de inmediato a la sociedad antes que enviarlo a una cárcel. —Para nosotros lo primero es el remedio espiritual, no la cárcel o el fusilamiento —dicen.

En la misma forma se juzga a guerrilleros, narcotraficantes, militares y todo aquel que quiere violar el ordenamiento legal de sus pueblos, algo que la justicia ordinaria todavía se resiste a entender a plenitud. En muchos casos la Fiscalía se ha negado a entregarle personas que por su origen indígena deben ser juzgadas por sus comunidades y no por jueces civiles.

Dos décadas después de expedida la Constitución, el Consejo Superior de la Judicatura dice estar trabajando en las normas que deben regular la relación entre las leyes de la tierra de los Nasa y la de los mestizos que vivimos a ese lado del planeta.

Conmueve asistir a una audiencia Nasa en la que se aprueba la gestión de un dirigente dándole un banano, o se desaprueba con un limón o una naranja ácida. Los mayores —reconocidos por la Unesco como maestros de sabiduría— no miran a los inculpados. Miran al piso para percibir sus pulsaciones y la sinceridad de su defensa. Sólo entonces saben si debe ser castigado o simplemente refrescado con algunas de las plantas sagradas. —Esto no se encuentra en los libros, eso sólo se aprende aquí, viviendo nuestras costumbres, conversando como nos gusta, viendo que un mundo en comunión de paz sí es un mundo posible —me insiste Ezequiel cuando estamos a punto de despedirnos.

Le recuerdo que en 2001 el juez Baltasar Garzón se sumió en un profundo silencio, asombrado al ver la eficacia de los procesos orales de los Nasa, comparados con los extensos sumarios que él maneja. Quedó tan afectado que durante su segunda noche en Toribío se reunió en privado con los consejeros paeces y con los sacerdotes italianos de La Consolata para pedirles un consejo definitivo sobre su vida: ¿debía continuar trabajando como juez en España o dedicarse de lleno a ayudar a los indígenas? La decisión fue salomónica. Desde entonces no descuida la Audiencia Nacional de España ni a los paeces, a quienes asesora en la creación de la llamada Escuela de Derecho Propio, que recogerá toda la historia de la justicia indígena y de la injusticia de la que siguen siendo víctimas.

# LOS HIJOS DEL PROGRAMA DE DESARROLLO Y PAZ DEL MAGDALENA MEDIO

---

LUIS ALBERTO MIÑO RUEDA\*

Cuando el desangre del Magdalena Medio parecía no tener fin, surgió el Programa de Desarrollo y Paz de esa región, una iniciativa para impulsar la reconciliación a través del desarrollo y las alternativas educativas y de vida para sus habitantes. Por ser un modelo de construcción de paz y oportunidades desde la base y una propuesta innovadora de cooperación, el Programa ganó el Premio Nacional de Paz en 2001.

---

\* Ha realizado su carrera periodística en el periódico *El Tiempo*, donde empezó en diciembre de 1992 como redactor nocturno. Ha sido subeditor de reportajes y redactor de la sección 'Nación', de la cual es editor actualmente. Ha sido enviado especial en zonas de conflicto, tragedias naturales, paros armados, masacres y hasta reinados de pueblo. Por su trabajo ha obtenido dos premios Simón Bolívar; fue finalista de una versión del premio de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y recibió una mención de honor del premio Rey de España.



**E**n medio de una cruenta guerra que agotaba los cajones de las funerarias del Magdalena Medio, un día, Guillermina Hernández y sus vecinas del nororiente de Barrancabermeja vencieron el miedo y se reunieron porque no tenían plata para el mercado; Julián Peñaloza y otros líderes del barrio Pablo Acuña de ese puerto petrolero soñaron con hacer un colegio para que los “pelaos” no tomaran un fusil, y Francisco González, un campesino de las afueras de San Pablo (Bolívar), y sus vecinos se reunieron para buscar dormir sin oír balas y dejar la coca atrás.

Las historias de estas comunidades del Magdalena Medio, que han luchado por años en medio del conflicto para sobrevivir, se cruzaron con el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio (PDPMM) y dieron un giro en medio de las balas.

El Programa nació en 1996 para apoyar con recursos nacionales e internacionales las iniciativas de paz que surgían entre los 800 mil pobladores de 30 municipios, considerados los patios traseros de Santander, Cesar, Antioquia y Bolívar, en donde el 75 por ciento vivía en la pobreza. En ese contexto, el PDPMM se convirtió en una luz de esperanza para esta golpeada región.

El señalado para liderar este gran experimento fue el padre Francisco de Roux, un jesuita caleño, con doctorado en Economía de la Sorbona de París. En esta región de pescadores de bagres y bocachicos, él tuvo la misión de enseñar a pescar y de poner en práctica una vida de estudios en el Centro de Investigación y Educación Popular (Cinep). Justamente el Programa nació de un estudio que hicieron el Cinep y la Unión Sindical Obrera (USO), sindicato de Ecopetrol, para buscarle alternativas a la violencia que se vivía en Barrancabermeja y toda su zona de influencia.

Con un grupo técnico –que creó su centro de operaciones en unas oficinas del edificio La Tora, de Barrancabermeja, desde donde se divisa el valle del principal río del país, el Magdalena, y la principal refinería colombiana–, el programa se fue sumergiendo en esta conflictiva zona, donde hacían presencia guerrilleros del ELN, las Farc, los grupos paramilitares y los narcotraficantes.

La figura menuda del sacerdote, canoso y casi siempre vestido de blanco, empezó a moverse por los barrios y pueblos vetados para extraños. Tenía la facilidad de codearse con embajadores de países europeos y humildes campesinos; con banqueros y lavanderas de ropa. Consolaba a las viudas de la guerra y se atrevía a darles sermones a los jefes de los grupos armados.

El sacerdote, que andaba casi siempre sin sotana, pese a que quiso mantener un bajo perfil, se convirtió en el símbolo de carne y hueso del programa, tal vez el más vasto en la historia de procesos de paz del país. Tanto encarnó el Programa que muchos pensaron que las soluciones venían del padre Pacho, como lo llamaban cariñosamente, pero realmente su virtud era convencer a los directivos del Banco Mundial, del PNUD, del Gobierno, de la Unión Europea, de la embajada de Japón y de empresas privadas de que le apostaran a la paz de esta región con millonarios recursos. Su trabajo silencioso, que predicaba la vida con dignidad y la paz con inversión social, comenzó a tener eco con los años a nivel nacional y obtuvo el Premio Nacional de Paz en el 2001, el cual recibió el padre Pacho en nombre de la comunidad.

El premio le sirvió al PDPMM para hacerse más visible a nivel nacional e internacional y continuar su labor en busca de recursos para apoyar diversos proyectos en la región, que iban desde la búsqueda de los espacios humanitarios hasta proyectos productivos, con búfalos y cacao, pues la violencia seguía azotando la zona y los paramilitares, por esos años, arremetían con fuerza. El padre Pacho, a quien unas veces tildaban de guerrillero y otras de paramilitar, recibió de ahí en adelante más premios, incluida la medalla de Caballero de Honor de la Legión Francesa que le entregó el entonces presidente francés François Mitterrand. Pero, sobre todo, se convirtió en la voz de una región olvidada por los gobiernos locales y en una autoridad para

hablar de paz a nivel nacional. Muchos recuerdan, por ejemplo, que iba a los consejos comunales que hacía el presidente Álvaro Uribe en la región y le hacía un diagnóstico del panorama de violencia que azotaba a sus pobladores.

Fue tanto la encarnación del programa en el sacerdote que cuando en la región se enteraron de que lo iban a enviar a Bogotá a dirigir la congregación de la Compañía de Jesús, circuló una carta en la que se pedía a los jesuitas que echaran para atrás la decisión, pues algunos pensaban que el PDPMM se iba a acabar. Pero De Roux mismo se encargó de hacer la transición antes de irse y así el Programa pasó en el 2008 a manos del médico y también sacerdote jesuita Libardo Valderrama, quien continúa el trabajo del Programa, que ha dejado su semilla en unos 500 proyectos de los pueblos de este valle del Magdalena.

El padre Pacho se fue sin haber derrotado la violencia como lo soñó. Pero dejó en esta tierra, que era un valle de sangre, cientos de semillas. Y ahora ya pueden contar otra historia Guillermina, desde su modesta oficina ubicada en el segundo piso de un edificio de tres pisos, que parece un rascacielos en medio de las casas de su barrio; Julián, que cuida las plataneras y el cultivo de yuca del colegio agrícola que crece en un viejo campo de guerra, y Francisco, que lidera comisiones humanitarias para que los grupos armados respeten a los campesinos. Estas son sus historias de vida y sus voces.

## LA HISTORIA DEL MERCADO DE GUILLERMINA HERNÁNDEZ

Era 1992. Por el barrio había mucha violencia y la plata no alcanzaba para la comida. Vivíamos en el sector nororiental de Barrancabermeja. Yo había trabajado con la parroquia y la gente iba a buscarme a la casa para que le ayudara y no les podía decir que no. Mientras haya necesidades, el trabajo está ahí. Entonces, armamos unos grupos para ver qué podíamos hacer.

A la gente le daba miedo reunirse, pero aún así nos encontramos 11 mujeres y salió la idea de Merquememos Juntos. Nos hicimos en un quiosco de la parroquia que nos prestaba el padre Antonio Gómez. En la reunión salieron a flote muchas necesidades como el

desempleo, los altos costos de los servicios públicos, problemas que son iguales para todo el mundo. La solución que se nos ocurrió era cómo garantizar la canasta familiar. La idea era reunir la plata que teníamos para comprar un mercado más barato. Los 200 pesos que teníamos para el almuerzo los juntamos para ir a merchar a la plaza de Torcoroma. En ese tiempo por aquí no había sino dos o tres tiendas; las verduras eran muy costosas y apenas nos alcanzaba para echarle algo a la olla.

Nos tocaba ir a la plaza a pie, a las 3 de la mañana. Quedaba lejos y a esa hora no había transporte ni plata. Comprábamos directamente en los camiones que traían la comida del campo, para evitarnos los intermediarios. Después esperábamos a que fueran las 6:30 de la mañana para que un carrito nos llevara al barrio. En el primer mercado compramos dos plátanos, 12 libras de papa, zanahoria, habichuela, tomate y cebolla de rama. Nos tocaba de a libra, o una unidad para cada uno. Eso rindió como por arte de magia o la voluntad de Dios. Al cuarto mercado ya teníamos 18 artículos. Ahí fue donde vino la idea de que podíamos comprar granos. Pero como no teníamos plata le pedimos prestados 50 mil pesos al padre Antonio.

Se hizo una investigación de cuánto se gastaba cada uno en arroz, aceite, panela, café, sal y jabón. Y después juntamos cantidades y miramos cuánto teníamos que comprar al por mayor. Le compramos el primer mercado al señor Custodio, del supermercado Guayaquil. A ese señor después lo mataron. El bulto de arroz nos costó 8.010 pesos y lo llevamos en el carrito de un señor antioqueño que nos dijo: "Yo también como. Páguenme con artículos". Y le dábamos del mercadito.

En un principio íbamos como seis a merchar, pero vimos que éramos muchos porque a varios les tocaba devolverse a pie, pues no cabíamos con el mercado en el carro. Entonces organizamos comisiones. El grupo creció. Con el tiempo nos convertimos en 118 familias. Siempre iban dos nuevos a merchar para que aprendieran y el que no llegaba temprano se sacaba del grupo. No toda la gente es buena para madrugar. La violencia era fuerte en la zona. Mandaba la guerrilla. A veces era llueva y truene agua y balas, pero nunca nos regresábamos por más fuerte que fuera la lluvia o la balacera.

Los grupos armados miraban mal las reuniones de más de tres personas. Nos vigilaban pero cuando se daban cuenta de que lo que traíamos era mercado nos dejaban quietos. La repartición se hacía en la parroquia. Comprábamos de todo menos carne y hueso. La plata no alcanzaba, por eso el que podía lo buscaba por otro lado y el que no, comía puras verduras.

Después empezamos a ver otras necesidades, la gente se la pasaba empeñando la plancha, el ventilador y hasta la cadenita del niño. Buscamos la manera de mirar cómo se podía solucionar eso. Necesitábamos plata y le pedimos prestados 200 mil pesos a la Pastoral Social. El grupo se había reducido, pues lo espulgamos porque había gente que no trabajaba. El padre nos colaboró y nos prestó un sitio para hacer un bingo. Los bingos dejan plata. Hacemos uno cada año, los últimos días de junio, en honor a San Cayetano, el santo de Merquemus Juntos.

Con el bingo pagamos todo lo que fiamos. También les pagamos a 36 personas que fueron los que trabajaron. A cada uno le quedaron 5.000 pesos y cogimos un cuaderno y a cada uno le abrimos una cuenta, que era el fondo para préstamos. Los créditos eran entre 500 y máximo 2.000 pesos. El truco era cómo los iban a pagar. Lo mejor era que cada persona planteara la forma de pago que podía cumplir. A veces se prestaban 1.000 pesos y los pagaban a 15 cuotas porque no podían dar más.

Con el tiempo empezamos a construir una sede. Ahí apareció el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio que nos mandó un promotor para que nos explicara qué hacían. Nosotros estábamos reacios a la gente de afuera porque pensábamos que se venían a meter. Al año nos mandaron a otras dos señoras y nos dijeron que nos iban a apoyar. Les hicimos una lista de necesidades. También nos hablaron del padre Pacho de Roux, a quien conocí en Bogotá en 1986, una vez que me tocó irme de Barranca. Lo conocí cuando él estaba en el Cinep y nos hicimos amigos.

Mandaron más gente para que nos visitara. Pasamos las verdes y las maduras con una gente de Francia que nos vino a conocer y nos tocó una plomera brava en el barrio. Se armó un tiroteo y no había dónde meternos. Al final no les pasó nada a los señores.

Conseguimos el lote con la ayuda del PNUD. Luego, los franceses nos ayudaron para el primer piso y también la embajada de Japón nos colaboró. Nos preguntaron cómo íbamos a seguir y solo les dijimos: “Con confianza en Dios, yo no sé en qué bolsillo estará la plata”. Y a los 20 días nos llamaron y nos dieron para terminar el segundo piso, con pintura y todo. El tercer piso lo dejamos iniciado. Nosotros también ahorrábamos, dábamos un día de trabajo semanal y nos alcanzó para la tercera placa. Cuando entró el Laboratorio de Paz lo levantamos.

En el primer piso montamos la tienda, que surtíamos con el mercado que comprábamos. Los productos se iban acabando porque no cobrábamos ni un peso de utilidad. Nadie robaba pero no crecía. Los que nos robaban eran los grupos armados que quitaban una teja, se metían y sacaban todo y después decían que no podíamos denunciarlos. Me amenazaban, pero como yo los conocía no les tenía miedo y los regañaba. A la idea del mercado se le sumó que nos pusimos a hacer los uniformes del colegio de los niños para que salieran más baratos. Así se creó un taller de confecciones.

En 1997 llegaron al barrio varias familias desplazadas y a raíz de eso creamos una olla comunitaria para darles sopa a los niños. La olla casi acaba con la tienda, pero los milagros existen. Como yo estaba muy cansada me fui para Bogotá y allá un muchacho de la Universidad Nacional me habló de una fundación que se llama Compartir –pero no la grande– que nos podía ayudar. Les conté la historia y me dieron un millón de pesos. Con ese dinero pudimos seguir haciendo la sopa por cinco años más.

El 4 de marzo del 2002 casi me matan. Me salvó que ese día fui a misa por la mañana. Los paramilitares fueron a esperarme a la entrada de la misa de las cinco de la tarde, pero yo había madrugado. Como no llegué hubo un alegato con la gente y decían que alguien me había avisado. El cura se fue a la carrera a contarme lo que estaba pasando y le tocó atajarme porque yo quería ir a ver quién me iba a matar. Ese día con el padre Pacho fuimos a buscar a esos sinvergüenzas y les dije que no me iba a esconder. Si me van a matar, que me maten, pero que me digan por qué.

Con el tiempo fuimos evaluando los programas que necesitaban más atención. Fortalecimos unos y soltamos otros. La tienda se la dimos a una socia para que la libre, pues ya pusieron plaza en la zona y los precios del mercado bajaron. En cambio el programa de micro-crédito es de los que más han crecido. Se prestan desde 300.000 hasta un millón de pesos y se ha beneficiado a unas 3.000 personas. Cada uno va haciendo su camino. Ya unos tienen su empresa y a sus hijos estudiando. Con la plata han logrado crear empresitas de comidas rápidas, almacencitos, misceláneas. Aquí prestamos para todo, menos para vender cerveza ni juegos de azar. Además, no se le presta plata al señor que maltrata a la señora o a los hijos. Más bien se les busca ayuda con psicólogos. Nosotros somos católicos pero no importa si vienen de otra religión, no se les niega la posibilidad de ayuda.

También creamos un fondo estudiantil por un pelado que quería ir a la universidad. Era el hijo de una ex socia que se sentó a llorar porque no tenía 45 mil pesos para la matrícula. Del fondo se los prestamos y ya recibió su ingeniería el año pasado.

Como organización hemos crecido tanto que ya tenemos sucursales en San Vicente, Aguachica y Sabana de Torres, y vamos a dar asesoría en el sur de Bolívar sobre micro-crédito. Actualmente tenemos disponible una cartera de 400 millones para mover. A nosotros no nos quieren los que prestan gota a gota porque les quitamos muchos clientes.

Hoy en día la olla para los desplazados se convirtió en un restaurante escolar. Ahora se les puede echar más huesitos. Antes eran dos libritas y ahora le echamos hasta seis, bien carnudas. Se hacen entre 20 y 32 almuerzos, a 3.000 pesos. La sopa vale 500 pesos y viene mucha gente a comer. También tenemos una panadería, donde se hornea un pan de gran sabor que se vende en las tiendas de Barranca. Somos 32 socios que invertimos de a 200.000 pesos cada uno. Cada seis meses miramos qué compramos y nos repartimos las ganancias. Diario hacemos 20 de harina y se vende todo en hora y media. Además tenemos el programa de refrigerio escolar, de madres cabezas de familia.

La vida nos ha cambiado. La zona ha cambiado como un 200 por ciento y el grupo también. Si no nos hubiéramos reunido la pri-

mera vez, tal vez no estaríamos contando el cuento. Todavía seguimos soñando. La idea es hacer el Banco de los Pobres en el Magdalena Medio. Ya estuve en Bogotá hablando con gente de la Presidencia de la República, pero casi me toca hacerles crédito a ellos. ¡Porque sí lloran!

Cuando veo cómo han avanzado los programas, la acogida de la comunidad y todo lo que hemos alcanzado, pienso que sí ha valido la pena. Logramos que nos conocieran a nivel internacional aquí en Barranca, que viniera gente de otros países a visitarnos. Yo hasta fui a Francia a recibir un premio que nos dieron en el año 2000.

Los muchachos de la violencia tuvieron un final muy triste porque cuando entraron los paras se mataron entre ellos, unos contra otros. Esa fue la violencia más grande que hubo. Era muy triste ver pasar gente amarrada con alambre de púas. Uno sabía que ese ya no volvía.

Ya no hay violencia como antes, pero sigue. Hace unos 15 días me encañonaron y me robaron. Me robaron la venta del día en la panadería. Menos mal que tenía poquita plata. Ese hombre me quería hacer comer el arma, pero yo no me dejé. Aquí seguimos luchando, contra todos los grupos, hasta con los ladrones.

#### FRANCISCO, EL CAMPESINO QUE APRENDIÓ A RECLAMAR SUS DERECHOS

Esta era una región donde la gente amaba mucho la vida. Yo vivía en Alto Cañabral, un caserío en el sur de Bolívar desde donde se ve la Serranía de San Lucas. San Pablo quedaba a seis horas, pero como era trocha había épocas en las que uno se podía demorar dos o tres días porque el carro se enterraba en el camino. Yo estudiaba allá y en las vacaciones me devolvía para la finca. Pocos podíamos estudiar. La mayoría de nosotros, que éramos 11 hermanos, estudiamos porque pusimos mucha voluntad.

En los ochenta empezó la coca. Un día regresé a la casa en vacaciones y me encontré unos semilleros de la mata. Por aquí nadie conocía cómo se sembraba eso. Tampoco se veía el Estado en estas lejanías.

Mi papá compró unas fincas de 50 y 100 hectáreas en la vereda de Aguasucía. Las llenó de coca y cuando estaban produciendo las vendió. Aprendí a sacar la coca y alcancé a producir 2.000 arrobas y a tener más de 10 hectáreas. Para ese entonces ya había mucha presencia de las Farc. Cuando eso la guerrilla no estaba metida en el negocio, pero en los noventa comenzó a ponerse la situación bastante delicada. Vinieron las fumigaciones y ya se escuchaba a hablar de los paramilitares.

El 8 de enero del 99 mataron a 13 personas en la masacre en San Pablo. Asesinaban al que veían en la calle. De ahí se vinieron para la zona rural donde yo tenía una tiendita y ya me había casado. Los paras se metieron a las seis de la mañana del 20 de octubre de ese año, cuando la guerrilla estaba ahí mismo en el caserío. Eso fueron bombas, granadas: un combate grande. Sin que nosotros supiéramos, la guerrilla les preparó un minado a la entrada de Aguasucía. Ellos recogieron todas las latas de los comestibles, las salchichas, las sardinas, los atunes. Luego le avisaron a la gente. Los que tenían que ver con ellos cogieron su motete y se fueron. Solo dejaron unos guerrilleros escondidos para detonar el campo minado cuando llegaran los paramilitares. No pensábamos que se iban a meter tan rápido. Los paras llegaron tirando de todo. En esas lomas había por lo menos 300. Uno de ellos venía con un pantalón roto y me pidió uno nuevo. Yo también vendía ropa y le saqué una sudadera negra. Se la enganchó y cogió para arriba. Por el miedo, todos los vecinos se vinieron para mi casa. Cuando yo me iba a meter debajo de la cama ya no había cupo. Ese caserío era grande, éramos como 70 familias. La gente no paraba de gritar por las bombas. Duramos 15 días en medio de los enfrentamientos, durmiendo debajo de la cama.

Un día nos reunió el comandante llamado 'El Paisa', un hombre gordote, sanguinario, y nos dijo: "Aquí los que se quedaron no deben nada, los que debían algo tuvieron que haberse ido, así que considérense personas libres". Ahí fue cuando empezó todo.

Ese mismo día, el comandante nos hizo subir a la loma a hacer trincheras para ellos. Todos los días nos tocaba subir a hacerles los huecos. Empezaron a saquear las tiendas y los almacenes. Decían que después nos pagaban. Había una tienda comunal y la saquearon

toda. Todavía se deben 8 millones de pesos donde Don Miguel, en San Pablo. Eso era de la cooperativa. Se vendían colchones, camas, tocadores, todos compraban ahí, se surtían de todo. Todo el mundo se llenó de terror.

Cada día una persona tenía que subirles a los paramilitares que estaban en el alto, agua en una mula. Un día le tocó a un muchacho que era de muy mal genio. Subió pero nunca bajó al caserío. Le decíamos 'el banquero', porque era de El Banco (Magdalena). Desapareció. Le avisamos a la familia y la mamá fue allá. Le dijeron que salió de discusión con el jefe y que lo habían matado, picado y lo habían arrojado por esos rumbones.

Los paras ponían todo el día a las mujeres a cocinar para ellos. Yo no soporté la presión. Casi nadie dormía. Ellos disparaban ráfagas cada dos horas dizque por seguridad. Al tiempo le dije a mi mujer: yo me voy. Le pregunté al comandante si me podía ir, si había algún problema. Dieron la orden de que me fuera y me monté en un camión y por el camino ví la fila de paramilitares que iba para allá, y al Ejército resguardándolos. Pensé: —Eso se va a poner peor.

Me salí y a los pocos días comenzaron a matar a líderes de las comunidades. Mataron al líder de La Golondrina. Si no me voy, quizá también me hubieran matado. Hacían reuniones con la gente y delante de ellos los mataban. En ese caserío quedaron dos familias. La del señor Teodoro Ortiz, un discapacitado que no podía correr, y una familia que vivía en una finquita. Ese pueblo quedó fantasma.

Lo más duro en la región fue el asesinato de Fidel Peña, un comerciante de San Pablo. Era un comerciante grande, no solo por lo que tenía en los estantes sino por la forma como trataba a las personas. Lo mataron en el 2002, en el parque. Esa vaina rebosó la gota. Apenas lo mataron se prendió esto. La multitud se levantó y quería quemar hasta el cuartel de la Policía. El Alcalde tuvo que salir del pueblo. Los paras en San Pablo tenían una camioneta que llamaban 'la última lágrima', al que subían allí no volvía. La gente estaba cansada de eso.

Duré dos años por fuera. Los cultivos de coca se multiplicaron. Los paras se quedaron abajo y la guerrilla arriba, en la montaña. En el 2004 regresé. Mis padres ya habían fallecido. Mi padre se murió de un infarto y mi mamá se fue a los tres meses. La junta estaba des-

organizada y me hicieron presidente de la comunidad. Entonces, se habló de que la gente se iba a organizar y anunciaron que venía una buena organización de Barrancabermeja, el Programa de Desarrollo y Paz, pero no se sabía cuándo era.

El 26 de octubre de ese año se convocó a la asamblea en Alto Cañabral para hablar del Espacio Humanitario. Estaba la Asociación Campesina del Valle del Río Cimitarra, que fue la que inició estos procesos humanitarios, y también había personas de 36 comunidades. Todos teníamos el mismo problema, la misma historia. Ese día analizamos cómo veíamos la zona, cómo la queríamos ver más adelante y decidimos crear nuestro Espacio Humanitario.

Se socializó con la gente y se hizo un plan de trabajo sobre las necesidades, ya que íbamos a tener el apoyo del Programa de Desarrollo y Paz y la Unión Europea. Esa vez fue el padre Pacho de Roux. Ese día en la reunión se eligieron diez líderes de la Zona de Desarrollo Integral.

¿Qué hubiera sido de esta comunidad si no se hubiera presentado esa oportunidad? La gente sembró coca por necesidad, porque no había alternativa. La comunidad presentía las consecuencias de la coca. Faltaban vías, escuelas, no había condiciones para vivir ahí. La respuesta fueron las fumigaciones y los paramilitares. Y después vino la quema de los caseríos. Tres veces quemaron El paraíso. Nada más con que nos hubiéramos reunido esa vez eso era ya un triunfo.

En la época de esa reunión los paramilitares ya se habían ido de Cañabral. No tenían una base. Dejaron todo eso abandonado, pero los alrededores del pueblo quedaron minados. Los paras solo venían a una vereda y se iban para otra. Al segundo día bajaron los paracos de la montaña hasta donde estábamos reunidos y amarraron a un muchacho al que iban a matar dizque por guerrillero. Ellos creyeron que allí había guerrilla. Pero les tocó escuchar el discurso del padre Pacho de Roux y se fueron.

Por el Programa, con las influencias, se empezaron a mejorar las escuelas y la carretera. Además, se empezó a hablar de derechos humanos. Entonces, uno comienza a reclamar sus derechos y a saber que los actores armados tienen unos deberes. Nosotros seguimos el

mensaje de que la humanidad debe entenderse a través del diálogo. La gente sabía que tenía derechos pero no sabía cómo exigirlos y con las capacitaciones en Derecho Internacional Humanitario aprendimos a hacerlo. Ahora, el campesino tiene la capacidad de conocer qué es una violación, de denunciarla ante la Fiscalía o reclamarles a los mismos paramilitares. Antes había conocimiento de que uno tenía derecho de decirles a los militares que no podían acampar aquí o allá, a los paras que no se llevaran el ganado, pero no había posibilidad de hacer reclamaciones. Conocer nuestros derechos nos da la oportunidad de hablar con argumentos. Les reclamábamos a los guerrilleros, los paramilitares y los militares del Ejército y no nos prestaban atención. Pero aprendimos un nuevo lenguaje, a citar algunos artículos. Ese mensaje va calando y ellos ya ven que no están lidiando con unos campesinos atrasados o analfabetas, ahora hablan con personas que saben. Eso ha permitido que cambien las cosas.

Yo me quedé viviendo en San Pablo, pero sigo teniendo una territa en Aguasucia. Voy, visito y regreso acá nuevamente. En la vereda ya conseguimos el restaurante escolar, la dotación y una planta eléctrica. Llegaron otros programas, se hicieron las unidades sanitarias de la escuela y se consiguió que la Alcaldía diera plata para el arreglo de las vías. La gente puso la mano de obra y se generó empleo. Además, tenemos un fondo común para el arreglo de la carretera principal: una especie de peaje que pagan los transportadores, de donde sale la plata para arrendar una moto-niveladora.

Hoy en día prácticamente no hay coca porque ha sido muy atacada por las fumigaciones. Eso ha hecho reflexionar a la gente que ahora está sembrando cacao, pero mientras el cacao da la cosecha, se cultivan plátanos y se saca la madera.

Lo feo es que después de la desmovilización de los paras siguió la violencia. Antes sabíamos que eran las Farc, el ELN o los paras, pero con las nuevas bandas uno no sabe cómo es la cosa.

En mayo tuvimos una experiencia en Alto Sicué, cerca de San Pablo, donde se presentó un desplazamiento de 102 personas. La comunidad nos llamó porque había combates. Ese día la guerrilla estaba en la montaña y dos militares se subieron a un palo de mamoncillo y les dieron bala. Unas balas pegaron en las ramas y comenzó el desor-

den y los militares se atrincheraron en las casas. Pidieron refuerzos y llegaron los helicópteros. Dos días duró la balacera. Entonces se hizo una alerta temprana. Se hizo una cadena y se llamó al Ejército. Me tocó hacer buscar a las organizaciones de confianza. Con la Defensoría y la parroquia y otros líderes decidimos ir hasta Alto Sicuté. Cuando llegamos había un campero y como 50 personas intentando subirse para huir de allí. La calle estaba llena de cartuchos. Menos mal solo hubo una gallina muerta y un ternero impactado. La comunidad se movilizó. Ya no van Francisco o Luis solos, se llama a varios líderes y se hace una comisión. Hemos aprendido a ser visibles. Antes nos echaban al río y no pasaba nada. Ahora los funcionarios del Programa de Desarrollo y Paz, la Defensoría del Pueblo y Naciones Unidas están pendientes de nosotros.

Ahora tenemos las herramientas para enfrentarlos. Si lo van a matar a uno, lo matarán. Dios tiene la decisión. Pero ahora me atrevo a enfrentarlos con palabras. Por lo menos si nos van a matar, ya podemos preguntar por qué.

## JULIÁN, UN LÍDER QUE SOÑÓ CON UN COLEGIO EN UN CAMPO DE GUERRA

En este cuento empezamos hace 14 años con unos antiguos líderes comunales a los que se les ocurrió la idea de un colegio para el nororiente de Barrancabermeja, porque sus hijos tenían que ir a colegios lejanos como el Diego Hernández de Gallegos y al Industrial, y como muchos no tenían plata ni para el bus, no iban a estudiar. Además, los grupos armados estaban reclutando a la juventud.

La idea dio un giro con la llegada al barrio de la empresa Meléctrica, que iba a construir una planta que produjera energía con gas, pues en este tiempo había racionamiento de luz, los embalses estaban secos y el presidente César Gaviria había corrido la hora. Lo que no hemos podido saber todavía es por qué montaron la planta y trajeron gringos aquí, a una zona donde el conflicto armado era enorme y había presencia de tres organizaciones guerrilleras. Eso era como jugar el gato y el ratón.

La guerrilla se la pasaba dando plomo. A un lado estábamos nosotros y más allá, el Ejército. Pensamos: “Nos ganamos un problema más grande que el que tenemos”.

Pero mi Dios se le aparece a uno y ahí venía la solución. Para construir la planta, la empresa empezó a hacer gestión social y una persona de ellos empezó a reunirse con los presidentes de las juntas de acción comunal. Se buscaba que la mano de obra fuera del sector, pero había temor de que la gente le pasara información a la guerrilla, que ya había secuestrado a un ingeniero. La empresa dijo que no le daba plata a ningún actor armado. Entonces entramos los líderes a negociar: líderes desarmados, sin ningún bando. Fue cuando casualmente llegó el Programa de Desarrollo y Paz del Magdalena Medio, con el padre Francisco de Roux.

Entramos en las negociaciones con la empresa y formamos un comité de garantes en el que participaban la Diócesis, la Defensoría del Pueblo y la USO. Se habló con la guerrilla para que dejaran que la planta funcionara. Luego se llegó a un principio de acuerdo: la empresa le daría unas regalías a la comunidad organizada. Ahí fue cuando apareció la idea del colegio.

Éramos 24 barrios y no teníamos el terreno para construirlo. Los terrenos que había eran del Ministerio de Defensa, pero ellos salieron con la idea de que iban a montar una escuela de entrenamiento anti-guerrillera. Ahí sí que pensamos que el conflicto no se iba a acabar nunca. Nos comprometimos a mediar ante los actores armados para que el conflicto bajara. Llegamos a un acuerdo sobre la necesidad del colegio y entonces nos dieron un terreno de 7,6 hectáreas. Escogimos el sector, que era una zona donde a diario la guerrilla se agarraba a plomo con la Policía, con armas pesadas, con bazucas, con M60, y donde se decía enterraban a la gente a la que le hacían juicios.

Nosotros no queríamos un colegio más, queríamos uno que fuera diferente, que nos sirviera a los que vivimos acá. Pensamos en un colegio agrícola, porque esta zona es poblada en su mayoría por desplazados del Magdalena Medio que tienen mucho conocimiento del campo. Vimos que el campo se estaba quedando vacío y que iba a

llegar el día en que la gente tendría que echarles planchas y televisores a la olla porque no tendría verduras para comer. No queríamos que la gente saliera a lo mismo, además, concluimos que queríamos un colegio de ricos para pobres, porque nosotros tenemos derechos.

Demoramos dos años discutiendo eso. Eso fue todo un debate. Fuimos hasta Pasto para ver una ciudadela que hizo Antonio Navarro, que tiene su mercado, su puesto de salud. Allá los chinos estudian en la mañana y en la tarde van a aprender artes y pintura. No tienen tiempo para vagar. Y por las noches llegaban los papás a capacitarse. Estuvimos una semana y nos dimos cuenta de que hasta debajo de un árbol daban clase y aprendimos que lo importante es que haya el interés.

En esos tiempos el futuro en estos barrios era complicado. Los muchachos veían a la guerrilla con buena moto, uniformados y se iban con ellos.

Comenzamos a plasmar nuestra idea y nos pasamos dos años en eso. Hasta los diseños fueron hechos por nosotros. Yo que hice sólo la primaria sé que el último se la pasa mamando gallo, entonces ideamos unos salones circulares y así todos ven al profesor y el profesor los ve a todos. Se hicieron ocho salones así. Otra idea fue que el colegio no fuera encerrado, que no tuviera malla ni muros. Que los jóvenes estuvieran en contacto con la naturaleza, que no se sintieran presos, un colegio con las puertas abiertas y por eso quedaron con árboles. Además, se hizo para que aguantara 15 días sin agua y que los muchachos especiales pudieran entrar en su silla de ruedas.

Nos demoramos, además, porque nos tocó unir dos tipos de educación, una privada y una pública. Estaba el colegio de Fe y Alegría y uno del municipio. Todos querían irse para el privado, que tenía sobre-cupo. Se nos formó una dificultad para tratar de unir esos dos colegios porque los docentes creían que íbamos a privatizar la educación. Pero lo logramos. Los profesores estaban bravos con nosotros porque los íbamos a dejar sin trabajo, pero eran 66 y llegaron a ser 144.

Como pasaba el tiempo, la gente nos decía: “No vemos el colegio”. Pero nosotros no podíamos hacer una mole de cemento sin saber con qué la íbamos a dotar.

El colegio lo fundamos en el 2003. Lo pusimos primero de sexto a octavo. Al año siguiente pasamos a noveno y así. El conflicto seguía. Los “pelaos” dejaban de estudiar para vender gasolina robada del tubo que salía de la refinería de Ecopetrol y que pasaba por acá. Ese tubo parecía una flauta de tanto agujero. Uno veía a un “pelao” con 200.000 pesos en el bolsillo y eso nos llevó más a seguir adelante.

Todo fue con la venia del padre De Roux: él fue el promotor, el guía. Él iba adelante y nosotros atrás. Hemos pagado por ser guiados por el padre. De él, como de nosotros, dicen que es guerrillero y paraco. A nosotros nos encapuchaban y nos hacían juicios. Sin embargo, aunque tenemos tres desplazados, no hemos dado el brazo a torcer.

El padre Pacho consiguió recursos con la Unión Europea, que dijo que ponía plata pero que la Alcaldía también tenía que poner. Eso fue una pelea con el Alcalde de ese entonces. Ya el colegio estaba funcionando pero esto no estaba terminado. Se armó una teletón y se terminó de construir. Después vino la otra pelea para que la Alcaldía lo dotara.

En este proceso nos dimos cuenta de que para gestionar no se necesitan títulos. Con ayuda de la embajada de Japón hicimos la Paloca, pues la comunidad no tenía un lugar para echar cabeza y creamos un sitio para eso. Paloca quiere decir en lengua quechua centro para el pensamiento. Quedó con el techo de pagoda en honor a los japoneses. En ese sitio hacemos nuestras reuniones y los niños aprenden música y artes. Allí van las madres comunitarias, los evangélicos. Todo el mundo quiere reunirse allí.

Nos dieron más tierras para continuar el proyecto, pues está basado en tres ejes. El educativo, porque a uno educado no lo engañan tan fácil; el eje de tejido social, para organizar a nuestra comunidad alrededor de sus derechos, y el eje productivo, porque si el colegio tiene vocación agrícola necesitamos fondos para una parte productiva.

La idea es devolverle algo a la naturaleza. Esto era un paraíso: había peces, se pescaba, se tomaba agua de aquí mismo. Pero ayudamos a desbaratar el ecosistema. Para hacer los ranchos de palma acabamos la madera. Ya recuperamos el suelo, al que le faltaban

abonos, y lo hicimos con leguminosas. Nos hemos gastado 5 años preparando la tierra. Todo lo estamos haciendo para poder llegar ahora a los 12 cultivos permanentes que queremos tener, son los cultivos que congregan al Magdalena Medio. Así que los estudiantes lo pueden aprender todo aquí. Hay palma, caucho, plátano, cacao, naranja, limón común, naranja tangelo, limón tahití, mandarina, guayaba, estevia y mango. Nos falta año y medio para que empiecen a sostenerse los cultivos y empezemos a vender plátanos y limones. La idea es comercializar una parte y la otra es transformarla. Crear una planta de aceite. Transformar el latex del caucho y el cacao; hacer el jugo de naranja y el de limón. Nos queda el reto de dónde vamos a poner la totuma para conseguir esa plata.

Ya tenemos 1.800 estudiantes y llevamos cuatro promociones. La idea es crear también carreras tecnológicas. Estamos pensando en hacer la biblioteca pública del nororiente con coliseo incluido. Imagínese que el barrio Pablo Acuña, que era uno de los más violentos, va a ser el barrio más privilegiado de la ciudad porque va a tener este complejo educativo. El coliseo nos cuesta 4.000 millones y la biblioteca, 12 mil.

La violencia sigue. Ahora se llaman dizque Águilas Negras y Rastrojos. Cuando estaba la guerrilla uno sabía a quién echarle la culpa pero ahora no se sabe quiénes son. Ahora reclutan estudiantes y los ponen a vender drogas, pero nosotros seguimos. Quedamos cinco líderes pendientes de todo. Si hay que limpiar el colegio, lo limpiamos. Si no hay vigilantes, hacemos guardia en las noches. Para nosotros es un orgullo crear esto en este campo donde corrió tanta sangre y balas. En esta tierra hay mucha gente enterrada, pero se levanta ahora el colegio y los árboles. Yo soy la persona más orgullosa de todo esto, así los estudiantes lo desconozcan a uno. Si nosotros no hubiéramos hecho esto, ¿qué estuvieran haciendo ellos?

# EL ARDUO CAMINO DE LA RECONCILIACIÓN

---

MARGARITA MARTÍNEZ ESCALLÓN\*

La Asociación de Municipios del Alto Ariari, ganadora del Premio Nacional de Paz en el 2002, es un ejemplo de que la paz se hace justamente entre contrarios, entre enemigos y personas que se mantienen en la diferencia. Municipios influidos históricamente por grupos armados enfrentados intentaron mantener la convivencia pacífica y trabajar juntos por el desarrollo. Pero la reconciliación se ha visto saboteada. Aún así, el esfuerzo continúa.

---

\* Margarita Martínez, periodista y documentalista. Es abogada de la Universidad de los Andes, con maestría en Periodismo y relaciones internacionales de Columbia University, en Nueva York. Fue corresponsal de la *Associated Press* en Bogotá por siete años, hasta el 2006, cubriendo principalmente temas de conflicto. Antes se desempeñó como asistente de producción de la cadena televisiva *NBC* en Nueva York. Su trabajo más conocido es el documental *La Sierra* que recibió numerosos premios internacionales. Martínez dirigió también *La batalla del silencio* y realizó *En la tierra del miedo*, el capítulo colombiano de una serie mundial sobre derechos sexuales y reproductivos de la *BBC*. Acaba de terminar *Robatierra*, un documental sobre el movimiento indígena de los Nasa del Cauca y su lucha por la tierra, realizado en compañía con Miguel Salazar. Martínez es docente del módulo de documental de la Especialización de Periodismo de la Universidad de los Andes y fue Nieman Fellow, en la Universidad de Harvard, entre el 2008 y el 2009.



**L**os pueblos de El Castillo y El Dorado se odiaban a muerte. Literalmente a muerte. Los cuerpos sin vida que se encontraban en el camino que los unía eran testimonio de la intensidad de ese sentimiento. El miedo y la zozobra que sentían mutuamente cuando se tropezaban los pobladores de varios de estos municipios del Alto Ariari, en el Meta, impedían el comercio, proyectos regionales y hasta verse con viejos amigos o familiares.

—A mi me tocó cuando eso por acá era bien pesado, uno no podía salir por allá. Hoy en día ha habido un cambio muy berraco. El proceso y el premio ayudaron mucho —dice Hernán Gutiérrez, deportista consumado y quien participa en cuanto campeonato de fútbol se realiza en la zona.

A la mayoría le parecen tan lejanas esas historias, que Gutiérrez dice que los jóvenes ni saben que en un partido entre los dos municipios en 1984 corretearon a hachazos a los jugadores de El Dorado que escaparon con vida. Tampoco que la vía petrolizada, el puente entre El Castillo y Lejanías, el internado donde estudian habitantes de uno u otro pueblo e incluso el intercambio de semillas, fueron un gran logro de integración que incluyó esfuerzos de la Gobernación, del Ministerio del Interior y de la Organización de Naciones Unidas.

—Cuando llegamos a la Gobernación vimos que no había posibilidades de construcción de proyectos regionales, acueductos, de intercambios, de nada, a no ser que se solucionara la vieja enemistad entre El Castillo y El Dorado —dice Alan Jara, gobernador del Meta entre 1998 y el 2000, quien estuvo siete años y medio secuestrado por las Farc.

El sacerdote Crisanto Ramos, Consejero de Paz de la gobernación de Jara y su asesor, Gonzalo Agudelo, iniciaron en 1998 la tarea quiijotesca de reconciliar a estos pueblos rivales desde la época de la Violencia, cuando unos estaban alineados con el partido Conservador y los otros con el Liberal.

En la década de los ochenta volvió la estigmatización en una especie de reedición de esa guerra. El Castillo y Lejanías eran municipios comunistas, con alcaldes de la Unión Patriótica y con fuerte influencia de las Farc. Por su parte, El Dorado estaba catalogado como un pueblo conservador, que tenía una organización de autodefensas propia, que no estaba relacionada con el resto de grupos paramilitares que después confluyeron en las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), lideradas por Carlos Castaño.

—En este proceso se arriesgó todo —dice el padre Ramos—. Nosotros y los alcaldes abrimos la puerta, pero fue la gente la que arriesgó la vida para ir a las reuniones, regresar al atardecer cuando esa vía era un peligro, para dejar esos odios atrás, para tener el derecho de vivir en paz al margen de los armados. Los escollos de dudas, el miedo y la presión de los grupos armados para sabotear el proceso eran constantes.

Laura Gilma Moreno, alcaldesa de El Castillo entre el 2001 y el 2003, recuerda como uno de los peores días de su mandato, cuando de regreso de un encuentro deportivo en El Castillo, las Farc bajaron del bus a dos futbolistas de El Dorado y los secuestraron. —Quise morirme cuando me dieron esa noticia. Arranqué a donde me dijeron que estaba la guerrilla y luego de pasar por cientos de cabezas de ganado que habían robado a los municipios vecinos, pude hablar con el comandante —recuerda Moreno.

El jefe guerrillero le dijo que no tenía en su poder a los muchachos pero se comprometió a averiguar. La presión de la comunidad y de la alcaldesa hizo que a los cuatro días los dejaran libres, y así se salvó otro obstáculo del proceso.

Quince días antes de la entrega del Premio Nacional de Paz asesinaron al personero de El Castillo, Mario Castro, miembro de la Unión Patriótica (UP), en lo que fue otro golpe grave contra el proceso. Castro fue uno de los centenares de miembros de la UP que murieron en este período.

—Las provocaciones contra la paz entre civiles eran cosa diaria, pero el intercambio de bienes y afectos se iba consolidando —recuerda el sacerdote Ramos. —La gente se empezó a mirar a los ojos y fueron desvaneciéndose los odios inculcados por generaciones —agrega la alcaldesa Moreno. Ella reemplazó a Gilberto Marín, el alcalde que se entrevistó por primera vez con su contraparte de El Dorado, Euser Rondón, en 1998. Con este encuentro se inició el proceso de convivencia entre las dos comunidades.

Pero mientras entre la población de estos municipios empezó a sentirse la paz, la situación institucional era caótica. Varios de estos alcaldes —como muchos del país— recibieron amenazas de las Farc que los obligaron a abandonar sus pueblos. Casi una decena fueron asesinados. Hasta la Alcaldía de El Castillo estuvo cerrada por tres meses y la Alcaldesa tuvo que refugiarse en Villavicencio.

## UN PREMIO EN MEDIO DE LA DISPUTA

El Premio Nacional de Paz por este proceso de reconciliación lo recibió en el 2002 la Asociación de Municipios del Alto Ariari (AMA) en cabeza de su presidente, Henry Beltrán, alcalde de Lejanías, y de Euser Rondón, en ese momento ex alcalde de El Dorado.

Beltrán, quien actualmente repite como alcalde de Lejanías, afirma que los logros del proceso de reconciliación resistieron todos los embates, incluso el del propio galardón. —Cuando nos ganamos el premio hubo críticas en el sentido de que la mejor manera de acabar un proceso es premiarlo, porque se daña o se acaba. Gracias a Dios, ese no fue nuestro caso.

En el Alto Ariari se pasó de hablar de reconciliación, a hablar de proyectos productivos, de fiestas regionales, de vida en común, cuenta Beltrán. Tanto así que los 50 millones del premio fueron aprovechados en parte por los alcaldes del siguiente periodo para viajar y hacer contactos internacionales con agencias de cooperación y ONG que hoy son socios fundamentales en varios de los proyectos agrícolas que se desarrollan en los municipios.

Alan Jara, el gobernador que impulsó todo el proceso, había sido secuestrado el 15 de julio del 2001 cuando asistía a uno de los

actos culminantes de reconciliación entre las comunidades de este lugar donde mueren los Andes y empieza la llanura. El acto era la inauguración del “Puente de la Reconciliación”, que luego de años sin terminar, unió a Lejanías con los municipios de El Castillo y El Dorado, y era parte fundamental en este esfuerzo de dejar los odios atrás.

Jara conocía de las amenazas de las Farc, pero la importancia del acto y la protección de la ONU fueron suficientes argumentos para sentirse seguro y asistir. Pero ni los ruegos de los diplomáticos, ni los de las comunidades que asistieron a este acto de paz lograron disuadir a las Farc de secuestrarlo. Lo bajaron de un carro de la ONU y se lo llevaron. Cuando la AMA recibió el Premio llevaba 16 meses secuestrado.

—Cuando oí del premio por la radio en la selva, me emberraqué —dice Jara con una amplia sonrisa que no lo abandona desde el 3 de febrero del 2009 cuando fue liberado—. Lo que nosotros queríamos era fortalecer la institucionalidad, abrir espacios de democracia y el premio se lo entregaron más que a las comunidades, a los políticos.

El padre Ramos dice lo mismo pero de otra manera. —Hubiera sido más interesante si el premio hubiera sido para los actores esenciales y no para protagonistas políticos. —El sacerdote dijo que no asistió a la entrega del galardón como una protesta personal.

El Premio Nacional de Paz en el 2002 se dió en un contexto político y humanitario crítico para el Alto Ariari. La región colindaba con la zona de 42.000 kilómetros que durante tres años estuvo desmilitarizada por el gobierno para negociar con las Farc. En febrero de ese año se rompieron los diálogos en medio de una gran frustración nacional. La guerrilla había atacado los cascos urbanos de casi todos los municipios del Alto Ariari, destruyó parte de su infraestructura, y se pavoneaba por todo lado. Las autodefensas de Martín Llano operaban en algunas zonas, lo mismo que los “Carranceros”, como se conoce a la gente del cuestionado esmeraldero Víctor Carranza. El narcotráfico continuaba en su apogeo y era el motor de las finanzas de los grupos ilegales.

A ese panorama de guerra se agregaron nuevos paramilitares, venidos de Antioquia. En mayo, el Bloque Centauros, al mando de

Miguel Arroyave, incursionó en la zona con un numeroso ejército. Se dice que Arroyave, oriundo de Amalfi, Antioquia, como los Castaño, le compró por seis millones de dólares la franquicia del bloque a Vicente, hermano de Carlos, quien era el jefe visible de las Autodefensas Unidas de Colombia.

En agosto del 2002, cuando Álvaro Uribe se posesionó como presidente de Colombia con su bandera de la seguridad democrática todos los indicadores de violencia estaban disparados. Los homicidios, en particular, se habían multiplicado por cuatro, según cifras del Observatorio de Derechos Humanos de la Vicepresidencia de la República.

El 2003 fue muy difícil para el Meta. Mientras la tasa nacional de homicidios era de 52 por cada cien mil habitantes, la del Meta era de 105. El departamento tenía el tercer índice más alto de secuestros, después de Antioquia y Bogotá, sólo que con menos de la mitad de la población de aquellas ciudades. Los paramilitares influían de manera determinante en las decisiones locales y del departamento, que recibe millonarias regalías petroleras desde hace casi una década. Este año las regalías que recibirá Meta están calculadas en 500 mil millones de pesos.

Así como antes lo hizo la guerrilla, los paramilitares desviaron los recursos públicos hacia sus arcas, influyeron en el nombramiento de alcaldes y otros funcionarios y amenazaron y asesinaron a quienes se interpusieran en su camino. En medio de ese clima, el proceso de reconciliación de los municipios del Ariari recibió duros golpes.

## LA PELEA POR LA GOBERNACIÓN

Euser Rondón había sido alcalde de El Dorado entre 1998 y el 2001 y, como se dijo antes, acudió a la cita con el alcalde de El Castillo que sirvió para empezar a hablar de reconciliación. Su acto fue considerado como valiente, y eso le dio confianza e impulso al proceso.

Rondón adquirió gran visibilidad en el departamento con el Premio Nacional de Paz. Y la aprovechó para lanzarse a la gobernación con la bandera de la reconciliación en una campaña pugnaz, en un ambiente político caldeado.

Varias de las personas que participaron en el proceso del Alto Ariari lo acompañaron en sus aspiraciones políticas. Henry Beltrán, alcalde de Lejanías, uno de los pueblos vecinos y también beneficiario del premio, fue uno de ellos. —El proceso de reconciliación nos dio la esperanza de que podíamos transformar la vida de los metenses, de llevar la paz —dijo Beltrán.

Pero Rondón era visto como el ex alcalde de un municipio “paraco”, con lazos personales y familiares con ese grupo armado y fuertemente financiado por ellos. En un clima de campaña de acusaciones de grueso calibre que produjeron incluso riñas con muertos, el contrincante de Rondón, Edilberto Castro, lo tildó abiertamente de ser el candidato “para”. A lo que Rondón contrapunteó: —Si, soy para..., para luchar contra la corrupción —y arremetió contra Castro: lo acusó de enriquecerse a punta de contratos con el Estado.

En medio de circunstancias dudosas, Rondón perdió las elecciones de gobernación para el periodo del 2004-2007. Cuando se había escrutado un poco menos del 80 por ciento de los votos, se fue la luz en la Registraduría de Villavicencio. En ese momento, Rondón le llevaba una ventaja de 14.500 votos a Castro. Luego de 12 minutos de apagón, las cosas cambiaron radicalmente. Castro apareció con una ventaja de 5.000 votos y ganó.

Rondón estaba seguro de que le habían robado la gobernación e inició una demanda ante el Consejo de Estado contra la elección de Castro. Meses después interpuso otra demanda ante la Procuraduría por irregularidades en un contrato de *kits* escolares.

Testimonios recogidos por la Corte Suprema de Justicia en la sentencia contra Castro, hoy condenado por la justicia, dicen que este les ofreció a los jefes paramilitares un porcentaje en la contratación oficial a cambio de que “quitaran del camino” a Rondón<sup>1</sup>.

Varios paramilitares desmovilizados han hablado ante la justicia sobre una reunión en la que Miguel Arroyave, jefe del Bloque Centauros, ‘Don Mario’, segundo al mando de ese mismo bloque, y Víctor Carranza le habrían dado un ultimátum a Rondón para que

---

1 Corte Suprema de Justicia, Sala de Casación Penal, Proceso 26450, 8 de noviembre 8 de 2007.

desistiera de las demandas contra Castro, ofreciéndole a cambio una gruesa suma de dinero.

Según José Raúl Mira, un veterano de las estructuras de las AUC y escolta de algunos de los jefes de las autodefensas, a Rondón le ofrecieron 3.500 millones de pesos. Pero aún así se negó a retirar la demanda. Esta actitud molestó a los paramilitares, según el testimonio recogido en Verdad Abierta<sup>2</sup>. Mira se convirtió en uno de los testigos estrellas de la Fiscalía, hasta que fue asesinado en mayo del 2008.

Beltrán corroboró que estos ofrecimientos existieron. —El jefe paramilitar (Arroyave) llama a Euser y dice que dejemos las cosas así, y que nos reconciliemos con el nuevo gobierno, que se cancelan las deudas de la campaña —cuenta Beltrán.

Este ultimátum coincidió con la visita de Salvatore Mancuso, Ramón Isaza y Ernesto Báez al Congreso, el 28 de julio de 2004. Los jefes paramilitares les exigieron a sus políticos aliados que llevaran manifestantes al Capitolio como demostración de apoyo a las AUC. Rondón aprovechó la comitiva para protestar ante el Consejo de Estado por la demora en resolver la demanda contra Castro. Esto desató la ira de Vicente Castaño, Don Mario y Arroyave, según testimonios recogidos en Verdad Abierta.

El ambiente se caldeó aún más cuando el diario *El Tiempo* publicó un artículo titulado “La delicada paz del Alto Ariari”, en el que se afirmaba que Arroyave y su Bloque Centauros habían copado los cascos urbanos de los municipios del Alto Ariari, algo que no se conocía nacionalmente en toda su dimensión, y que implicaba de alguna manera a la AMA, receptora del Premio.

Después de esta publicación, el ex asesor de paz de la gobernación del Meta y en ese momento asesor del PNUD, Gonzalo Agudelo, citado en el artículo, tuvo que salir del país por amenazas de los paramilitares.

Una semana después, los alcaldes mandaron una cuestionada carta de rectificación al diario. Henry Beltrán dice que ellos

2 [www.verdadabierta.com](http://www.verdadabierta.com) es un portal de internet de *Semana* y la Fundación Ideas para la Paz.

redactaron unas aclaraciones, pero que los “paras” agregaron tres líneas, en las que afirmaban que las AUC habían llegado al Llano porque las comunidades las llamaron. Esto enrareció aún más el difícil ambiente político.

## LA MUERTE SE HIZO REALIDAD

Las amenazas contra Euser eran constantes, recuerda su viuda, la hoy Representante a la Cámara por el Meta, Fabiola Olaya. —Le pedimos que se cuidara, que retirara las demandas. Él nos dijo que no iba a hacer como hace todo el mundo, que es quedarse callado, que él iba a luchar y que la justicia le iba a dar la razón —dice Olaya, quien prefirió no hablar sobre los posibles autores intelectuales del crimen.

En la primera victoria judicial de Rondón, la Procuraduría suspendió del cargo al gobernador Castro por el contrato de los *kits* escolares. Entonces Arroyave citó a Rondón. El 13 de septiembre del 2004, Euser como casi todos los días de esa época de acciones judiciales, salió con un morro de papeles de pruebas para sustentar sus demandas. Habló en la tarde con su esposa y le dijo que tenía una reunión y que después le contaba con quién.

Rondón acudió a la cita en una finca de la sabana de Bogotá con dos miembros de su equipo político: Javier Sabogal y Nubia Sánchez. Los tres aparecieron al otro día muertos en el baúl de un carro.

El asesinato de los políticos conmovió profundamente al Meta. Pero también estremeció los cimientos del proceso paramilitar que se desarrollaba entre los paramilitares y el gobierno en Santa Fe de Ralito, Córdoba. En el Meta, su muerte dividió a los paramilitares entre leales o paisas —que estaban con Arroyave— y disidentes o llaneros —que encabezaban mandos medios—.

Arroyave, que era uno de los negociadores en la mesa de Ralito, pidió permiso para salir del área de diálogo e ir al Meta para coordinar la desmovilización del Bloque Centauros. El 19 de septiembre, seis días después del asesinato de Rondón, Arroyave moría en una emboscada fraguada por sus propios hombres, obedeciendo órdenes de ‘Cuchillo’, un conocido paramilitar del Llano.

Al cabo del tiempo, Edilberto Castro –que ahora goza de casa por cárcel en Bogotá– fue condenado a 40 años de prisión por el asesinato de Euser Rondón. El ex senador Luis Carlos Torres, vinculado a un proceso judicial por para-política, también está siendo investigado por estos asesinatos. Pero todavía hay toda clase de conjeturas e hipótesis sobre los otros autores intelectuales de la muerte de Rondón.

## DESMOVILIZACIÓN SIN RECONCILIACIÓN

En septiembre del 2005 se desmovilizaron unos 1.100 miembros del Bloque Centauros, dentro del proceso masivo de desmovilización de las fuerzas paramilitares en todo el país, iniciado en diciembre del 2003. Para entonces, las llamadas Autodefensas del Meta y Casanare, al mando de Martín Llanos, habían sido derrotadas por el Centauros, después de una guerra salvaje, en la que hubo batallas, como la de La Cooperativa, en Mapiripán, donde, según la revista *Semana*, hubo 800 combatientes de ambos bandos. No obstante, muchas personas han denunciado que el Bloque Centauros contó con apoyo del Ejército e incluso, de la Fuerza Aérea para aniquilar a los hombres de Llanos.

Poco después del desarme, en el Meta empezó a sentirse algo parecido a la paz. Los indicadores de violencia bajaron de manera drástica. La gente retornó a sus fincas a sembrar arroz, maíz, frutas, verduras y criar diferentes animales. El valor de las tierras, que antes habían sido abandonadas o vendidas a precio de huevo, se disparó. La autopista Villavicencio-Bogotá, otrora escenario tenebroso de secuestros masivos hechos por las Farc, se normalizó a tal punto que hasta se la puede usar de noche.

En el Alto Ariari se empezó a vivir con tranquilidad por primera vez en mucho tiempo, no sólo entre las comunidades, sino también en la política y en el plano militar. La producción agrícola volvió a crecer en estos municipios del piedemonte llanero, de variados climas.

—Las condiciones de seguridad permitieron desarrollar e implementar proyectos productivos, de capacitación, programas

de género, fortalecimiento de organizaciones de campesinos, de reintegrados —dice Carlos Andrés Sarmiento, director ejecutivo de la AMA.

Tanto es así que en lugares que eran campamentos de las Farc, ahora se hace *rafting* y se está empezando a promover el turismo. Estos proyectos son financiados con recursos de la Unión Europea, de una ONG austriaca, de la ONU y de varias entidades gubernamentales.

Sin embargo, en los últimos meses se han presentado incidentes que recuerdan el pasado. Las Farc, luego de una retirada total, están nuevamente en acción. El presidente del concejo municipal de El Castillo fue asesinado el 30 de septiembre de este año, aparentemente por ese grupo armado.

La guerrilla hace presencia en la parte alta del municipio y esporádicamente se la ve en las veredas cercanas al casco urbano. En el primer semestre del año quemaron un bus en la vía entre El Dorado y El Castillo, lo que inquieta a la gente.

Después de asesinar a Arroyave, ‘Cuchillo’ se quedó con las rutas y los negocios del narcotráfico y se dice que está armando un gran ejército, reclutando combatientes nuevamente y que es socio de las Farc en la producción de cocaína. Eso a pesar de que los cultivos ilícitos en el Meta han disminuido en los últimos años.

También se dice que ‘Martín Llanos’, de quien no se había vuelto a saber nada desde su derrota, volvió a la zona después de estar refugiado fuera del país, y se oyen rumores de que está reclutando viejos y nuevos combatientes.

El tema de tierras es delicado en la región. Aunque no hay estadísticas, sí existe la percepción de que los “paisas” se quedaron con las mejores tierras y hay mucho capital del narcotráfico que se ha legalizado con compra de fincas y ganado. También hay expectativa por la gran compra de tierras que hicieron empresarios del Valle del Cauca para producir biocombustible. Algunos piensan que es una gran oportunidad de negocios y otros lo ven como un megaproyecto que produce poco empleo y desplaza a los llaneros.

En la vía a Puerto Lleras se produjo hace pocos meses un atentado contra Víctor Carranza, el poderoso zar de las esmeraldas, de quien se dice es dueño de medio Llano. Las autoridades han señalado

a 'Cuchillo' como el más seguro autor del intento de homicidio y por eso se teme una nueva confrontación entre grupos armados.

## LA MIRADA DE JARA

Alan Jara, ex gobernador del Meta que estuvo siete años y medio como "rehén político" de las Farc, tiene una visión particular de lo que está pasando hoy en su departamento, después de volver de su aislamiento en la selva: —Encuentro un departamento radicalizado, en el que cambiaron las fronteras de influencia de los paramilitares y la guerrilla; con las Farc perdiendo terreno y cada vez más al sur.

La reconciliación sigue siendo hoy, como cuando impulsó el proceso de los municipios del Alto Ariari, una de las principales preocupaciones de Jara. Cuenta que en estos pocos meses de libertad, luego de que las Farc lo entregaron a una comisión del Comité Internacional de la Cruz Roja y a Piedad Córdoba, han venido a verlo más de 150 personas que le preguntan si vio o escuchó a algunos de sus familiares secuestrados o desaparecidos por la guerrilla.

Piensa que, tal como ocurrió hace años en El Dorado y El Castillo, cuando la gente sintió la necesidad de reconciliarse, los colombianos quieren profundamente también vivir la reconciliación: —todavía hay demasiadas heridas sin cicatrizar y hay que trabajar por eso.

# MONTES DE MARÍA: PASÓ LA MUERTE PERO NO EL OLVIDO

---

JOSÉ ALEJANDRO CASTAÑO\*

A través de la radio y la televisión, el Colectivo de Comunicaciones de los Montes de María ha trabajado por la reconciliación, el diálogo, la cohesión social y la identidad de la gente de esa región de la Costa. Su labor ha sido clave para que la comunidad mantenga espacios de autonomía, esperanza e identidad a pesar de las masacres, los asesinatos y el desplazamiento que ha sufrido su población. Por eso merecieron el Premio Nacional de Paz en el 2003.

---

\* Estudió periodismo en la Universidad de Antioquia. Ha trabajado para *El Colombiano*, *El País*, *El Tiempo* y *El Heraldo*, medio del cual fue Editor general. Es asesor editorial de la revista *Soho*, de la que es cronista habitual. Ha publicado crónicas en *Gatopardo* y *Letras Libres* de México, *Alma Magazin* de Estados Unidos, *Le Figaro* de Francia, *Lateral* de España y *Currier* de Japón, entre otras publicaciones. Finalista del premio de periodismo de la Universidad de Columbia de Nueva York en 2002, ganó el premio Rey de España en 2003 y el premio Simón Bolívar de periodismo en 2005, 2006 y 2007. En 2002 ganó el premio Latinoamericano de Literatura Casa de las Américas, en Cuba, con el libro *La isla de Morgan*. Publicó con Editorial Norma *¿Cuánto cuesta matar a un hombre?*, en 2006, y *Zoológico Colombia*, en 2008. Ha sido profesor universitario y conferencista en diversos eventos internacionales de periodismo. Hace parte del programa Nuevo Cronista de Indias, de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano. Actualmente es corresponsal de la revista *Semana* en Medellín.



**S**e llama Abel Montes Cabello, eso dice. Zapatos grises, medias azules, camisa de manga larga, un trapo a manera de bufanda, ojos negros, yo tomo nota a toda prisa. Hablamos mientras el semáforo está en verde y los carros pasan, después él se va, cuando el rojo los detiene, y aprovecha para ofrecerles rosas a los conductores, amarillas, rojas, blancas, unas rosadas, todas de exportación, dice, luego regresa. La puntuación de su testimonio la impone el tráfico que asciende por la vía a La Calera, en el norte de Bogotá. Manos largas, nariz torcida, cincuenta y tantos kilos de peso, eso calculo, un metro setenta, tal vez menos. Él es otro de una muchedumbre de miles. A quién le importa.

—Sí, entonces en mi casa teníamos dos vacas gordas y sanitas. Hacíamos queso, cuajada, tortas, suero, bendito dios. Yo llevo años sin tomarme un buen vaso de leche, será que ya no me provoca. Éramos seis: mi papá, mi mamá, tres hermanos hombres y una mujer. Mis viejos eran muy creyentes. En la casa siempre hubo marranos y gallinas y unos patos. Eran de adorno, tenían nombre, nadie se los comía, la carne de pato es dura. Después fue que llegaron los unos, después los otros, y todo se fue a la mierda, patrón.

—Yo qué me iba a imaginar vendiendo rosas en Bogotá. A veces también vendo fresas. Yo no conocía las fresas. Por mi tierra no se ve de eso. Es una fruta como de páramo. Aquí siempre llevo saco y unos guantes por la mañana. Dicen que la alegría es calor y la tristeza frío. Yo creo que sí, bendito dios.

—A mi papá y a mis hermanos los picaron con garrote, usted ya debe saberse esas historias. Fue en El Salado. Los picaron con martillos y piedras, así como le cuento. Yo me salvé porque andaba

curándome una pierna donde un tío, bendito dios. A mi hermana la mataron, pero fue después, en otro lado. A ella sí le clavaron un tiro de fusil por un oído, pobrecita. Yo hace tiempo no hablaba de eso, para qué. Una vez, recién llegamos a Bogotá, pintamos un cartel de desplazados y nos pusimos a pedir limosna en los semáforos con gente de otros lados, de Nariño, de Antioquia, de Santander. Ni le cuento. Las personas siempre piensan que uno les va a robar y ni siquiera bajan el vidrio.

—Es que para uno, enseñado a ganarse lo que se come, estirar la mano es muy jodido, bendito dios. Mi mamá está en San Onofre. Ella no fue capaz de estar aquí conmigo porque le tiene miedo al frío. Se la pasa rezando. Yo la llamo donde unos primos y le dejo razón. Siempre me deja dicho que me arrope bien. A nosotros que somos campesinos de tierra caliente, la tristeza nos pone a vivir como ovejas, así, peludos, a toda hora con vainas encima. La otra vez vino por aquí una gente del distrito dizque a darnos no sé qué plata para que volviéramos al pueblo. Volver a qué.

—¿Sabe qué sí extraño? El jugo de corozo. Aquí en Bogotá no me da sed, o cuando me da me compro cualquier cosa. ¿Usted sabe cómo se prepara el jugo de corozo?.

\* \* \*

Soraya Bayuelo es rara como su nombre. Rara o escasa, digamos, como se quiera entender. Cree en cosas místicas y se aferra a ellas con una terquedad de sordomuda: el amor, la bondad, el perdón, la justicia. ¿Habría algo más improbable que eso?, ¿lograr justicia en un país como el nuestro? Bayuelo vive en Carmen de Bolívar, a 102 kilómetros de Cartagena, esa ciudad irónica, no heroica, la de las reinas bobas y algunos de los políticos más sucios de Colombia. La carretera serpentea desde allí, desde las murallas fotogénicas, cruza un puente alto al sur, del tamaño de un edificio de veinte pisos, y se adentra por entre pueblos con casas de cartón, niños desnudos corriendo por ahí, arrastrando botellas de gaseosa como si fueran carros de juguete, en las orillas árboles con loros, garzas blancas, los carros esquivando huecos, también iguanas muertas, a veces osos

hormigueros, cuatíes, culebras. Dos horas dura el recorrido desde la costa hasta al parque principal del pueblo. Bayuelo es la fundadora del Colectivo de Comunicaciones Montes de María, una organización no gubernamental que pretende hacer visible el dolor de las víctimas del conflicto armado.

Funciona en un extremo del parque, en una casa que antes fue la sede de un banco cuyo escudo, un sol arriba de una era de sembrados, todavía se distingue encima del muro sucio. Ahora el lugar, por suerte, alberga otro tipo de riqueza y siempre hay gente entrando y saliendo, señoras, niños, viejos, muchachos, algunos con hojas en las manos, libros, cartulinas, lápices de colores, discuten, usan palabras desconocidas en otras partes: concertación, visualización, análisis, propuesta, reflexión, comunidad, justicia, dignidad, autonomía, muchos son campesinos, madres de familia, pequeños en edad escolar, ¿por qué hablan tan raro?, ¿entienden lo que dicen?, ¿quiénes tienen la culpa de enseñarles a hablar así? Algún recién llegado al pueblo pensará que en esa vieja sede del banco se conspira algo. Y es verdad.

La convicción de Bayuelo y de las personas que la acompañaron en la fundación del Colectivo en 1994 fue esta: que tragarse el dolor enferma y que mejor que llenarse el alma de odios, de rencores y de espantos, mejor que eso, es llenarse la boca de palabras, ponerle nombre al dolor, a la impotencia, al susto, nombrar para distinguir las siluetas que acechan en la oscuridad. Al principio muchos en el Carmen no entendieron y los tildaron de locos. Aún faltaban por correr los peores días de una tragedia de la que ahora nadie sabe calcular sus muertos.

—El miedo comenzó a paralizarnos y decidimos hacer algo —dice Beatriz Ochoa, otra de las fundadoras del Colectivo, bautizado *Línea 21* por el canal en el que comenzaron a emitirse sus programas.

Ahora casi son las siete de la noche pero el sudor aún resbala por el cuello. Los insectos revolotean en las lámparas de los postes y un par de murciélagos agitan sus alas membranosas por entre las ramas de un árbol florecido. Suenan vallenatos y rancheras, en algún lugar una canción de Joe Arroyo. Esta noche no hay brisa y es posible

que la temperatura aún sea de treinta grados centígrados. Beatriz y Soraya Bayuelo están sentadas en 'la calle de los jugos', una hilera de negocios con aparadores al aire libre y frutas de todos los colores, algunas, dice un hombre enfundado en un delantal rojo, traídas de muy lejos, manzanas chilenas, kiwis argentinos, peras asiáticas. El agua con que las licúa también viene de otras tierras.

Carmen de Bolívar no tiene acueducto, a pesar de que lleva años recibiendo miles y miles de millones de pesos de la nación para construirlo. Tampoco tiene alcantarillado. Casi toda el agua que consumen sus 67.000 habitantes cae del cielo, providencial, y los desechos de las casas todavía corren por acequias, como a principios de su fundación, en 1771. —Si a la vagabundería de los políticos le sumas las atrocidades de los grupos armados, se entiende por qué la muerte se sentía tan cómoda viniendo por aquí —dice Bayuelo y sorbe un jugo que el sujeto de delantal rojo acaba de traerle, mezcla de manzana y zanahoria, sin azúcar. La primera tarea de *Línea 21*, una que todavía practican con la misma constancia de esos días, fue recoger las voces de la gente, sus versiones de los hechos más cotidianos; entonces se iban a la salida de la iglesia a preguntarle a las personas si era suficiente con pedirle a dios que los bendijera con la paz o si, además de eso, hacía falta sumar esfuerzos entre todos.

En los programas de aquellos días se ve a niños reporteros preguntándole a los motociclistas por qué, si es tan malo y peligroso, muchos insisten en conducir borrachos. Recuerdo haber visto esta encuesta en los archivos del Colectivo: ¿qué se necesita para ser un buen estudiante y aprovechar el tiempo en el colegio?, y esta otra: ¿cómo hacer para enseñarle a los niños a sentir orgullo por su municipio? Las voces de quienes preguntan y responden dudan, repiten palabras, se confunden en lo que intentan decir, tartamudean, el editor de un programa de televisión en Bogotá seguro tendría reparos, pero incluso, a pesar de cierto temblor en el lente de la cámara, tendría que reconocer un efecto de cercanía y de identificación con la gente que, por ejemplo, con muchísimos más recursos, no siempre logran los costosos programas de los canales privados.

Cuando las personas comenzaron a verse en los televisores de sus casas, a oír a sus vecinos, amigos, parientes, conocidos, sur-

gieron otras preguntas y un prodigio comenzó a suceder: —Fuimos entendiendo que nosotros también teníamos cosas para decir, y que eran importantes, que nuestras voces también podían ser escuchadas —dice Bayuelo. Pero los violentos, al parecer, no veían televisión, o si lo hacían seguro sintonizaban otros canales, no el 21 de El Carmen. Las muertes ocurrían una tras otra y tras otra y tras otra y tras otra. En las montañas de los Montes de María apareció un nuevo ejército de asesinos, las AUC, con la misión de expulsar a las hordas guerrilleras al precio que fuera. El precio, claro, lo pagaron otros, es decir los mismos: cientos de campesinos inocentes. En la barahúnda criminal, un lunes de 1998, cayó abaleado un hermano de Zoraya, Milton Bayuelo, de 37 años. No fue su único pariente asesinado. Una sobrina suya, María, de 14 años, murió quemada por una bomba incendiaria lanzada por la guerrilla contra una ferretería del parque. Esa vez otra niña también murió, y un hombre.

—Para mi fueron momentos muy dolorosos. Uno se preguntaba si sería capaz de seguir, si tendría fuerzas, ánimo, espíritu —confiesa Zoraya, ya con el vaso de jugo vacío, los labios sucios del brebaje de manzana y zanahoria. Los peores días llegaron después. El 20 de febrero de 2000, los paramilitares, secundados por oficiales y suboficiales del Ejército, ingresaron a El Salado, un pueblito en los Montes de María, y asesinaron a 66 hombres y mujeres a ritmo de gaitas y tambores. Nadie debería olvidar cómo fue: los enfilaron a todos y, lista en mano, los fueron matando como les vino en gana, a patadas, a palazos, a cuchilladas, primero en las orejas, los rostros, las falanges de los dedos. Hasta un burro degollaron. Los más afortunados recibieron un tiro de fusil en el rostro. Tres días duró el carnaval porque los paramilitares paraban la matanza y bebían cervezas, bailaban con las viudas, comían, reían, después, de pronto, continuaban, ebrios de sangre y de licor. Mientras tanto, a una distancia calculada, esperaba el Ejército cómplice, también asesino. En octubre de 2002, las Farc explotaron cuatro bombas en El Carmen de Bolívar. La muerte era dueña y señora, nadie salía de su casa por miedo a encontrársela. Los del Colectivo, entonces, colgaron una sábana blanca en una pared del parque y presentaron una película: *Estación central*, esa historia de una mujer en Brasil que escribe cartas

por encargo a personas analfabetas y que termina heredando a un niño cuya madre acaba de ser atropellada. El parque de El Carmen se fue llenando de gente y al final, contra todo pronóstico, hubo ánimos para hablar sobre el valor de persistir más allá del dolor y del miedo. La gente alzaba la mano y pedía la palabra.

—El televisor gigante siempre muestra cosas para pensar. Uno aprende y se llena de motivos buenos, aunque sean historias tristes —dice un hombre de sombrero sobre un burro de orejas puntiagudas y ojos somnolientos. Nadie sabe cuántas películas se han proyectado en el parque. Con el tiempo, *Línea 21* se convirtió en un modelo de participación y promoción comunitaria, algo así como un plan de resistencia social gracias al cual la gente aprendió a decir en voz alta lo que pensaba en silencio. Pronto, además de programas de televisión y cine foros, el Colectivo diseñó talleres de capacitación en temas al parecer ininteligibles para campesinos: deberes cívicos, nociones de constitucionalidad, derecho internacional humanitario, participación ciudadana, diseño y ejecución de planes sociales. Es posible que, quince años después, el Colectivo haya formado a cerca de treinta mil personas de los municipios de los Montes de María en temas que, entre otros, han incluido cocina saludable, elaboración de guiones radiales, fotografía, recreación y deporte, maquillaje artístico, construcción de títeres, primeros auxilios, psicología de la familia... —Yo soy lo que soy porque aquí me enseñaron. Ahora quiero trabajar como guionista para un canal de Estados Unidos que se llama *Telemundo* y demostrar de lo que somos capaces los nacidos en El Carmen —dice José Solórzano, de 35 años. Atrás de él hay un estante con cientos de casetes de video y un televisor donde un hombre viejo cuenta la historia de cuando le daba miedo hablar por televisión y se le enredaban las palabras en el pecho. —Ya no —dice feliz. En octubre de 2003, el Colectivo de Comunicaciones Montes de María se ganó el Premio Nacional de Paz.

—Yo estaba en Bogotá ese día. Fue una emoción tremenda para todos. Sentimos que no estábamos solos, ese fue el verdadero premio —dice Soraya Bayuelo, seis años después. En total, el Colectivo recibió 50 millones de pesos con los que compraron equipos de televisión y organizaron un ciclo de capacitaciones para madres viudas de El

Carmen. Hubo entrevistas en radio, en televisión nacional, en los periódicos, y en el lejano centro del país, el de las ciudades con agua potable y moles comerciales con pistas de hielo y coliseos a escala para conducir carros de carreras, allá donde todavía hay gente que insiste en que no hay una guerra en el campo, “o sea, nada qué ver”, oyeron el relato del Colectivo de los Montes de María con asombro.

La verdad, en estricto orden, es que ninguno de los testimonios vueltos a narrar por los miembros del Colectivo era noticia nueva. Cada tragedia que se repitió en las entrevistas ya había tenido su minuto en televisión. Seguro es parte de nuestra desventura: se ha derramado tanta sangre, todos los días, en tantas partes, que terminamos por no recordar nada de lo que muestran los noticieros. El horror por una masacre como la de El Salado, por ejemplo, se cura un instante después, en la sección de farándula. —El Premio fue una bofetada contra el olvido. Fue como si nos pusieran una lupa encima. Nos sentimos como un grillito al que le cuentan las patas —recuerda María Eugenia Lora, que se vinculó al Colectivo en 1999, con 17 años. Ahora ella es profesora de un grupo de estudiantes que cumplen su servicio social de ochenta horas antes de graduarse de bachilleres. —El Premio Nacional de Paz nos agigantó, claro, y nos impuso otros retos. Seguir sin irnos, por ejemplo, mantener la fe, resistir —dice María Eugenia mientras camina por una calle de tierra, de casas a los lados con techos de lata, niños en las puertas, cerdos flacos escarbando el piso de lodo. Por allí mismo, recuerda un hombre, bajaron los muertos de una masacre en los Montes, los cuerpos envueltos en sábanas, la sangre bautizando el suelo.

Quince años después, el canal *Línea 21* todavía existe, pero se está encogiendo porque, además de ganas, hacer televisión comunitaria cuesta dinero, y la plata se la llevan otros, los políticos sucios, por ejemplo. En El Carmen recuerdan que en el 2003, el mismo año en que recibieron el Premio Nacional de Paz, el presidente Uribe y su comitiva de ministros apresurados visitaron el municipio para, así lo anunciaron, inaugurar las obras del acueducto. Hubo banda marcial y pólvora y discursos. Para convencer a la comitiva de los adelantos logrados en el pueblo, el Alcalde puso a funcionar una fuente al lado de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Ese día el

sol era el de casi siempre, irascible, sin nubes estorbándole, agudo como un grito en el oído. Los ojos congestionados de los ilustres visitantes aplaudieron que el agua servida por los primeros tubos del acueducto al fin corriera. Emocionados, algunos miembros de la comitiva presidencial acercaron sus cabezas sudorosas al chorro cristalino. Fue un engaño ridículo, recuerda José Solórzano, el guionista que sueña trabajar en Telemundo.

El Alcalde y sus secuaces llenaron la alberca con agua de pozo y conectaron una motobomba de tal suerte que el líquido fluía como si, en efecto, estuviera llegando de alguna parte. Cuando se marchó el Presidente desmontaron el artificio y la sed de siempre siguió intacta. ¿Alguien sabe cuántos miles de millones enviados por el gobierno han ido a parar a los bolsillos de alcaldes, concejales, contratistas, funcionarios de El Carmen?, ¿a alguien le importa? La fuente sigue ahí, como adorno inútil, al lado de la iglesia, con el agua anegada del último aguacero, larvas de zancudo nadando en el fondo, entre colillas de cigarrillo y envases rotos. Hay quienes insisten en que El Carmen sí ha progresado en estos años de Seguridad Democrática.

Ahora el municipio tiene tres servicios de televisión satelital que compiten con Línea 21, todos ellos con una oferta de películas gringas, de videos musicales, de telenovelas, de deportes, de más y más películas. Mientras el Colectivo ofrece conexión a 27 canales, los otros duplican esa cifra y cobran menos. Así van las cosas. Rodrigo Trujillo Guerra se lamenta. Dice que ahora, después de la desmovilización de los ejércitos paramilitares y el repliegue de las Farc, la mayor acechanza en los Montes de María no son los fusiles sino el tiempo perdido al que están sometidas miles de familias, horas, días, semanas, meses, años sin hacer nada, comiendo lo que pueden, sin trabajar en nada, sin poder soñar en nada. Un funcionario de la Alcaldía calcula en un setenta por ciento el nivel de desempleo en el municipio y hasta los que un día fueron entusiastas integrantes de los programas del Colectivo se han ido retirando poco a poco. —Se quedan en sus casas viendo películas, resignados, dominados por el entretenimiento fácil —dice el muchacho, de 24 años, alumno de otro taller recién comenzado sobre medios audiovisuales.

Para Soraya Bayuelo es un momento de cambio, pero no de derrota, de ninguna forma. Mientras los políticos de siempre insisten en que la paz ya llegó a los Montes de María, ella sabe que no, que aún no llega. La paz, lo vive repitiendo, no es solo ausencia de ejércitos cortadores de cabezas. Además de eso, dice, la paz también es convivencia pacífica, y eso significa servicios públicos, asistencia médica, trabajo digno, oportunidades de estudio, espacios de recreación, todo eso que la mayoría de los pobladores de El Carmen sólo puede ver por televisión, en películas que parecen de ciencia ficción, con personajes que comen tres veces al día y tienen hijos que van a la escuela y toman jarabes de tos cuando están enfermos y usan zapatos y se pueden bañar y toman agua potable y usan sanitarios. En el Colectivo insisten en que todo aquello es un derecho ya ganado por la gente. A veces ocurren cosas prodigiosas.

Un día, después de un taller sobre los derechos de los niños, Angélica Arrieta, de 14 años, propuso hacerle una fiesta a Los Mangos, su barrio, y en adelante establecer aquel día como su fecha de aniversario. Los vecinos estuvieron de acuerdo y desde entonces, cada año, la gente se reúne y hace un baile para celebrar que siguen vivos, que no están del todo solos, que se tienen los unos a los otros y que la estrechez todavía no los asfixia. Angélica es trigueña, gordita, de ojos café, el izquierdo enfermo, tal vez salpicado por un líquido caliente alguna vez. Su papá se llama Jorge y carga bultos en la plaza, a veces vende naranjas en el parque, y lápices. Extraño surtido. Angélica lo explica con una sencillez demoledora: —No es tan raro. Es que en El Carmen nos gusta tomar jugo mientras escribimos lo que pensamos, así calmamos la sed y evitamos que las cosas importantes se nos olviden.

\* \* \*

Abel Montes Cabello se toma un tiempo, corre detrás de un automóvil de vidrios polarizados con su surtido de flores en los brazos, después regresa. —El jugo de corozo se prepara así, patrón: se ponen a cocinar en una olla con bastante agua. Antes se lavan bien. Y entonces se dejan hervir. Eso suelta una tinta roja y se van

sacando los corozos sin piel. El agua se deja enfriar, se cuele, se le echa azúcar, si tiene hielo mejor. Mi papá decía que cuando dios tenía sed tomaba jugo de corozo, así es la cosa, no se ría. ¡Lo que yo diera por tomarme un vaso!

# BATALLA SIN FIN POR UNA FÁBRICA DE CHOCOLATE

---

MARISOL GÓMEZ GIRALDO\*

En lo profundo de las selvas del Caquetá, donde imperó por muchos años la coca, y el Ejército lanzó una ofensiva para desterrar a una guerrilla asentada allí desde hace décadas, una comunidad del Caguán decidió apostarle a la paz y al desarrollo a través del chocolate. Esta es la historia de Chocaguán, una de las organizaciones ganadoras del Premio Nacional de Paz en 2004.

---

\* Actualmente es Editora de la Redacción y de Informes Especiales de *El Tiempo*. En este periódico ha desempeñado varios cargos, desde corresponsal, hasta redactora y editora de sección y nocturna. Ganó los premios de periodismo Simón Bolívar en 2007 y CPB en el 2005 y el 2006. Es egresada de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, e hizo estudios de maestría en Ciencia Política en la Universidad de los Andes. Es autora del libro *Desterrados, cicatrices de la guerra en Colombia*, de Intermedio Editores. Su crónica "Dos hermanos en trincheras opuestas" fue incluida en el libro *Años de fuego, grandes reportajes de la última década*, de Planeta y la revista *Semana*, y es coautora del libro *Crónicas de secuestro*, de Ediciones B. Ha sido profesora de periodismo en las universidades Pontificia Bolivariana de Medellín y Pontificia Javeriana de Bogotá; y tallerista en la Universidad de los Andes, en la Universidad Sergio Arboleda, del Proyecto Antonio Nariño y de la Corporación Medios para la Paz.



Una traición o quizás un fantasma errante, nadie sabe a ciencia cierta qué desterró de las tiendas de Remolino del Caguán el chocolate de empaque rojo que todos querían comprar porque los llenaba de orgullo. Lo han visto muy poco en las estanterías de este lejano caserío del Caquetá, de sobrevivientes de las turbulencias de las Farc y de la coca, desde que Rubén Darío Betancur, el presidente del comité campesino que lo sacaba al mercado, cedió otra vez al espejismo del polvo blanco.

En marzo de 2006 el fantasma de la coca, que había reinado durante 25 años, aún vagaba por las veredas, tentando a los campesinos. En esa ocasión Rubén Darío cayó vencido. Terminó escondiendo nueve kilos del polvo entre las 100 cajas de chocolate que sus compañeros –ex cultivadores de hoja de coca que se habían convertido en cacaoteros– embarcaron ese mes como un nuevo testimonio de que en sus tierras crecía cacao.

Rubén Darío navegaba ya distante de Remolino sobre las impetuosas aguas del río Caguán, con la coca y el chocolate, cuando sintió el peso de la traición, o del fantasma errante. Nadie sabe. Se vio frente a los soldados de la Infantería de Marina, detenido y con el cargamento de chocolate también decomisado. Estaba junto a Peñas Coloradas, otro caserío del bajo Caguán que, a diferencia de Remolino, se dejó morir en el 2004 cuando empezó en la zona una operación militar de gran envergadura –el Plan Patriota– y se llevó a la ama y señora del lugar: ‘Sonia’, la guerrillera de las Farc detenida hoy en Estados Unidos.

La muerte de Peñas Coloradas, que desde el río se ve colgando de una pendiente con sus casas, tiendas y cantinas cerradas,

era un destino que Remolino no quería repetir. Lo había dicho Rubén Darío, los demás cacaoteros y los 8.000 campesinos que lograron echar raíces allí, a diferencia de los miles y miles que pasaron por el caserío cuando hubo bonanza, y cuando las Farc mandaban; y que después se fueron.

Remolinos tiene su historia. Desde ese pequeño puerto ordenaron las marchas cocaleras en 1996. Ahí negociaron en 1997 con José Noé Ríos, asesor de paz del presidente Ernesto Samper, la entrega de 60 soldados secuestrados en las Delicias un año antes. En ese lugar acordaron con Víctor G. Ricardo, en medio de la campaña presidencial de 1998, el encuentro entre el ex presidente Andrés Pastrana y 'Manuel Marulanda', que condujo al después fracasado proceso de paz del Caguán.

Los campesinos que se habían arraigado en Remolinos estaban dispuestos a mantenerse allí. Sin los guerrilleros, sin los narcotraficantes de Medellín y Cali, que a finales de los setenta los ilusionaron con la hoja de coca; sin ese Estado distante, que durante 30 años sólo se dejó ver ocasionalmente con ataques militares. Por eso habían llenado los campos con las semillas de cacao que desde 1989 el padre Jacinto Franzoi empezó a entregarles.

Al misionero italiano que tanto los acompañó no pudieron retenerlo para siempre allí. Un día cualquiera, cuando la plaza, las cinco calles y el muelle de Remolino quedaron en tinieblas, como ocurre cada noche a las diez cuando se apaga la planta de la luz, el padre Jacinto se fue a la cama decidido a que el Comité de Cacaoteros, o Chocaguán, siguiera su destino, sin él. El país había conocido a Chocaguán en 2004, cuando ganaron el Premio Nacional de Paz por su batalla contra la coca. Batalla que el padre había acompañado durante 18 años, remolcando el proceso cuando se detenía y ahora veía apagada la fábrica de chocolate, porque alguien se fue tras el hechizo coquero.

## CARTA DESDE LA CÁRCEL

El padre Jacinto llegó a Remolinos del Caguán a mediados de los años ochenta, cuando en los domingos de mercado el único producto que se vendía y compraba en abundancia era la coca, y cuando

el hoy solitario río Caguán parecía una autopista en un día de tráfico, porque llegaban los narcos en decenas de lanchas rápidas. Remolinos llegó a producir para ellos y para las Farc ochenta toneladas de base de coca cada semana.

—Hasta aquí llegué yo —le oyeron decir los campesinos al padre Franzoi en marzo del 2006. Pero dejó su sueño pegado en una pared de la casa cural de Remolinos y a él se aferraron los cacaoteros: *Oggi la Colombia esporta droga. Domani ci porterá cacao.* (Hoy Colombia exporta droga, mañana exportará cacao). Se lo saben de memoria en español. También Rubén Darío.

Cuando el chocolate que le decomisaron a Rubén les fue devuelto a los campesinos de Chocaguán, ya estaba dañado. El Presidente del Comité de Cacaoteros, desde la cárcel de Florencia, pidió perdón. El padre Jacinto y los campesinos leyeron una carta donde escribió su contrición, mientras se preguntaban qué fuerza extraña los empujaba hacia abajo, cuando ellos estaban empujando hacia arriba.

Perdidas las 100 cajas de chocolate, que iban para las tiendas de Florencia y las estanterías de Carrefour en Bogotá, esperaron la cosecha de otras plantaciones de cacao que se disputaban las tierras de Remolinos con la hoja de coca. A la sede de Chocaguán llegó al fin en noviembre del 2006 el anuncio sobre los nuevos frutos.

La fábrica volvió a prender la descascarilladora, la mezcladora y la empaquetadora, y un nuevo bote zarpó ese mes con otro cargamento de chocolate. Las aguas del río Caguán se lo tragan.

Juan 'Picao', el capitán, no pudo hacer nada cuando zozobró, después de haberse chocado con una piraña de la Armada. Eso decía la noticia que llegó al muelle de Remolino, pasó por las tiendas, las calles, las fábrica, y terminó en la casa cural, donde el padre Jacinto, que seguía sin perder de vista a los cacaoteros, se llenó de amargura. Otros 16 millones de pesos de Chocaguán se habían deshecho en el inmenso río, pero esta vez no había de por medio pecado de sus campesinos. ¿El fantasma de la coca que se negaba a irse? Quizás.

Otro cacao dio frutos en enero del 2007, pasó por la fábrica para ser convertido en chocolate y el bote que lo sacaba de Remolino también se fue al fondo del río.

## LA SOMBRA DE OTRO FANTASMA

Con injertos, los campesinos habían logrado reducir a dos los tres años que demoraba en cosechar el cacao. Pero la victoria del grano sobre la hoja de coca solo llegaría cuando más plantaciones espantaran la posibilidad de una hambruna. Con los naufragios, esa posibilidad se hacía más remota, pues así como el chocolate no pudo remontar a Cartagena del Chairá, el municipio al que pertenece Remolinos, tampoco se pudieron traer de vuelta los insumos que harían crecer la fábrica de chocolate.

Por eso, aunque todos querían ahuyentar la persecución y las desgracias que dejaba la coca, y aunque los militares de la Brigada Móvil 22, instalados desde mediados del 2006 en Remolinos, erradicaban los cocales y restringían la gasolina y el cemento para evitar que procesaran la hoja; los campesinos, incluso algunos cacaoteros, encontraron la manera de convertirla en polvo blanco.

Con matas y malezas de la Amazonia reemplazaron la gasolina y el cemento y sacaron por trochas uno que otro kilo de coca para conseguir “la remesa”.

Arrinconados, pero presentes, seguían por esos caminos selváticos los hombres del ‘Negro Mosquera’, el jefe de las Farc que a comienzos del 2009 le entregó a la senadora Piedad Córdoba tres policías y un militar secuestrados. Mosquera era el que más cerca permanecía de Remolinos, ya que las operaciones militares habían desterrado de allí a ‘Joaquín Gómez’ y a ‘Fabián Ramírez’, miembros uno del Secretariado y el otro del Estado Mayor de las Farc.

Los guerrilleros seguían pasando por las casas de los campesinos que vivían más lejos y, como siempre, preguntaban por todo y daban órdenes. Allá, en la soledad de la selva, era imposible decir “no”, como se hizo muchas veces en asambleas en Remolinos, provocando la ira de las Farc. Allá no era posible la rebeldía que este atormentado pueblo aprendió del padre Jacinto, según dice el actual párroco del caserío, Angelo Casadei.

La sombra de las Farc, igual que el fantasma de la coca, perseguía a los campesinos y perturbaba a los militares de la Brigada Móvil 22. Y un día de mercado de mayo de 2008 se posó con toda

su oscuridad sobre el centro del caserío. La gente comenzó a sentir que, “a tientas”, los soldados se llevaban a campesinos, comerciantes y tenderos. Los militares decían que estaban cumpliendo con la orden de captura de varios supuestos guerrilleros. Se llevaron a 27 personas. Tres eran cacaoteros.

El padre Jacinto esperaba a prudente distancia que los campesinos demostraran solos lo que habían aprendido de las desventuras de la coca, no pudo contenerse y salió de la casa cural cuando ya por la plaza y las calles de Remolinos reinaba la confusión. Pero no pudo hacer nada. El helicóptero que llevaba adentro a los detenidos se perdió en el cielo del Caguán.

En ese momento él mismo fue acusado de auxiliar a las Farc. Poco después, ante la Fiscalía de Bogotá, no sólo respondió por él, sino que dejó constancia de que se estaba cometiendo una injusticia con casi todos los campesinos que habían hecho prisioneros.

En Remolinos la vida parecía acabada. De los directivos de Chocaguán sólo quedó Miller Ramírez. Los demás se fueron por miedo o cansancio. Y por orden de sus superiores, Franzoi regresó a Italia, decepcionado.

—Que quede en la memoria la historia de verdaderos protagonistas de páginas de heroísmo y cobardía, que para otros no fueron más que delincuentes hasta el punto de capturarlos y condenarlos —me escribió el padre Jacinto después desde Italia, cuando supo que yo volvería al bajo Caguán para contar qué había pasado cinco años después con los campesinos que habían merecido un Premio Nacional de Paz.

## ‘EL NOBEL’ NO PASARÍA EN VANO

Entre las máquinas frías de la fábrica de chocolate y entre los muebles de la casa de puertas de madera y vidrio que se ve como una de cuento entre las de tabla y zinc de Remolino, seguían intactos los letreros que dejó el misionero italiano, que enseñaban que “el supremo arte de la guerra es dominar al enemigo sin luchar (sin combatir)” e invitaban a “vivir, pensar, trabajar y formarse como cacaoteros”.

Nadie pasaba por las puertas cerradas de esos dos lugares, sin sentirse orgulloso de que un grupo de campesinos hubiera hecho conocer en el país a ese pueblo ignorado, que había sufrido las guerras del Estado contra las Farc y los narcos.

Por eso, otros quisieron unirse a la siembra de cacao. Rubén Darío Montes, Jairo Ortiz, Hubernei Espinosa, José María Córdoba, Miguel Caicedo y Cielo Quintero decidieron acompañar al único sobreviviente de la junta directiva, Miller.

Con los días regresaron los tres cacaoteros que habían sido capturados. Al igual que a otros tenderos y comerciantes, no les probaron ninguna relación con las Farc. Hasta José María, que asumió como secretario de Chocaguán y a quien dijeron haber visto en una lista de futuros capturados, decidió quedarse: —A veces me pregunté si me iba, si me quedaba, pero confié en Dios, en la gente que me distingue y en la Parroquia.

Para los campesinos, “un premio Nobel”, como llaman al Premio Nacional de Paz, no pasa en vano, y las semillas de cacao tienen que seguir creciendo mientras la coca se marchita. Aseguran que ya se acabó un 90 por ciento de ella.

El padre Angelo se convirtió en el veedor del trabajo de Chocaguán, el mismo cargo que tenía el padre Jacinto, y Rodrigo Veláidez, un asesor agropecuario que los acompañó desde el comienzo, volvió a ser consejero del grupo. Pero la deuda de 32 millones que habían dejado los naufragios y también malas administraciones, mantenía cerrada la fábrica de chocolate.

Tanto las Farc, desde las sombras, como el Estado, deseoso de ser reconocido, ofrecieron dinero para que Chocaguán no muriera. La situación era tan grave que el grano que salía en el 2008 ni siquiera podía ser comprado.

Un jefe guerrillero les ofreció 60 millones, convencido de que los cacaoteros habían olvidado el mensaje del padre Jacinto. —Él nos enseñó dignidad e independencia y no recibimos esa plata —dicen ellos. Tampoco recibieron los 50 millones que ofreció Acción Social de la Presidencia, porque a cambio pedía que los cacaoteros garantizaran que nadie más iba a sembrar hoja de coca en Remolinos.

Ellos contaban con que ya muchos campesinos estaban sembrando yuca, maíz, arroz y frutas como el arazá y el noni, como en los tiempos en que nació el caserío, en 1977. También sabían que otros ya tenían comiendo pasto a las vacas y los terneros donde antes crecía coca. Pero la hoja solo será historia cuando esos cultivos y ese ganado garanticen plenamente la vida de la gente, dicen ellos.

La sustitución gradual y voluntaria de la coca ha sido un punto de honor para Chocaguán, organización en la que los incrédulos comenzaron a creer en el 2009, cuando el cacao ya tenía aseguradas 208 hectáreas en las tierras de 97 campesinos.

Veinte años después, los campesinos hacen con el cacao el trueque que hicieron con la coca en el pasado. En las tiendas lo cambian por panela, azúcar, aceite o sal. —Una hectárea de coca nos dejaba 30 millones de pesos al año, y una de cacao nos deja 6 millones, pero nos da tranquilidad —dice Hubernei Espinosa, que tiene siete hijos para mantener.

Cuando se escribió esta historia, a finales de julio del 2009, los cacaoteros esperaban 18 millones de pesos que entregaría la Alcaldía de Cartagena del Chairá, 15 más de la Gobernación del Caquetá y otra parte de la ONU, para reunir los 45 que necesitan para reabrir la procesadora de cacao. Ya no en Remolinos, sino en una casa cerca al muelle de Cartagena del Chairá, que les dejó comprada el padre Jacinto.

—Él nos dijo que con la fábrica de chocolate iba a pasar lo que pasa con los hijos, que hacen la primaria y el bachillerato en el pueblo, pero que para progresar salen de él hacia la universidad —el recuerdo es de Jairo Ortiz, vicepresidente de Chocaguán, que antes se oponía a que la fábrica navegara lejos de Remolinos.

Los cargamentos de chocolate que se tragó el río, lo que vale sacarlos de ese puerto hasta la capital del país, adonde insisten en llegar, terminaron por convencer a otros que también se resistían.

Hacer entender esto a la Junta de Acción Comunal, que se opone a dejar salir a Chocaguán de Remolinos —porque esta es “el símbolo del caserío”— es la nueva batalla en la que dejó a esos cacaoteros invisibles en Bogotá. Hombres y mujeres que en tierras muy lejanas

de la capital –a una hora de avión, tres y media de carretera y seis de río en lancha rápida– han batallado 20 años contra ellos mismos, y contra sus fantasmas, para cambiar la coca por el cacao.

# LOS HIJOS DE LA GAITANA

## SIGUEN CRECIENDO

---

JOSÉ NAVIA\*

La Guardia Indígena del Cauca recibió también el Premio Nacional de Paz en 2004. Durante ese año este proyecto se consolidó y le mostró al país el valor de la movilización colectiva pacífica a través de las mingas, y de su labor cotidiana en defensa de su territorio.

---

\* José Navia nació en Popayán y es comunicador social, especializado en periodismo urbano en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Durante 19 años fue periodista de planta del diario *El Tiempo*, de Bogotá, donde se desempeñó como cronista de la Edición Dominical, y Editor de Reportajes. Por algunos de estos trabajos ha sido galardonado con premios como el Rey de España (2007), el premio de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP (2007), el Premio Nacional de Periodismo del Círculo de Periodistas de Bogotá, CPB (1992-1996) y el Premio Nacional de Crónica y Reportaje de la Universidad de Antioquia (2000), entre otros. José Navia es autor de tres libros: *El lado oscuro de las ciudades*, de Intermedio Editores, *Confesiones de un delincuente*, de Intermedio Editores e *Historias nuevas para la ropa vieja* de la Editorial Universidad de Antioquia. Navia ha sido catedrático de las universidades Pontificia Bolivariana de Medellín y Central, Sergio Arboleda y Javeriana, de Bogotá.



Sofía Valencia apareció hacia las cinco de la tarde por el camino sin pavimentar que viene de Tacueyó. Salvo por el bluyín y las botas de caucho, Sofía parecía haber salido de una aldea de guerreros de Gengis Khan: menuda, cabello negro y lacio, ojos rasgados, rostro cobrizo, impávido, de pómulos salientes. Mirada fría y desconfiada. —Buenas Buenas dijo a manera de saludo. Estiró la mano, pero desvió su mirada hacia el lugar donde Koda, el perro criollo de color tabaco, daba gruñidos de bienvenida.

En estas tierras ningún indígena Nasa —y Sofía Valencia lo es hasta los tuétanos a pesar de tener apellido de aristócrata payanesa— le mira la cara a un forastero cuando lo saluda. Los blancos y mestizos que pisan por primera vez estas montañas del norte del Cauca asumen ese gesto como una descortesía. Pero a los Nasa, que rigen su vida por las costumbres ancestrales y por la aspereza de sus montañas, los tiene sin cuidado el protocolo occidental. Para ellos, el instante del saludo encarna algo mucho más profundo: es la oportunidad para calibrar el talante del recién llegado. Buenas El indígena siente la energía de la otra persona y, a veces, se da cuenta de si trae buenas o malas intenciones —me explicó hace unos meses Ezequiel Vitonás, uno de los principales líderes nasas del norte del Cauca.

Buenas Entren y se sientan, que deben venir cansados —nos dijo Sofía Valencia, aún sin levantar la mirada. Luis Alberto Menza y su compañera, Ninfa Ulcué, los dos guardias indígenas que me acompañaban en este recorrido, enviados por la Asociación de Cabildos del Norte del Cauca, ACIN (*Cxab Wala Kiwe* en lengua Nasa), se sacudieron el polvo recogido en la carretera, ingresaron a la sala y depositaron sus morrales en el piso de madera rústica.

Había esperado durante más de una hora a que llegara Sofía Valencia. Aunque la presencia de los enviados de la ACIN relajaba el ambiente, la mujer se mostró incrédula y desconfiada cuando le expliqué el motivo de mi viaje: Buenas Queremos contar cómo es la vida de una persona que forma parte de la Guardia Indígena y qué ha pasado con la guardia desde que se ganó el Premio Nacional de Paz, hace cinco años. Pero no queremos contar la historia de un líder, sino de un guardia común y corriente, como usted, doña Sofía, que trabaja, que atiende a su familia pero que, además, defiende el territorio, el resguardo que su pueblo heredó de sus ancestros, como hacen otros miles de guardias en Toribío, en Jambaló, en Tierradentro... en todo el Cauca —le dije.

No me creyó. Sus ojos, solo sus ojos, se movieron hacia el enviado de la ACIN, que permanecía sentado en una banca de madera, a mi derecha. Menza, que ejerce como coordinador regional de la Guardia Indígena en esta zona, avaló mis palabras con un movimiento de cabeza y le echó un corto discurso sobre los beneficios políticos que traía para la Guardia una publicación de este tipo.

Entonces, Sofía Valencia sonrió de forma casi imperceptible y abandonó la postura algo tensa que mantenía desde nuestra llegada. Esa era la señal de que podía seguir adelante con la entrevista; porque cuando un indígena es renuente a participar de algo, no hay manera alguna de que hable: entra en un silencio de sepulcro, o se hace el que no entiende, o dice ignorar todo lo que se le pregunta, o —si uno intenta forzarlo— lo puede mandar para el carajo de manera áspera.

La casa donde vive Sofía Valencia es en ladrillo y bahareque, con techo de zinc, de dos aguas. Está ubicada en las afueras del corregimiento de Tacueyó, en el municipio de Toribío, a orillas de una carretera por la que transitan, sobre todo, niños con uniformes escolares e indígenas en motocicletas. En la parte posterior, la vivienda tiene una huerta de hortalizas y un balconcito con una chambrana de madera desde donde se ve correr un río de aguas presurosas, al pie de una montaña, en cuyas laderas pastan algunas reses.

Sofía Valencia vive con su esposo, un hombre silencioso que tiene nombre de ejecutivo paisa, Héctor Fabio Villegas, y cuatro

de sus cinco hijos: Juan, de 13 años; Carlos, de 16; Cesar, de 18, y Angélica, de 23. El mayor, Edison, se casó y vive en Mondomo, un municipio cercano.

Sofía se sienta en una butaca de madera. Dice que hay que dejar descalorar el cuerpo por lo menos una hora antes de ducharse. Mientras tanto, cuenta que su esposo debe estar por llegar de un cultivo de café que tienen frente a la vereda Gargantillas, a media hora a pie. Allá también siembran yuca, fríjol, arracacha y rascadera.

—¿Y qué es rascadera? —le pregunto.

—Una raíz parecida a la yuca —explica.

Sofía se despidió de su esposo en la mañana y se fue para la vereda El Triunfo. Allí, la mujer limpió potreros durante todo el día, al rayo del sol, como parte de un sistema llamado intercambio de jornales, que consiste en que cinco o diez vecinos trabajan durante un día en la propiedad de alguno de ellos. La jornada siguiente la hacen en la tierra de otro miembro del grupo. De esa manera todos tienen mano de obra sin sacar un peso del bolsillo.

Angélica, la hija de Sofía, enciende un radio de pilas, del tamaño de una panela, y sintoniza la emisora comunitaria que acapara casi toda la audiencia de la región: *Radio Nasa*, 99.4 en FM. La voz de Eliseo Herrera, de los Corraleros del Majagual, irrumpe en la sala. Sofía le hace señas a su hija para que le baje volumen al aparato. Suenan otros dos o quizá tres discos bailables y enseguida se oye un servicio social: Cayetano Yule, de la vereda El Zarzal, recomienda a quien haya visto un potro colorado... alguien se lo sacó anoche del potrero. Pide que se lo devuelvan porque es la única bestia que tiene para trabajar.

Enseguida suenan más canciones bailables.

Angélica desaparece por unos minutos, dos o tres a lo sumo, y regresa con un bastón de madera del largo de un brazo, adornado por un manojo de cintas con los colores verde y rojo del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), la organización que cobija a todos los resguardos de ese departamento. Sofía Valencia alarga la mano derecha para tomar el bastón que la distingue como miembro de la Guardia Indígena del norte del Cauca, organización galardonada con el Premio Nacional de Paz en el 2004. —El verde representa

a las montañas y el rojo, la sangre derramada por nuestros líderes asesinados por defender los derechos de los indígenas —dice Sofía, como si estuviera dando una tarea escolar.

Son casi las 6 de la tarde. A lo lejos, hacia el occidente, el firmamento se pinta de tonos anaranjados, desde uno muy leve, diluido en amarillo, hasta uno encendido, que parece fundirse con la silueta oscura de las montañas. Héctor Fabio Villegas entra en silencio. Saluda con timidez y va a sentarse en el fondo del patio. Sofía se levanta a preparar café.

Mientras atiza el fogón, cuenta que ella no sabe leer ni escribir. —Como a los dos días de haber entrado a la escuela mi papá cogió un libro y me dijo: ‘Lea aquí, a ver qué fue lo que aprendió’, y como no podía, me daba rejo. Yo mejor me retiré y me puse a trabajar. Ahora, mirando los libros de los muchachos, es que aprendí a firmar, pero no más —dice.

A las seis en punto, como todos los días, *Radio Nasa* transmite el Himno Nacional. Un coro escolar lo canta en nasa yuwe, el idioma de los nasa o paeces.

Sofía dice que es guardia desde hace ocho años. En esta zona la Guardia comenzó a organizarse en el 2001. —En esa época no sabíamos bien qué era la Guardia. Nos metimos no más para cuidar el territorio porque decían que los grupos armados se iban a meter a llevarse a los hombres para matarlos... ya habían desaparecido a gente del pueblo.

La historia de lo que ocurrió en esos años circula entre algunos habitantes de Tacueyó, un caserío de fachadas blancas en su mayoría, incrustado en el corazón de la Cordillera Central. En este lugar es posible recoger los fragmentos dispersos que dan cuenta del surgimiento de la Guardia Indígena. Según los relatos, el punto de partida fue la desaparición de Israel Vitonás, de 28 años, estudiante de cuarto año de bachillerato y conductor de la chiva del pueblo. Todo comenzó hacia las 8 de la noche del 30 de octubre de 1999. A esa hora tres hombres le atravesaron una camioneta gris de cuatro puertas al carro que conducía Vitonás entre El Palo y Tacueyó, lo bajaron encañonado con revólveres y se lo llevaron en la camioneta.

Un hombre que viajaba con él les llevó la noticia a los familiares. En el pueblo le atribuyeron el secuestro a los paramilitares y eso los frenó para iniciar la búsqueda de inmediato. Salieron al día siguiente. Más de 300 indígenas bajaron de las montañas en camiones, chivas y motos. —Volteamos por Corinto, Miranda... buscamos en los cañaduzales, por la orilla del río Palo, por las montañas de Florida... ¡Nada! —dice Arquímedes Vitonás, hermano del desaparecido y quien encabezó la búsqueda.

Lo buscaron durante un mes sin hallar el menor rastro. Y sin esperanza, porque en la región todos sabían que los paramilitares no mantienen personas secuestradas. Las asesinan. Si la víctima está de buenas, recibe un tiro en la cabeza. Si no, es sometida a torturas inimaginables.

La búsqueda languidecía cuando desapareció Nepomuceno Campo Largo, un indígena agricultor de la vereda La Cruz. Nadie supo cómo se lo llevaron. Simplemente desapareció.

Al que sí vieron, casi un año después, fue a Saulo Mosquera, de 35 años, un comerciante de papa y ganado. Testigos les contaron a los indígenas que los paramilitares lo encañonaron en una estación de gasolina de Santander de Quilichao y lo metieron en un carro.

—Cada vez que desaparecían a alguno salíamos a la loca, a buscar pa'riba y pa'bajo. Buscábamos todo el día y dormíamos en chozas, en medio de los cañaduzales o donde nos agarrara la noche. La gente por donde pasábamos nos regalaba comida, yuca, plátanos; pero la mayoría de las veces aguantábamos hambre —recuerda Arquímedes Vitonás.

A Saulo Mosquera lo buscaron durante más de tres semanas y tampoco apareció. Mientras tanto, los médicos indígenas (*tewalas*) hacían rituales nocturnos, con rezos y hierbas, para protegerlos y para saber si los desaparecidos seguían vivos. —Un día los *tewalas* nos dijeron: “no los busquen más” —dice Vitonás.

Para entonces, hasta Tacueyó llegaban las noticias de otros indígenas desaparecidos por los paramilitares del Bloque Calima. En medio de ese ambiente, el cabildo de Tacueyó citó a la comunidad de las 32 veredas a una asamblea para pensar en un sistema de seguridad para los comuneros (miembros del resguardo). —Si no nos

organizamos nos van a llevar a todos, uno por uno —dijo alguien. Después de discutir durante varias horas, decidieron crear uno o dos grupos de voluntarios por cada vereda. Ellos se encargarían de vigilar las entradas al resguardo y avisar si ocurría algo extraño.

—Como no teníamos plata para comprar radios, usamos postas, unos indígenas jóvenes que corrían a avisar a la vereda más cercana y ahí arrancaba a correr otro muchacho con la noticia de lo que hubiera pasado. Después a alguien se le ocurrió usar ‘cuetones’ —dice Arquímedes Vitonás.

Los ‘cuetones’ no son más que cohetes de pólvora negra, de los mismos que usaban en las veredas durante las festividades religiosas y de diciembre. La vereda que escuchaba el estallido lanzaba otro al aire y así, en pocos minutos, todo el resguardo estaba enterado de que algo estaba pasando, y se alistaba para salir. —Taponamos las carreteras que venían de El Palo y de Corinto y nos turnábamos para controlar la entrada de extraños... allí comenzamos a tener roces. Primero con la misma comunidad porque los requisábamos y les pedíamos papeles para entrar y salir del resguardo; y después con los milicianos y con la guerrilla, porque querían andar pa’riba y pa’bajo como si esto fuera de ellos —cuenta Vitonás.

Los indígenas llegaron, incluso, a tratar de construir una puerta de ladrillo y cemento para ingresar a su territorio, con una cadena administrada por la naciente guardia cívica, como la llamaban en esa época. Desistieron de la idea el día en que la guerrilla dinamitó los cimientos del portal. Un año después consiguieron 18 radios de comunicación. —La guerrilla nos quitó algunos radios porque decían que con eso le dábamos información al Ejército, y el Ejército nos decomisó otros porque decía lo mismo sobre la guerrilla —dice Vitonás.

Con el apoyo del Consejo Regional Indígena del Cauca, los miembros de la guardia comenzaron a estudiar la historia de sus ancestros y los derechos que tenían sobre su territorio. Algunos líderes fueron a contar su experiencia a otros resguardos del departamento del Cauca donde los ‘paras’ también habían desaparecido a indígenas. Así se fue extendiendo la Guardia Indígena por los 12 resguardos (hoy son 19) del norte del Cauca.

Sofía Valencia fue una de las primeras en acudir al llamado del cabildo de Tacueyó para conformar la guardia en la vereda La Playa, donde habita. Varios de sus vecinos también se inscribieron, sobre todo los jóvenes. Al principio comenzaron a vigilar a los forasteros, a hacer reuniones en las veredas más alejadas y asumieron tareas sociales, como ayudar a trasladar al hospital a personas enfermas.

Diecinueve meses después de la improvisada búsqueda de Israel Vitonás, el Consejo Regional Indígena del Cauca lanzó oficialmente la Guardia Indígena de los resguardos de Tacueyó, San Francisco y Toribío. Sofía Valencia fue una de los dos mil guardias a los que les tomó juramento Anatolio Quirá, consejero mayor de CRIC, el 28 de mayo del 2001.

—De la playa bajamos como ochenta personas hasta El Tierrero. Era como un día de fiesta... todos los guardias llevábamos los bastones; el mío yo misma lo había hecho con un palo de flor amarillo. Lo corté, le quité la cáscara, lo puse a secar como quince días y, con ayuda de mis hijos, le abrí dos huecos con una broca y le puse dos cordones para cargarlo sin que me estorbe —dice.

Sofía pasó las noches siguientes a su posesión junto a una guadua, en el puesto de control que los indígenas montaron en El Boquerón, en la carretera que viene de Corinto. Desde esa época, los cabildos —máxima autoridad de los resguardos— le entregaron a la Guardia la responsabilidad de garantizar la seguridad de las asambleas, para evitar que los grupos armados se llevaran a algún comunero. También comenzó a controlar las fiestas comunales, el cierre de cantinas y el ingreso de extraños a los poblados indígenas.

Alguien toca a la puerta de Sofía Valencia hacia las nueve de la noche. Los ladridos de Koda alertan a los habitantes de la casa. Angélica pregunta: —¿Quién es? —Desde afuera, alguien da un nombre que no alcanzo a escuchar, pero que debe inspirar confianza porque la muchacha quita la tranca y abre la puerta. Son tres guardias, un hombre y dos mujeres. Todos jóvenes, como entre los 15 y 18 años. Están de ronda en la vereda La Playa. Ellos saben de la presencia de un periodista de Bogotá y quieren asegurarse de que todo está bien.

Los guardias dicen que la ronda es normal, pero dos días después me entero en Santander de Quilichao, donde está la sede de la

ACIN, de que en las zonas rurales de Tacueyó se mueven milicianos de las Farc. Los guardias permanecen alerta para evitar que los armados recluten a más jóvenes del resguardo.

Cuando los guardias se van, unos diez minutos después, Sofía Valencia, su esposo y sus hijos trancan puertas y ventanas y se van a dormir. Al día siguiente, antes de las siete, la mujer sale de su casa rumbo a Tacueyó. Lleva su bastón colgado del hombro derecho.

En un salón del colegio de Tacueyó, Ezequiel Vitonás se alista para dictar una charla a los guardias. Llegan unos ochenta. Todos traen sus bastones y un cuaderno para tomar notas. Afuera, mientras tanto, media docena de mujeres y hombres alistan un fogón para preparar el almuerzo de los asistentes. El evento comienza con el himno del pueblo paez. La autora de la letra es una profesora de Jambaló, asesinada por la guerrilla hace más de 20 años. Todos se ponen de pie. Sofía Valencia entona la letra desde una de las últimas bancas del salón.

*Yo que soy hijo del Cauca,  
llevo sangre de Paez,  
de los que siempre han luchado  
de la conquista hasta hoy.  
De los que siempre han luchado  
de la conquista hasta hoy...  
Vivimos porque peleamos  
contra el poder invasor  
y seguiremos peleando  
mientras no se apague el sol...*

Al terminar, los guardias esperan en silencio. De pie y con sus bastones en la mano. El encargado del sonido introduce otro CD y enseguida suena, como un estallido, el himno de la Guardia Indígena:

*¡Guardia... ! ¡Guardia... !  
¡Fuerrrrza...! ¡Fuerrrrza...!  
¡Por mi raza...! ¡Por mi tierra!*

A pesar de los rostros adustos, a los guardias se les nota la emoción que les produce la letra del himno y la música de instrumentos andinos de percusión y cuerdas.

*Indios que con valentía,  
y fuerza y en sus corazones,  
por justicia y pervivencia,  
hoy empuñan los bastones.*

Una de las estrofas del himno me recuerda la charla del día anterior con Luis Alberto Menza, uno de los guardias más curtidos del norte del Cauca. Menza no guarda esperanzas de morir de viejo. Tampoco algunos de los guardias que hoy cantan en el taller.

*Pa' delante compañeros,  
dispuestos a resistir.  
Defender nuestros derechos,  
así nos toque morir...*

Ezequiel Vitonás les dice a los asistentes que el primer paso para fortalecer a la Guardia Indígena es asistir a las capacitaciones. Y les recuerda un pensamiento del padre Álvaro Ulcué, asesinado en 1984. —Debemos ser un pueblo consciente y no una partida de ovejas que se va por donde las ‘arrien’ —les dice.

Luego, el dirigente se remonta a los orígenes de la Guardia Indígena. El primer antecedente fueron las huestes paeces que organizó la cacica La Gaitana, en 1535, para resistir al ejército invasor del conquistador español Sebastián de Belalcázar. Les habla de los caciques Manuel de Quilo y Ciclos, y de Juan Tama, este último un personaje mítico, que, según Vitonás, aprendió a leer y escribir en español, en 1700, y le escribió al Rey de España para pedirle una reserva “donde los indígenas se autogobiernen”. Tama definió, además, los linderos de las tierras que les entregó la corona de España.

El antecedente más reciente lo constituye Manuel Quintín Lame, un indígena que luchó por los derechos de los indígenas con los códigos, pero también organizó un movimiento armado que se tomó varias poblaciones del Cauca y puso en jaque a la aristocracia payanesa a principios del siglo pasado.

Durante el taller se ventilan varios temas relacionados con el futuro de la Guardia. Uno de ellos es el mandato del XIII Congreso del Consejo Regional Indígena del Cauca, según el cual, las comunidades indígenas van a dedicar buena parte de sus esfuerzos crear la Guardia

Indígena Nacional. Esta iniciativa pretende que la mayor parte de los 84 pueblos indígenas que existen en Colombia tengan una guardia articulada con la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), que cobija a casi todas las organizaciones indígenas del país.

Desde su nacimiento en Tacueyó, la Guardia Indígena se ha extendido a algunas comunidades embera chamí de Caldas; ingas y kamentsa, del Putumayo, y awá de Nariño. En el Cauca, donde habitan unos 200 mil paeces, guambianos, totoroos, coconucos, y-naconas y siapiraras, la Guardia Indígena ha copado casi todos los resguardos.

Cuando terminó la primera parte del taller, el almuerzo ya estaba listo en un caldero de aluminio de casi un metro de alto. Los asistentes hicieron fila; a cada uno le entregaron un plato hondo para la sopa, una cuchara y una tasa para el agua de panela. Cada indígena lava luego sus trastos y los deposita en una batea. Es una pequeña muestra de la logística de cocina que los Nasa ponen a funcionar cuando realizan congresos o movilizaciones de cinco o diez mil personas.

Por la tarde, algo somnolientos, los indígenas se enteraron de que en el Cauca hay unos diez mil guardias y en Colombia ya alcanzan los 15 mil. Solo en los resguardos del norte del Cauca hay unos 4.500. Como parte de la capacitación, los guardias aprenden que sus funciones son, especialmente, vigilar el movimiento de personas extrañas dentro de su territorio; cuidar los sitios sagrados, como páramos y lagunas; acompañar a las comunidades que queden atrapadas en medio del conflicto, prestar seguridad en asambleas y congresos y capacitar a los más jóvenes para que luego ingresen a la Guardia.

Todos los jóvenes de los resguardos están obligados a prestar un servicio social en la Guardia Indígena durante dos años.

En este tipo de talleres, los guardias más nuevos se enteran de algunas gestas en las que ha participado el organismo al cual pertenecen. Allí les cuentan, por ejemplo, que la guardia ubicó en las selvas del Pacífico los cadáveres de ocho de sus hermanos Awá asesinados por las Farc en enero pasado; que hace cinco años logró liberar de las manos de ese mismo grupo al entonces alcalde de Toribío, Arquí-

medes Vitonás; que ha realizado docenas de búsquedas de personas desaparecidas; que se ha enfrentado a la guerrilla y al propio Ejército cuando estos combaten cerca de las casas de los civiles; que ha erradicado laboratorios de pasta de coca; que ha desenterrado caletas con explosivos de las Farc y que, entre otras cosas, les presta seguridad a los líderes amenazados por la guerrilla y los paramilitares.

Ante el ánimo belicoso de algunos jóvenes, que en otras épocas se enrolaban fácilmente en los grupos guerrilleros y que a veces claman por responder con violencia a los ataques de los grupos armados (la guerrilla mató a unos ochenta indígenas entre el 2000 y el 2009), los encargados de capacitar a la Guardia Indígena les resaltan que la guardia es un organismo de paz y de solidaridad, guiado por el pensamiento de sus mayores, y que sus únicas armas son los bastones de madera.

Hacia las cuatro de la tarde, Sofía Valencia y sus compañeros abandonaron el salón de clase. El coordinador de la Guardia Indígena de Tacueyó, Marcelino Moscué, de 35 años, ofrece llevarla hasta su vereda en la moto Auteco 125 que le entregó el cabildo para que cumpla con sus funciones. El viaje dura unos 15 minutos. Koda la saluda en la puerta. La mujer cuelga el bastón en un clavo de la pared y les pregunta a sus hijos si ya llegó Héctor Fabio.

Dos horas más tarde, Sofía Valencia, una de las guardias más veteranas de la vereda La Playa, atiza de nuevo las brasas de la hornilla.

# UNA DIÓCESIS EN MEDIO DEL OLVIDO

---

ALEJANDRA DE VENGOECHEA \*

Chocó es el nombre propio que tienen el abandono y la pobreza en Colombia. Si a eso se le suma una guerra de paramilitares, guerrilleros y hasta fuerzas del Estado contra la población, el resultado es una crisis humanitaria monumental. En medio de todas estas tragedias, la Diócesis de Quibdó lucha por los derechos y la dignidad de los choicanos. Su difícil e impresionante labor mereció el Premio Nacional de Paz en 2005.

---

\* Estudió Periodismo en la Universidad Javeriana de Bogotá y fue becada por el gobierno francés para especializarse en Política europea y bloques económicos. Ha trabajado en el diario *El Tiempo*, la *Agencia France Presse (AFP)*, *El Espectador*, las revistas *Cambio16*, *Cromos* y *Credencial*. Luego de ser editora de un portal argentino de internet, decidió independizarse y ser free lance de mente y de bolsillo. Junto con perfiles que escribe para la revista *Gatopardo* y la docencia en la Universidad de los Andes, desde el 2002 es la corresponsal en Colombia del diario *ABC* (Madrid), cargo que le permitió cubrir la posguerra en Iraq (2003) y la guerra olvidada en Afganistán (2004).



**M**e subo al avión rumbo a Quibdó, la capital del Chocó, con la última edición de la revista *Soho* bajo el brazo. Tres artículos hablan sobre la guerra olvidada en algunos pueblos de Colombia y hay varias páginas con fotos en blanco y en negro de Jesús Abad Colorado, uno de los mejores retratistas del conflicto colombiano. Una se me queda para siempre. La de Aniceto Córdoba agachado y derrotado sobre el ataúd de Ubertina, su mujer, fotografiada muerta en un cayuco de madera vencida. Diez líneas dicen que a Ubertina la mató una bala perdida; que se desangró entre ese bote por falta de atención médica; y que, como único ritual posible, Aniceto le entregó al río el tablón que le sirvió de camilla y la manta que cubrió el cuerpo durante su traslado.

A Aniceto se le ven las venas, se le ven los dientes, se le ve el dolor. Y yo, que debo escribir sobre una Diócesis premiada por ayudar a personas como él, entiendo en este avión que sólo supe del Chocó por fotos como estas, el día que un cilindro bomba entró por el techo de una iglesia y mató a 119 personas. Y soy colombiana, y soy periodista y hace siete años no sabía cómo se vivía en esta parte de mi país.

Ahora, sentada frente al río Atrato esperando a que me reciban en la Diócesis de Quibdó para evaluar para qué sirvió haberse ganado el Premio Nacional de Paz hace cuatro años, leo los motivos del galardón. A esta Diócesis, una de las casi ochenta que existen en Colombia, la premiaron por “haber acompañado a las comunidades indígenas y afro-colombianas de la región en proyectos de defensa de los derechos humanos, fortalecimiento cultural, procesos organizativos populares e intervención humanitaria”.

¿Cómo se premia la compañía, el fortalecer, el estar ahí? ¿Cómo se mide “la articulación del trabajo organizativo y el arraigo de estas comunidades a las tradiciones culturales”? De eso se trata.

Veo jóvenes desnudos bañarse en el Atrato. Veo niños riendo porque esa tarde la madre les compró un mango biche o un chontaduro anaranjado con sal. Quibdó me recuerda a Kabul, la capital afgana, donde la pobreza no llora sino que ríe. Como si el secreto estuviera en dar. Como si a mayor dificultad, mejor ser humano se fuera. Como si ver la miseria humana diera un sentido en la vida. Un reflexionar siquiera. Al menos dar un abrazo, y sentir que el otro lo recibe. Se funde. Lo agradece.

No de otra manera recordaría el primero de los muchos optimismos que me quedó de ese viaje. Salir, por ejemplo, de un aeropuerto derruido y ver un piquete de camionetas blancas con siglas azules pintadas que dicen ONU, UNICEF, PNUD, PLAN. Dan brincos por calles sin pavimentar, caóticas entre tanta moto, niño, comercio, olor a pescado.

¿Por qué donde hay miseria siempre hay exceso de asistencia y no se ven los resultados?

Mientras me preguntaba de qué servía cobijar, cayó a mis pies un volador, como llaman aquí a los paquetes que lanzan al aire y se quedan en las fosas nasales para siempre. Como en Kabul donde no empacan cuidadosamente los excrementos. —¡Aquí no hay baños, señoooo! —grita alguien y me siento, por primera vez, minoría entre un 80 por ciento de población negra, un 11 por ciento de indígenas y un 6 por ciento de mestizos.

¿Cómo es posible vivir aquí donde el 22 por ciento de los habitantes no tiene acueducto, el 15 por ciento no tiene alcantarillado, nadie tiene agua potable? ¿Qué es de la vida de Aniceto? Lo encontraría al final del viaje, tras ver cómo es que se cultiva sin esperar cosecha.

“NO DAMOS EL PESCADO, ENSEÑAMOS A PESCAR”

La Diócesis de Quibdó, un edificio estilo republicano amarillo con blanco ubicado en el centro de esta ciudad de 130.000 habitantes,

parece importado de otro país en medio de casas de madera sin piso, sin ventanas, sin nada. Afuera en los parqueados hay carros blindados con placas diplomáticas, porque están de visita las embajadoras de Suecia, Holanda y Noruega. También llegó un grupo de *rap* americano y me encuentro en las escaleras a tres voluntarios españoles de Médicos del Mundo que llegaron de vacaciones.

—¿Van a Nuquí, a Bahía Solano, a ver ballenas?

—Venimos a ver a los indígenas, a ver cómo podemos ayudarlos.

—¿Ayudarlos cómo?

—Hábitos de higiene y agua potable, armar huertas medicinales o tener en casa un botiquín de primeros auxilios. Aquí hay mucho por hacer —me dicen.

La Diócesis los acompaña. Les ayuda.

Pero por mucha intención que llega, no es fácil. Para lograr un buen trabajo se necesita constancia, presencia y control. La mayoría monta proyectos temporales, da una que otra plata y se va. Aquí no se sabe por dónde empezar, qué se puede hacer. Es tanto el abandono, tanta la orfandad, tanta la dependencia que, a fin de cuentas, un paño de agua tibia es mejor que nada.

En Chocó todo es urgente desde hace mucho tiempo ya. En 1955, por ejemplo, el general Gustavo Rojas Pinilla propuso repartirlo en dos y anexarlo administrativamente a Antioquia y al Valle del Cauca. Protestaron los políticos y el General terminó su mandato sin que pasara nada. Luego, el departamento fue intervenido por la Ley 550 —de empresas en quiebra—, sin resultado alguno. Ahora se habla otra vez de una reforma constitucional para repartir sus 46.000 kilómetros cuadrados, de los cuales más del 90 por ciento son selva virgen. ¿Adivinen entre cuáles departamentos? Antioquia y el Valle del Cauca. Sí, otra vez.

Quizás Antioquia acepte el reto. Ya se ven por las calles de Quibdó los carros de las Empresas Públicas de Medellín intentando instalar el alcantarillado. A fin de cuentas el Chocó, declarado por la Unesco reserva de la humanidad, tiene grandes riquezas —oro, platino, productos forestales, maderas— pero cuenta con el más bajo nivel de kilómetros de carretera pavimentada por cada 1.000 habitantes. De

Medellín a Quibdó hay 136 kilómetros. Recorrerlos toma 18 horas. Con una producción muy inferior al 1 por ciento del PIB, el Chocó es completamente dependiente de las transferencias estatales. Quizás por eso, por depender y no producir ni valorar lo que tiene, este departamento es uno de los más corruptos.

Un dato. En 2008 el gobierno giró 50.000 millones de pesos para salud, educación y saneamiento básico. Según investigaciones publicadas por el diario *El País* de Cali, 19.000 millones de pesos —casi la mitad!— fueron robados por funcionarios y ex funcionarios del Chocó.

Entonces se entiende por qué aquí se mueren de desnutrición los niños y por qué un chocoano tiene en promedio una oportunidad de hospitalización cada 25 años y de acceder a una cirugía cada 200 años; mientras el gobernador, Patrocinio Sánchez, es investigado por segunda vez por el desvío de recursos públicos.

Aquí hay mucho, sí, y es bonito, sí, y hay ganas, sí, pero lo que se produce no se comercializa y por eso en Quibdó sólo el 18 por ciento de los habitantes tiene empleo. Los demás pierden el tiempo, o “quemam moño”, como le dicen a la marihuana, que alternan con horas frente al televisor y con juegos de fútbol. No hay cines, ni parques, ni teatros. No hay educación —el analfabetismo supera tres veces el 6,9 por ciento nacional—; no hay casas en las que se nace y se muere y el 15 por ciento de los 450.000 habitantes ha sido víctima del desplazamiento forzado porque aquí hay guerrillas y paramilitares que se pelean el oro, el platino, las salidas al mar para transportar drogas, cultivos de palma, lo que sea.

—Ese premio nos sirvió para protegernos, para darnos seguridad porque estamos muy amenazados, para que visualizaran la región, para hacer alianzas internacionales —explica el padre Jesús Albeiro Parra, 48 años, 14 coordinando la Pastoral Social de esta Diócesis que existe desde 1908 y en la que trabajan 37 sacerdotes y más de 50 religiosos.

No tiene tiempo qué perder. Mira el reloj cada segundo, me dice que con ese premio pudieron internacionalizar el problema de las comunidades afro-colombianas e indígenas, que les enseñan a pescar y no les dan el pescado.

¿Será?

Veo que aquí dan mucho. Que asisten a los desplazados, organizan comunidades, monitorean a las víctimas del conflicto, van a donde nadie va, hablan con los unos y los otros. —No somos neutrales —responde el padre cuando le pregunto cómo hablan con la guerrilla o los paramilitares—. Nuestro compromiso es con la persona humana, con la gente que está siendo victimizada. —Y me recuerda los costos. Michel Quiroga, misionero asesinado en 1998. Jorge Luis Mazo, párroco de Bellavista, asesinado a los 32 años en el río Atrato junto con el cooperante vasco Iñigo Egiluz Tellería. Yolanda Cerón, asesinada en el 2000. Rafael Gómez, muerto por afasia, depresión, dolor en 2006. —Nos matan por nuestro trabajo —me dice el padre Albeiro, quien llegó a estas tierras en 1978 cuando hacía parte de los *Boys Scouts*. Él se salvó de que el jefe paramilitar Carlos Castaño lo matara porque fue a su casa, lo miró a los ojos y le dijo: —máteme aquí si quiere. Y Castaño ordenó que al padre Albeiro le respetaran la vida.

Históricamente el trato con la Iglesia en el Chocó ha sido afable. Las tribus de aquí, los Chocó, resistieron con fuerza el proceso de colonización de los españoles, que estaban obsesionados con el oro de estas tierras. Siempre opusieron resistencia al trabajo forzado y por eso los españoles tuvieron que importar mano de obra esclava para las actividades mineras. Sólo hasta mediados del siglo XVII los Chocó estuvieron parcialmente pacificados, en gran parte como resultado de la labor de los misioneros. Desde entonces todo es Iglesia.

¿Una aguja? Los padres. ¿Una denuncia? Los padres. ¿Comida? Los padres. ¿Abrazo? Los padres. —Como la Diócesis ha sido clara y seria en sus posiciones, nos llega toda la información porque la gente es nuestra aliada. Nos hemos ganado la confianza —me diría Monseñor Fidel León Cadavid, el Obispo de Quibdó desde el 2001, sentado en su despacho del edificio republicano, tan fresco en su camiseta de algodón.

Toda esta historia, sin embargo, sigue siendo demasiado numérica para mí. El padre Albeiro me dice que la Diócesis ha liderado 100 proyectos productivos, que han formado 200 agentes en botiquines comunitarios, que ha mediado en 150 secuestros, que

les enseñan a las mujeres a ser productivas, que saben de derecho internacional humanitario, de derechos humanos, que sacan a los niños de los grupos armados. Y yo no veo todavía nada. Pido que me lleven a algún sitio.

## EL SECRETO

Quibdó está rodeado de barrios de desplazados con nombres que para ellos significan esperanza: Villa España, Uribe Vélez, El Reposo. Barrios con casas hechas de palos y de plásticos. Barrios donde hay una escuela hecha por los americanos, un coliseo por los franceses, bibliotecas por los japoneses, libros donados por los españoles. Barrios de retazos hechos por otros menos por Colombia.

Camino por entre calles de polvo, me tropiezo con las gallinas, los cerdos, perros, cientos de bolsas voladoras, ollas con aceite hirviendo. El padre Luis Carlos Hinojosa, de 40 años, me explica cómo hicieron para entrar, empoderar y hacer valorar. —Quisimos enseñarles que también se puede dar, no sólo recibir —me explica que esa iglesia blanca tan bonita, rodeada de flores de colores, la hicieron entre todos. Rifaron una gallina, se inventaron un concierto, pintaron y vendieron lienzos para armar un centro de encuentro, de sosiego, de desahogo. Las manos y el esfuerzo de todos estaban allí. Regresó la autoestima, la identidad, la pertenencia.

Luego vino el colegio Pedro Grau, de cemento armado, con bus propio. ¡Una belleza entre tanta miseria!, hecho con dineros extranjeros. Y los 4.950 niños tuvieron algo distinto qué hacer, y sus mamás pudieron trabajar en aseo y ser profesoras. —Venir al colegio era la oportunidad para comer. Los niños se llevaban la comida que se les daba aquí para compartirla con sus hermanos —sigue el padre Luis Carlos a quien abrazan todos, extrañan, alaban, quieren. La Iglesia en esta ciudad es recibida como la madre protectora.

A nuestro paso sale Napoleón García, el director del colegio, el hombre que postuló la Diócesis al Premio Nacional de Paz. Dice que lo hizo por sus logros y sus trabajos en la defensa de la vida. —Arriesgan sus vidas por salvar vidas de campesinos. Admiro el heroísmo de los misioneros. Valioso en un país donde la Iglesia es

considerada un baluarte del conservadurismo. A la Iglesia de aquí la ven como progresista, liberal. No se imaginan lo que hacen.

Son progresistas, sin duda. Antes de ser sacerdote, Luis Carlos fue lo que es todo ser humano. Bebió, bailó, amó a las mujeres, que también lo amaron; se indisciplinó, enloqueció a sus padres que —ya no me decían nada porque era indomable. Y un día entró a la iglesia, y vio a un sacerdote. Supo cómo trabajaban. Viajó por los ríos y entendió que tenía más sentido en su vida dar que recibir y cambió; y con aplomo y franqueza dice que si alguna vez le llega una buena mujer, ese será otro tema. Sin excusas de castidades y prohibiciones.

Y entonces entiendo por qué estos padres sí entienden a los otros. Por la sencilla razón de que también vivieron sus vidas. Así como cuando nos encontramos con esa mujer recién parida, con una bebida en los brazos y los ojos aguados —por qué no me sale leche padre, por qué tengo hambre padre, por qué ¿qué hice con mi vida, padre, si a los 17 años tengo dos hijos de diferentes padres, padre?; —y el padre le suelta esa gran sonrisa y le da un abrazo y le dice que no se preocupe que todo tiene solución, que vaya donde la vecina, que ella le cuida el niño y así duerme y se le pasa la angustia y produce leche. Y ella le cree. Y sonrío. Y se le olvida que antes lloraba.

## ÚRSULA, LA CEREZA EN EL HELADO

Se quejan. Dicen que antes bastaba con salir de sus casas y tener el pescado en sus redes, los hijos juntos a ellas, el marido labrando, el río para bañarse. Que con el desplazamiento perdieron la dignidad, la comida, la humildad, el sentido de la vida, la pertenencia. Que la ciudad las amilanó, que supieron qué era el hambre, la desvergüenza, el no tener nada.

Nueve mujeres quejándose mientras bordan muñecas negras, manteles, limpiones, individuales, carteras, servilletas. Todas cuentan sus historias como si pelaran manzanas. Viudas con tres hijos, con hijos de un hombre e hijos de otro. Hijos ladrones, drogados, perdidos. Madres sin abuelas. Abuelos enterrados en el río. Mataron, botaron al río, perdí mi hijo, estoy sola. Y no salen lágrimas.

Se quejan de Úrsula Holzapfel, la misionera que aparece con sus crespos en desorden en esa foto colgada en la pared del taller donde se hacen las artesanías choibá. Que les desbarataba todo, hasta las puntadas buenas, dicen: —porque qué íbamos a saber nosotras de estas cosas tan delicadas, señora periodista, si éramos del campo y empezar a los 40 años a bordar puntos finos... punto de cruz, que punto cadena, que hacer crochet. Y Úrsula nos hacía llorar. Empezamos 300 mujeres aprendiendo a hacer esta cosa y quedamos nueve.

Entonces recuerdan la primera vez que vendieron alguna cosa. Ocho mil pesos bordados punto por punto. Y se chupan los dedos agujereados por tanta aguja. Se ríen de medio lado, como cuando uno sabe que los mejores tiempos fueron los más duros. Úrsula, como los padres y las hermanas voluntarias, han hecho en la Diócesis algo que les agradecerán toda la vida: enseñarles a estas mujeres a vivir en un medio que no es el suyo, a ganarse la vida con cosas que no son dadas por la naturaleza, a ser independientes, a quererse por producir, a tener autoestima por ser útiles.

El Estado y la Diócesis son los mayores empleadores en Quibdó. Llegan construyendo una iglesia, después el colegio, luego uno que otro negocio para darle a grupos humanos una forma de sustento. Barrios donde lo único productivo es ir al colegio, a la misa y... ¿Un pancito?... Vamos a la panadería que hicieron los padres para las mujeres cabezas de hogar.

¿Vamos al restaurante, hoy domingo?... A “Café y chontaduro”, hecho por los padres para las viudas. ¿Un hogar comunitario? Los padres. ¿Unos niños haciendo crucigramas y rompecabezas con destreza en un departamento en donde el 97 por ciento de los estudiantes está por debajo del nivel mínimo en el Icfes? Los padres. Y ellas, las misioneras, mujeres italianas, españolas, colombianas que pasan sus años aquí construyendo sobre rocas, por otros. No sólo enseñan: labran, disciplinan, muestran. También pacifican. Entre puntada y puntada estas mujeres no olvidan lo que les pasó, pero al menos duermen un poco el alma. —Hay días que incluso no nos acordamos de lo que vivimos.

A Úrsula Holzapfel la había visto hace años en un video que circuló sobre la masacre de Bojayá, en 2002, donde una bala mató a

Ubertina, la esposa de Aniceto, el de la foto. Aparecían los periodistas internacionales junto a Anders Kompass, en ese entonces director en Colombia de la oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de las Naciones Unidas. Aparecía el párroco Antún Ramos, llorando entre manos amputadas, porque el cilindro bomba que lanzaron los guerrilleros —o los paramilitares, vaya uno a saber— cayó por entre el techo de su templo. Aparecían los helicópteros del Ejército llegando por primera vez a un pueblo que nunca había pisado. Aparecía el presidente Andrés Pastrana con unos americanos y su anuncio de construir un pueblo nuevo. Para muchos, el Chocó empezó a existir ahí. Pero ella, Úrsula, que ya llevaba más de veinte años en estas selvas, apareció al fondo, atrás de Kompass, sin que la vieran, sacando de los escombros el cáliz del padre Antún y quitándole a los muertos los toldillos con que los habían cubierto.

—¿Por qué hizo eso? —le pregunté, sentadas las dos en su casa de Quibdó, bajo techos de guadua, materas con flores de colores, el pan horneándose en la cocina y bibliotecas de pulidas maderas con libros maravillosos.

—Pues porque tenía que dárselos a los vivos —me respondió mientras bordaba unas tarjetas de navidad que llevaría a la cárcel de mujeres, a las que les está enseñando a coser. —Cuando las mujeres bordan, lo que hacen se ve —me dice—. Han visto sentido en la vida y siento que mi vida ha valido. El ejemplo hace escuela —y entonces se levanta porque debe hacer más cosas. Antes de irse me pide que cuente que sí, que premios como esos valen la pena porque reconocen y motivan a seguir trabajando. —Pero estamos trabajando en una utopía, sinceramente. No hay fuentes de ingresos, aquí estudian, ¿y en qué pueden trabajar? No hay nada en que se puedan ganar la vida. Por eso diga en esa crónica que crean en nuestras mujeres, que compren productos regionales, no más cafés Juan Valdés.

Compro varias muñecas para los amigos de mis hijos y compro manteles para mi tía, delantales para mi madre, servilletas para mis cuñadas. Salgo. Voy a reservar mi tiquete de regreso en Satena. Veo un vendedor de mango. Es Aniceto. Ya no se le ven las venas, ni los dientes, ni el dolor. A Aniceto, como a todos aquí, se le ven las ganas de vivir.

# MADRES CORAJE

---

MARÍA TERESA RONDEROS\*

Cuando todavía las víctimas no se atrevían a elevar su voz, las Madres de la Candelaria, de Medellín, se arriesgaron a exigir justicia, verdad y reparación por la violencia que padecieron sus hijos, a manos tanto de paramilitares como de guerrilleros. Por ser las precursoras de la movilización pública y las guardianas de la memoria, se les otorgó el Premio Nacional de Paz en 2006.

---

\* Estudió Ciencia Política en la Universidad Internacional de la Florida; obtuvo una maestría en Ciencia Política de la Universidad de Syracuse y finalizó cursos para la maestría en Periodismo de la misma universidad. Fue directora del programa periodístico de TV, *Testimonio*, editora política de *El Tiempo*, directora del noticiero *Buenos Días Colombia*, columnista de *El Espectador* y directora de la revista *La Nota Económica*. Ha sido editora general de *Semana*, directora de *Semana.com* y asesora de la misma casa editorial. Creadora y directora del portal de internet *verdadabierta.com*. Fue becaria de la Knight Fellowship en la Universidad de Stanford y ganó el premio Rey de España en 1997. Es autora de los libros *Punch, una experiencia en televisión* (1992), *Retratos del poder* (2002), y *Cinco en humor* (2006); y coautora de *Cómo hacer periodismo* (2002) y *Poder y medios* (2004). Ganó el premio María Moors Cabot en 2007.



● Basta ya de secuestros y desapariciones, ven, haz algo, di algo, para que no te toque a ti! —gritan las mujeres mientras caminan frente a la Iglesia de la Candelaria en el bullicioso centro de Medellín. En Colombia, donde la sucesión de guerras ha tornado a la gente indiferente y a las víctimas invisibles, ellas, las madres de los desaparecidos y de los secuestrados, con sus camisetas blancas y sus consignas sentimentales, han querido obligar a todos a ver que su tragedia es real y no un conflicto ideológico abstracto. Ellas, las Madres de la Candelaria, al igual que las argentinas Madres de la Plaza de Mayo que las inspiraron, querían evitar el olvido de los que se sabían vivos y cautivos, y exigir su libertad; y la verdad acerca de los que nada se sabía. —¡Nos duele la maldad de los malos, pero más nos duele la indiferencia de los buenos!

El movimiento empezó con unos pocos familiares de soldados y policías secuestrados por las Farc y un puñado de madres de desaparecidos quienes comenzaron, hacia fines de 1998, a hacer plantones regulares de protesta. Caminaban un día fijo, de noche y vestidas de negro alrededor de un gran edificio del centro de Medellín.

Se animaron empujadas por los millones de colombianos que, hastiados del horror, habían marchado contra el secuestro y por la paz. La Red de Iniciativas contra la Guerra y por la Paz, Redepaz y País Libre, entre otras organizaciones, habían logrado que diez millones de ciudadanos votaran a favor del Mandato por la Paz en octubre de 1997. Esas marchas del ¡No Más! se hicieron también en Medellín, y a una de esas, en la que participaban los familiares de los soldados y policías secuestrados, se sumaron familiares de desaparecidos, que

en Antioquia empezaban a contarse por los miles. Una eucaristía en La Alpujarra selló esa rara alianza de víctimas.

Alianza extraña porque aunque el sufrimiento era equivalente, hasta entonces no solían mezclarse víctimas de victimarios enemigos. El conflicto colombiano tenía como actores principales a las Farc y al ELN, guerrillas que estaban en pleno apogeo expansivo y convirtieron el secuestro en una epidemia. De sus batallas ganadas se llevaban soldados y policías —y después a varios políticos— para canjearlos por sus presos. Y en su contra, los paramilitares, agrupados desde 1997 en las Autodefensas Unidas de Colombia, conquistaban territorios arrasando con lo que se les atravesara y apelando a cualquier método: matar, desaparecer, aterrorizar, expulsar.

Un periodista, cuyo nombre aún hoy no revelan, que supo de las tímidas marchas nocturnas del pequeño grupo, les habló sobre las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina. —Marchen de día, donde las vean, para que su voz se oiga —les dijo. Pensaron varios sitios donde ubicarse y se decidieron por el atrio de la Iglesia de la Candelaria, una joya arquitectónica que fue originalmente la catedral de la ciudad. Allí había movimiento y mucha gente iba a misa de 12. Así que desde el 17 de marzo de 1999 las madres se fueron a marchar allí todos los miércoles al medio día para que las vieran, para que sus penas les dolieran a todos.

Así empezó lo que se fue conociendo como el grupo de las Madres de la Candelaria. Marchaban Jairo Rúa y su esposa Hilda, creadores de la organización que representa hasta hoy a los familiares de los uniformados secuestrados, Asfamipaz; Doña Dolly Castañeda, mamá de Ruth Beatriz, una sicóloga que era la jefe de personal de Expreso Girardota, secuestrada por las Farc en octubre de 1997; María Eugenia Cobaleda, hermana de Óscar y Jairo, dos abogados desaparecidos en abril de 1998 en Dabeiba; Amparo Mejía, líder barrial desde joven, que salía a marchar para que le devolvieran a su amigo de infancia, casi su hermano, un soldado secuestrado por la guerrilla.

Cuando las descubrió en sus rondas frente al atrio de la iglesia, María Elena Toro se les acercó tímida a observar. Luego se animó y comenzó a caminar con ellas. Desde entonces no ha fallado ni un solo

miércoles. Tampoco su padre, don Francisco, un viejo bello, hoy de 90 años, que habla como poeta y regala rosarios hechos por él, como queriendo bendecir a quien se le acerque. Le desaparecieron al hijo de María Elena, su nieto Franklin, a una hija, un yerno y otra nieta. Siempre supusieron que fueron los paramilitares que les querían quitar una ladrillera en Frontino, Antioquia.

Todos ellos llegaban a la iglesia cada miércoles a como diera lugar. Algunos faltaban porque a veces no tenían para el pasaje desde su barrio al centro. Caminaban, mientras clamaban porque les devolvieran a los suyos; la esperanza revuelta con la rabia. Solidarios, Carlos Iván Lopera y otros de Redepaz las acompañaban. —Nos llevaban juguito y tinto a las marchas —cuenta María Elena.

De la mano de Redepaz, llegó un día a la Candelaria una mujer pequeña, nerviosa, de ojos brillantes, llamada Teresita Gaviria. Trabajaba como Secretaria General del Estadio Atanasio Girardot. La vida se le había partido en dos el 5 de enero de 1998, cuando desaparecieron a su hijo Cristian Camilo Quiroz, estudiante de bachillerato de 15 años, quien iba de vacaciones a Bogotá con un amigo, y con Robinson Hernández de 29 años, estudiante de ingeniería cercano a la familia.

Según ha contado Teresita decenas de veces, en Doradal los bajaron del bus a los tres. Uno se voló, pero paramilitares armados capturaron a Robinson y a Cristian. A Teresita la llamó el que se salvó: —se llevaron al ingeniero y al niño —le dijo. Ella desesperada se fue a buscarlos. Estuvo dos meses en el Magdalena Medio, como loca, preguntando en cada pueblo, siguiendo cada pista. Nunca encontró a Cristian. Con la última foto que tenía de él, se unió a los plantones de las Madres de la Candelaria.

El gobernador de Antioquia, Guillermo Gaviria<sup>1</sup>, empeñado en empujar una salida pacífica al conflicto, convocó una gran marcha de respaldo a la causa de las Madres de la Candelaria. “Rompamos el silencio, ellas lo están haciendo” decía el lema de la caminata convocada por la Gobernación.

---

1 Siendo Gobernador de Antioquia, y mientras lideraba una marcha contra la no violencia hacia Caicedo, Antioquia, Gaviria fue secuestrado por las Farc en abril de 2002 y el 5 de mayo de 2003 fue asesinado durante un rescate del Ejército junto al ex ministro Gilberto Echeverry y ocho soldados que también estaban cautivos.

En junio de 2001, el clamor de las madres de los uniformados surtió frutos. El gobierno de Andrés Pastrana autorizó que salieran de las cárceles 15 guerrilleros, a cambio de 42 policías y soldados. Cuando los medios anunciaron que iba a haber intercambio llegaron unas 20 madres más. Ese día también quedó en libertad el amigo de Amparo Mejía. Felices, se reunieron con otros familiares y amigos a quemar las pancartas y las camisetas para brindar el final del vía crucis.

Pero muchas de las marchantes aún seguían sin saber de sus hijos, hermanos y esposos. Así que volvieron el siguiente miércoles a La Candelaria. Se sentaron en el andén, descorazonadas; quedaban apenas unas cuantas. Amparo recuerda sobre todo a doña Dolly y a los muchachos de Expreso Girardota con la cartelera de "Ruthbea". Un cuadro de abandono que le impidió dejar al naciente grupo, aunque su amigo ya estaba libre. *Teleantioquia* dio la noticia de que las Madres de la Candelaria seguían marchando y eso ayudó para que en las siguientes semanas llegaran otras.

Con los ánimos por los suelos, llevaban sus carteles tristes, de fotos descoloridas al sol, cada una con la fecha del día en que se los llevaron los hombres armados. Redepaz, que se había alejado de ellas por algunos roces, volvió a acompañarlas. Les dio espacio en su oficina para que pudieran descansar o conversar después de las marchas.

Se necesitaba coraje para atreverse a denunciar secuestros y desapariciones a plena luz del día, en el centro de Medellín. En algunas comunas de la ciudad todavía mandaban las milicias de la guerrilla, y otras eran el campo de batalla en el que el sanguinario Diego Murillo, alias 'Don Berna', pretendía arrebatarle el dominio al ex militar Carlos Mauricio García, alias 'Doble Cero'.

La mayoría de las madres eran víctimas de la desaparición forzada de sus seres queridos, un delito atroz que, a diferencia de otros crímenes de lesa humanidad, no les había permitido cerrar sus heridas con el tiempo. Al contrario, a medida que pasaban los días y no encontraban a sus hijos y maridos, iban perdiendo la esperanza de que estuvieran vivos.

Así que mientras los miércoles marchaban frente a la iglesia de la Candelaria en el Parque de Berrío, el resto de la semana buscaban

a los suyos. En las morgues, en Medicina Legal, en los hospitales, intentando seguir los caminos por donde alguien les dijo que los vieron. —Me iba todo el día al centro a caminar, llorando, y volvía rendida por la noche a la casa —contó en muchas ocasiones Flor Raigoza, madre de Diego, taxista desaparecido en 2001.

Y fue buscando a su madre Mercedes Toro, como Claudia desapareció. María Eugenia Cobaleda se fue hacia Dabeiba en la madrugada cuando se enteró de la desaparición de sus hermanos, preguntando en Palmitas, San Jerónimo, Sopetrán..., y Ana de Dios Zapata, que perdió a su hermano, que era como un hijo suyo, lo buscó por Barbosa y Santo Domingo, y bajó por los lados de San Roque. Sus noches dejaron de ser tranquilas.

Llevarse a alguien, esfumarlo, mantener a la familia en la incertidumbre, se volvió una estrategia de guerra fríamente diseñada para intimidar, para sembrar culpa. Siempre esa sensación de no haber hecho lo suficiente para encontrar al hijo perdido. También para destrozarse cualquier proyecto de vida y quebrar los espíritus. Poner a las madres a rogar, a las esposas a suplicar, a hacer lo que fuera para saber qué pasó era una forma de mantener el dominio, de conservar el poder sobre todos.

La sociedad colombiana, además, había condenado a estas víctimas a la invisibilidad. Cuando las Madres de la Candelaria empezaron a marchar, la desaparición aún no era delito en Colombia. Apenas un año después, en 2000, fue aprobada la Ley de Desaparición Forzada y la justicia podía empezar a buscar a los responsables de la desaparición de sus hijos. Y apenas en 2004 todavía faltaban tres años para que las estadísticas nacionales registraran oficialmente este crimen atroz. Por eso ni entonces, ni ahora se sabe exactamente cuántos desaparecidos hay en Colombia.

Asfades, organización que agrupa a familiares de desaparecidos, habla de más de 10 mil víctimas de este delito, aunque en realidad su dimensión puede ser mucho mayor. Un estudio de la Fiscalía encontró que entre 1995 y 2006 sólo en Antioquia fueron desaparecidas 2.595 personas, la mayoría en Medellín, una ciudad que en los noventa fue escenario de cruentas batallas entre narcotraficantes, paramilitares, milicianos de las guerrillas y delincuencia común.

## LA DIVISIÓN

Haber armado una organización visible, pública, como la de las Madres de la Candelaria, aunque fuera informal, era por sí solo un desafío a la lógica de enemigos con que operaba la guerra. —Era el primer espacio que se abría de esta naturaleza en Colombia, donde valían lo mismo las víctimas de los unos que de los otros. Era un gran mensaje político al país —dice Carlos Iván Lopera, hoy en PNUD, pero quien desde Redepaz siguió de cerca el movimiento de madres desde sus inicios.

A medida que crecían, empezaron a perfilarse dos grupos alrededor de unos liderazgos fuertes, según lo atestiguan varias personas que las conocieron en esa época. Por un lado estaba Amparo Mejía, en sus treinta, activista barrial, espontánea, cálida, y con ella, María Elena Toro, hoy en sus sesenta, con esa certeza de matrona paisa que inspira confianza de solo verla: bajita, maciza, sonriente, sin dejarse ver el dolor. Del otro, estaba Teresita Gaviria, en sus cincuenta, con una energía de fuego, cariñosa, articulada, cuidada en su apariencia, más consciente de sí misma.

Redepaz les patrocinaba viajes para participar en encuentros nacionales de víctimas, para que tejieran lazos protectores y su causa tuviera eco. —Nos reuníamos en tertulias lindísimas, como colegas, con mucha alegría —recuerda Lopera quien solía acompañarlas. En una de esas visitas, varias madres viajaron a Bogotá en bus y les robaron. Así que al siguiente viaje mandaron a una sola de ellas para que pudiera ir en avión. A su regreso tuvo un desencuentro con Redepaz por la forma como le pidieron que legalizara sus viáticos. Algunas madres quedaron molestas porque, con razón o sin ella, sintieron que Redepaz usaba su pena para conseguir financiación.

El incidente fue la gota que rebasó la copa de tensiones que ya existían y rompió a las Madres de la Candelaria en los dos grupos. La división sucedió en 2002, aunque nadie fijó la ingrata fecha exacta en la memoria. De un lado, Teresita y la mitad de las madres (unas 50 familias) se quedaron muy cerca de Redepaz. Atendían desde sus oficinas y se afianzaron bajo el ala de esta organización nacional. Del otro, Amparo y María Elena, y la otra mitad de las madres, se fueron

a conversar con el gobernador Gaviria que había sido su guía. Él sacó de la manga un adagio paisa: —Se pueden curar del hígado sin trabajar con la plata de otra gente —y les recomendó que montaran su propia organización para que así nadie hablara por ellas sino ellas mismas.

Les tomó su tiempo formalizarse como organizaciones diferentes. No era fácil para unas mujeres que hasta el día de su tragedia eran, en su mayoría, unas sencillas amas de casa, convertirse en administradoras de recursos, líderes políticas y al tiempo seguir ganándose la vida con enorme dificultad. La mayoría son madres solas, viudas, abuelas con hijos de desaparecidos y nietos qué sostener.

En enero de 2003, el grupo de María Elena y Amparo se constituyó formalmente en la Corporación Madres de la Candelaria, según quedó registrado en la Cámara de Comercio de Medellín. Por consejo de sus inspiradoras, las Madres de la Plaza de Mayo de Argentina, se cambiaron el nombre como Madres de la Candelaria-Línea Fundadora. Como primera presidenta quedó Amparo Mejía, y en la junta directiva: María Elena Toro (quien luego se turnó en la Presidencia), Dolly Castañeda, Ofelia Saldarriaga, Héctor Zapata, Ferney Múnera y Marlene Herrera.

Con menos urgencia de conseguir su propia personería, el grupo de Teresita Gaviria se demoró más tiempo en formalizarse. Sólo hasta junio de 2004 constituyeron la Asociación Caminos de Esperanza-Madres de la Candelaria: Teresita de presidenta, Nohemí Osorio, de vicepresidenta de la organización, María Eugenia Cobaleda y Ana de Dios Zapata en la junta directiva.

Cada grupo por su cuenta siguió su lucha, acogiendo con su solidaridad, todos los días, a una nueva madre, a un esposa o a un padre desesperados. Por años todas se encontraron al frente de la Iglesia de la Candelaria, cada miércoles, a gritar sus eslóganes. En el centro, frente a la puerta principal de la iglesia se hacían las de la Línea Fundadora. A un costado, las de Caminos de Esperanza. Las dividía una gran pancarta, como un muro de Berlín improvisado que les permitía ignorarse unas a otras. La escena era una paradoja: mostraba el coraje de las mujeres enrostrándoles a los temibles grupos armados sus pancartas con las fotografías de las víctimas; y a la vez, develaba la desconfianza que les sembró la guerra.

Cuando el país se embarcó desde 2003 en la desmovilización de los paramilitares y la posterior puesta en marcha del proceso de Justicia y Paz, la ilusión de encontrarlos por fin, vivos o muertos, se hizo mayor. La revisión de la Ley de Justicia y Paz que hizo la Corte Constitucional reforzó el papel de las víctimas. Los paramilitares procesados por delitos de lesa humanidad pueden recibir condenas de hasta máximo ocho años de prisión, si colaboran con la justicia, confesando sus delitos, contando la verdad de lo sucedido y entregando sus bienes para reparar a los despojados.

Se creó una unidad especial en la Fiscalía para recabar las pruebas, escuchar las versiones de los paramilitares, convocar a las posibles víctimas de cada uno y preparar los juicios contra ellos. También otras organizaciones (Defensoría del Pueblo, Procuraduría General de la Nación, Acción Social, Comisión Nacional de Conciliación y Reparación, ONG, medios de comunicación) se volcaron a atender, a escuchar a las víctimas. Era su hora.

Envalentonadas por el respiro que significó la apertura de este nuevo proceso, no sólo porque se frenó la máquina de terror, sino porque vislumbraron una oportunidad para conocer la verdad de lo que ocurrió, miles de víctimas comenzaron a participar, a preguntarle a los victimarios, dentro y fuera de las audiencias judiciales a los paramilitares, y se animaron a contar sus historias.

Las madres de la Línea Fundadora al principio se opusieron al proceso. No quisieron participar en las audiencias donde los paramilitares estaban rindiendo versión libre. Sentían que les estaban exigiendo reconciliarse con ellos, cuando todavía no sabían ni dónde estaban sus desaparecidos, ni por qué se los llevaron.

Las madres de Caminos de Esperanza, por el contrario, desde el principio fueron a las audiencias, organizaron plantones de protesta contra los victimarios que no querían hablar y se acercaron a las autoridades a entregar los datos de sus familiares que pudieran hacer la búsqueda más fácil.

La magnitud de la tragedia que emergió de las confesiones de los desmovilizados y de las comprometidas investigaciones de los fiscales de Justicia y Paz trastocó cualquier estrategia política. Las Madres eran primero madres y esposas y hermanas y su urgencia de

saber la verdad era más poderosa que todo. Por eso todas terminaron a su manera explorando cualquier camino disponible para buscar a los suyos.

María Elena Toro, por ejemplo, le envió una carta a Diego Murillo, alias 'Don Berna' para ver si él sabía qué había sucedido con sus familiares: su hijo y el amigo, su hermana y el marido y su sobrina. A través de Amparo, que fue a una visita a la cárcel, consiguió que este recibiera a los familiares de unos cuarenta desaparecidos.

Cuando las madres llegaron les dijeron que en el patio principal las esperaban los jefes paramilitares. Con las piernas temblando Amparo les dijo a las madres: "Llevan años esperando encontrar a estos tipos en una carretera para que les digan dónde están sus hijos, ahora que los tendrán enfrente, no pueden echarse atrás".

Cuando entraron, los toscos hombres de las AUC se pusieron de pie. Uno de ellos, a nombre de todos, les pidió perdón por el sufrimiento causado. Luego rezaron el padrenuestro.

Una por una las mamás les mostraron sus fotos y preguntaron por sus familiares. María Elena Toro fue la última en hablar. Se le acercó a 'Don Berna', y, firme, sosteniéndole la mirada, como jugando sus restos en un póker, le puso las fotos de sus familiares encima de la mesa:

—Esta es mi familia —le dijo—. Necesito saber de ella.

Sin responder, 'Don Berna' metió las fotos en un cuaderno y salió de la reunión. Los otros jefes paras también abandonaron el patio. Todos, menos 'El Alemán', que se quedó a almorzar con ellos.

—Me alegra haberlo conocido —le dijo 'El Alemán' a Francisco Toro, el papá de María Elena, mientras le extendía la mano. El viejo Francisco le estrechó la mano, y en su modo poético, le dijo:

—Mi muchacho, ¡el león comiendo con el cordero!

Escenas parecidas vivieron muchas otra Madres de la Candelaria. Teresita escuchó a Ramón Isaza decir que quizás su hijo fue arrojado al río. Luego no se supo nada. Y sólo mucho tiempo después, el 18 de agosto de 2009, fue mencionado en la versión libre que dio en Ibagué, Evelio de Jesús Aguirre Hoyos, alias 'Elkin' o 'Tajada', ex jefe de las AUC en Fresno, Tolima. Fue apenas una referencia al crimen,

pero la Fiscalía informó que aún no se lo ha imputado oficialmente a ningún desmovilizado.

## EL PREMIO

Por la época en que la Asociación Caminos de Esperanza-Madres de la Candelaria, liderada por Teresita Gaviria, fue galardonada con Premio Nacional de Paz, el 27 de noviembre de 2006, todo el que pasaba a medio día por el Parque de Berrío un miércoles podía ver a las Madres. Y aunque desde que comenzó el movimiento las mujeres llevaban casi tres mil días de resistencia, eran invisibles a la gran opinión pública.

—Es una organización muy desconocida, muy subvalorada, pero con un gran tesón, una gran capacidad de persistir, de seguir sin declinar... poner en público su dolor, evitar que esta sociedad olvide —dijo entonces la prestigiosa historiadora María Teresa Uribe en un video que se presentó cuando les entregaron el galardón.

El premio, por supuesto, cambió todo. O casi todo, porque no las unió. Al contrario, profundizó su división.

Por lo que hoy Carlos Iván Lopera reconoce como un error histórico, Redepaz y su presidente Ana Teresa Bernal, quien también es miembro del jurado del Premio, postuló solamente a la Asociación Caminos de Esperanza, a la que conocía mejor porque tenía más cercanía con sus líderes. Los demás miembros del jurado no conocían a la Línea Fundadora. Entonces el reconocimiento, los setenta millones de pesos, el acceso a nuevas ayudas, casi todo se lo llevó Caminos de Esperanza. Esto, entre las Madres de la Línea Fundadora, causó un sentimiento doloroso de que con ellas se había cometido una injusticia. Y eso las alejó más.

Tanto que ahora ni siquiera marchan el mismo día. La rivalidad entre las líderes de los dos grupos se volvió tan grande que, finalmente, con intermediación de terceros, llegaron al acuerdo de que la Asociación Caminos de Esperanza se pasaría a los viernes y las de la Línea Fundadora seguirían los miércoles.

Sin embargo, unas y otras reconocen que el Premio Nacional de Paz les trajo muchas bendiciones. Al grupo ganador les significó

crecimiento en muchos sentidos. —El Premio Nacional de Paz es nuestro apellido —dice orgullosa Teresita, quien recibió el Premio en Bogotá, con otras 48 mujeres de su grupo—. Todavía no se nos pasa la emoción —y aún recuerda con lágrimas la avalancha de felicitaciones, la placa que les dio la Iniciativa de Mujeres por la Paz, la congratulación de la Empresas Públicas de Medellín y de tantos otros. El premio logró hacerlas visibles a ellas y al enorme y subterráneo movimiento de víctimas de todo el país.

Además les trajo independencia económica. Compraron oficina en el centro de Medellín con parte del dinero otorgado, y allí cuelga enmarcado y en primer plano el pergamino en el que consta su logro. El aval del premio les abrió nuevas puertas en el competitivo mundo de la cooperación internacional. Consiguieron apoyos del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, que, entre muchas otras cosas, los incluyó en su lista de honor de Buenas Prácticas que conducen al final de la guerra; y Redepaz los incluyó en su proyecto de fortalecimiento de las organizaciones de víctimas que financiaron durante varios años con la cooperación holandesa.

Más formada como organización, con mayor reconocimiento nacional e internacional, la Asociación Caminos de Esperanza consiguió un gran respaldo de la cooperación de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), que en 2008 les aprobó 200 mil euros por año y les ha brindado un acompañamiento institucional para que fortalezcan su capacidad administrativa y puedan extender su brazo más allá de la región antioqueña, impulsando un movimiento nacional de madres de desaparecidos y secuestrados.

Hoy la Asociación tiene psicólogo permanente, contador, secretaria administrativa, comunicador social y una gestora institucional, que se encarga de coordinar e impulsar proyectos con otras entidades públicas o privadas a favor de las víctimas. Ella es Lina Cano, cuyo esposo fue desaparecido, y quien asegura que cada día llegan a su sede entre 8 y 10 familiares de desaparecidos o secuestrados de hace años o de hace días. Porque al viejo conflicto se le han sobrepuesto la criminalidad común que deteriora el valor de la vida y también secuestra y desaparece.

—¡Me han ayudado tanto! —dice entre suspiros Blanca Nelly Daza, nacida en San Francisco, Antioquia. Su tragedia es inimaginable: tres hijos desaparecidos, su esposo asesinado, un hijo en la cárcel por raspachín; fue expropiada y desplazada—. Me dan los pasajes para venir al centro, me han acompañado a averiguar qué pasó, me han puesto psicólogas para aprender a no ser triste, a tener como otra vida.

Y Ana de Dios Zapata, que ahora tiene trabajo de tiempo completo con la Asociación, ayudando a orientar a otras madres que llegan, dice que no hubiera sido capaz de estudiar como lo hace ahora, ni de trabajar, sin el consuelo de Teresita y de las madres. —A mí me ha ayudado a crecer muchísimo —dijo y contó que ellas la animaron a que estudiara con el Programa de Víctimas de la Alcaldía, y ya está cursando once grado.

La Asociación ha realizado talleres con otras madres del país, y está desarrollando un proyecto de apoyo social y psicológico a hijos de víctimas de 7 a 12 años, para ayudarles a lidiar con las difíciles condiciones familiares que traen el desarraigo y las pérdidas.

No todas han sido buenas noticias para las madres de la Asociación. Teresita cuenta que una frustración grande es cuando no pueden ayudarle a una mamá que está sufriendo. Les pasó con una compañera de apenas 37 años cuyo esposo desapareció y se quedó a cargo de tres hijos chicos. —No quiso ayuda psicológica, no se quiso salir de su pena, se encerró en un cuarto y se dejó morir —dijo.

También ha habido peleas internas. Álvaro González, quien cuenta que fue desplazado y cuya hija de 7 años fue desaparecida por los paramilitares, él cree, en complicidad con su propia ex mujer, se ha alejado de la Asociación. Él dice que demandó a Teresita ante la Fiscalía porque cree que se está perdiendo dinero, que no todo se invierte en las víctimas. Ella lo expulsó, pero él dice que no se deja echar. —Yo sigo en la Asociación es por mi bellas damas, porque entre nosotros nos damos alivio y nos aplacamos un poco ese dolor.

María Edith Correa, quien estuvo cuatro años con Caminos, piensa algo similar: que Caminos recibe muchas ayudas y no reparte suficiente entre las víctimas. Ella perdió a su hijo en julio de 2005 y aunque sabe por los desmovilizados que fue asesinado, aún no han

encontrado su cuerpo. Ahora, con otras cinco madres ha creado otra organización: la Corporación Nueva Vida Esperanza. —Yo quiero ayudarle más a las mamás —dice.

Teresita desestima las denuncias. —Son gente malintencionada, que habla por hablar, por desestabilizar al movimiento —dice.

Con sus proyectos de vida deshechos, a veces prendidos de un hilo de esperanza, de una pista que les diga qué pasó, las familias de los desaparecidos han sido presa fácil de avivatos y estafadores. Por ello quizás, se profundiza la incredulidad. Tal vez eso, y tantas plegarias sin atender, hace difícil mantener los frágiles lazos de afecto y confianza que han logrado tejer estas organizaciones en medio de un país quebrado por la intolerancia, con el acecho de los violentos aún a la vuelta de la esquina.

A pocas cuadras del pasaje donde queda el edificio de la Asociación, se reúnen las madres de la Línea Fundadora. María Elena Toro, al lado de su padre don Francisco, ya casi ciego, reflexiona un poco ante la pregunta sobre cómo las benefició el Premio Nacional de Paz en 2006, y luego responde: —Fue una gran cosa para nosotras las víctimas, hacernos visibles en todo el mundo, saber que nuestro trabajo fue premiado y que todos se enteraran. —Y después añade—: Ya específicamente a nuestro grupo, el de la Línea Fundadora, no nos benefició en nada, más bien ayudó a que nos distanciáramos de las de Caminos.

De todos modos la notoriedad que les dio el Premio Nacional de Paz a las víctimas antioqueñas les abrió nuevas puertas también a ellas. A María Elena, la Gobernación la condecoró con el Premio Antioqueña de Oro, y su historia ha sido contada en varios países e idiomas. Ella misma fue con la Ruta de Mujeres por la Paz a una larga visita por varias regiones de España, adonde pudo llevar la voz de sus compañeras de marchas, y exigir que se siga buscando la verdad. Ella ya encontró a tres de sus familiares en fosas anónimas en fincas lejos de donde se los llevaron. A su hijo Franklin y el amigo aún no los encuentra, pero ya sabe exactamente qué les pasó. Un miembro de la fuerza pública los detuvo, vio que iban sin papeles y se los entregó al jefe paramilitar de la zona y este ordenó que los desaparecieran. El 'para', un tipo feroz, murió asesinado por la gue-

rrilla que lo arrojó a una paila de melaza hirviendo, en la que estaban preparando panela.

María Elena, y muchas otras, están validando estudios con el Programa de Víctimas de la Alcaldía de Medellín. Y reciben talleres de justicia restaurativa con una profesora de la Universidad Bolivariana a los que también asisten algunas madres de los Caminos de Esperanza.

Las fundadoras también han seguido creciendo. Todos los días les llegan nuevas madres. Este año han recibido a unas veinte que tenían desaparecidos de hace muchos años, y once han llegado por casos muy recientes. Ellas las acogen, les dan su conocimiento de los vericuetos de la justicia, que han sufrido en carne propia, y ayudan a buscar información que dé luces.

Amparo Mejía, presidenta de la Línea Fundadora, cuenta que a veces no han podido acceder a becas de la cooperación porque ya han sido otorgadas para las de Caminos. Noemí Henao, una madre cuyo esposo desapareció en mayo de 2002, asiente mientras la escucha: —A mi hija no le pudimos conseguir la beca que ofrecía la Embajada de España.

—Sería bacano que los organizadores del Premio de Paz hicieran alguna mención, algún reconocimiento de que nosotras también somos Madres de la Candelaria; no importa el dinero, como dice doña Dolly, nosotras estamos en esto es por los hijos e hijas, no por el dinero —dice Amparo con la sonrisa puesta, y mientras ayuda a recoger las pancartas del suelo. Otro miércoles de marchas que termina. Las otras madres, las de Caminos, vendrán el viernes.

Seguirán buscando sus verdades, y dándose ayuda para lidiar con las tragedias. Coraje y dignidad, cuando no haya qué cenar. A veces también confusión y desconfianza, cómo no va a ser así en un país de tantos sueños rotos. Pero, cuando miran para atrás lo que han logrado, todas las Madres de la Candelaria se reconocen en su dolor, en su solidaridad y saben de la importancia que tienen sus organizaciones para darles esperanzas a las madres que están por llegar.

# LA FAMILIA AUSENCIA

---

CRISTIAN VALENCIA\*

Desesperado por el largo secuestro de su hijo Pablo Emilio, el profesor Gustavo Moncayo decidió recorrer a pie el país clamando por el intercambio humanitario. Su travesía se convirtió en un símbolo de lucha por la libertad y volvió a poner los ojos del país y del mundo en el drama de quienes siguen cautivos. Por eso Moncayo fue uno de los ganadores del Premio Nacional de Paz en 2007.

El sargento Pablo Emilio Moncayo recobró la libertad el 30 de marzo de 2010. Esta crónica fue escrita meses antes de su liberación.

---

\* En 1992 ganó la primera mención del Concurso de Libro de Cuentos convocado por el IDCT, con *Güisquí en las rocas*. En 1997 obtuvo una Beca de Creación del Ministerio de Cultura en la modalidad de novela con *El último comisario de la ciudad*. En el año 2000, la Primera Mención del Concurso Iberoamericano de Crónica, Cronistas del siglo XXI, convocado por la revista *Gatopardo* para toda Latinoamérica. Trabajó durante tres años en la revista *Cromos*, en donde escribió la columna de libros semanal, y publicó crónicas y reportajes. Su trabajo también ha sido publicado en las revistas *Soho*, *Credencial*, *La Revista* del diario *El Espectador*, y en el periódico *El Tiempo*. Publicó con Grupo Editorial Planeta las novelas *El rastro de Irene* y *Bitácora del dragón*. Y con la editorial Random House Mondadori, el libro de crónicas *Hay días en que amanezco muerto* en el 2007. Actualmente escribe crónicas y reportajes para distintos medios de comunicación, es escritor acompañante de Renata (Red Nacional de Talleres literarios) para el Ministerio de Cultura, dirige el taller de crónica del Distrito capital y tiene una columna de opinión en el diario *El Tiempo*.



*Una ilusión más y me da un infarto.*

Helí Ramírez

**E**l 8 de septiembre de 2009, después de estar amarrado a un crucifijo durante ocho horas en la plazoleta de San Francisco, en el corazón de Bogotá, le dijeron al profesor Moncayo que debía desocupar la calle. No le dieron permiso de seguir clamando de esa manera por un acuerdo humanitario entre el gobierno de Colombia y las Farc. Y salió de allí a las ocho y media de la noche con un grupo de acompañantes, caminando por el penumbroso centro, en medio de una noche helada de media luna y de transeúntes urgidos de llegar a sus casas; la mayoría ignorantes de la tragedia humanitaria que vive el país, la mayoría con sus afanes tatuados en la cabeza, sin tiempo de ver noticias, sin tiempo para ver a un hombre con una cruz a cuestas, con las manos atadas por cadenas, que asume en silencio otra derrota más y no se da por vencido.

Mil doscientos kilómetros al sur, por allá en un pueblito llamado Sandoná, estará Estela Cabrera de Moncayo dictando sus clases de lengua castellana en el colegio Santo Tomás, tratando de hilar palabras para sus alumnos, pensando siempre, como dice ella, en su esposo, su hija Yuri Tatiana y, sobre todo, en Pablo Emilio, secuestrado por las Farc hace más de once años en el escarpado cerro de Patascoy, en Nariño.

La casa de la familia Moncayo Cabrera queda en el barrio Nuevo Mundo, en una pequeña colina desde donde se divisa buena parte de Sandoná. Fue construida con los años en un terreno de 70 metros cuadrados, tiene tres pisos y un sartal de lamentos enredados

en cada ladrillo y cada teja. En la pequeña sala de sillas Rimax hay un enorme cartel con la foto de Pablo Emilio, vestido de camuflado, con un gesto indiscutible de adolescente que contrasta con los galones que lo distinguían en ese entonces como cabo del Ejército colombiano, y que lo ubicaban en un bando de este conflicto armado de marras que padecemos los colombianos.

Ese cartel le imprime a todo el espacio un aire de templo sagrado, de esos en donde se lloran penas y se elevan plegarias para que todo vaya mejor, porque, en realidad, todo ha ido de mal en peor desde aquel 21 de diciembre de 1997.

Diez días antes el profesor Moncayo y su esposa Estela habían estado en el batallón Boyacá, hablando por microondas con Pablo Emilio, que estaba asignado a un batallón en el Cerro Patascoy. Ese día, el joven militar le dijo a su padre que le guardara el secreto para no preocupar a nadie, pero que había rumores de que la guerrilla se iba a tomar el cerro. A su madre, en cambio, la tranquilizó diciéndole que él era como las hienas, que así estuviera comiendo “M” siempre tendría una sonrisa.

Ese mismo día el profesor Moncayo le propuso a su hijo una coartada para que pudiera pasar navidad en casa. Dirían que Estelita, su madre, estaba enferma, conseguirían una certificación médica y todo listo: con seguridad le darían una licencia. —No padre —dijo Pablo Emilio—, yo soy la persona más importante aquí: me encomendaron el cuidado de estos equipos. Y si la guerrilla se quiere tomar este cerro, Dios no lo quiera, habrá un enfrentamiento, y no puedo dejar a mis compañeros solos. —Fueron las últimas palabras de viva voz que Pablo Emilio le dirigió a su padre.

El 24 de diciembre les avisaron que se habían tomado el cerro, y que había varios soldados muertos. No les dijeron más porque el Ejército aún no había llegado al lugar del ataque. Y es justo en ese momento, ese 24 de diciembre del 97, cuando comenzó el calvario para la familia Moncayo-Cabrera.

Hacia el 10 de enero el profesor Moncayo decidió ir por sus propios medios hacia el cerro. Sin saberlo, recorrió cuesta arriba el mismo camino que su hijo hizo cuesta abajo, descalzo como todos los rehenes. Se había convertido en un prisionero de las Farc.

En la laguna, un campesino le contó al profesor Moncayo que había ayudado a bajar cadáveres. Que todo era tan espantoso, que quedaron un sartal de piernas, brazos y cabezas sepultadas bajo los escombros. El " tenía la secreta esperanza de encontrar a su hijo escondido en algún lado de aquella imponente montaña, que da la bienvenida a las espesas selvas del Putumayo. Pero no hubo tal hallazgo. Tan sólo logró congelarse, y sintió rabia por las precarias condiciones de la base y por el alevé ataque guerrillero. También se llenó de pesadumbre y culpa porque de alguna manera él había tenido que ver con la decisión de Pablo Emilio; esa maldita decisión de hacer curso de suboficial.

¿Cómo rayos termina el hijo mayor de una pareja de profesores de humanidades como suboficial del Ejército de Colombia? Más que la convicción por defender la democracia, estuvo la escasez y la pobreza. Como tantos jóvenes colombianos, Pablo Emilio terminó su bachillerato y quedó en el limbo. El profesor Moncayo no era profesor de planta en ese entonces. Tenía 10 horas cátedra en un colegio, dictaba clases sábados y domingos en otra institución de bachillerato acelerado, enseñaba música y reparaba radios y televisores para ajustar su precaria economía. La situación era dura. Vivían en casa de los padres de Estela y tenían cuatro hijos.

—Le dije a Pablo Emilio: ¿por qué no haces un curso de suboficial? Vas a recibir un trato diferente al de soldado. Si te gusta, pues continúas, si no te gusta, pues espero recibir mi posgrado, ascender de categoría, estar de planta en un colegio, y así te podré pagar la universidad —cuenta el 'profe'.

Hoy en día el profesor defiende la objeción de conciencia como un mecanismo para evitar que gente inocente caiga en esta guerra, que nos tiene hasta el cuello. Y adonde va con su mensaje de paz y amor, promoviendo el acuerdo humanitario, tiene una nutrida audiencia y varios medios de comunicación pendientes de cualquier movimiento suyo. El profesor Moncayo es como una marca famosa como Coca-Cola o Pepsi. Y aunque es improbable que haya un colombiano que no sepa quién es "el Caminante de la paz", la historia no siempre ha sido así.

De Moncayo sabemos hace poco más de dos años, cuando comenzó a caminar y se robó la mirada de todos los medios masivos. Pero Pablo Emilio lleva casi 12 secuestrado. ¿Qué pasó durante esos diez años en que todos ignoramos que había un cabo del Ejército llamado Pablo Emilio Moncayo secuestrado? ¿Sabíamos acaso que los secuestrados tenían dolientes? ¿Que tenían padre, madre, hermanos y novia?

Fue el profesor Gustavo Moncayo quien comenzó buscando a los demás familiares de los secuestrados. Como podía viajaba a distintos municipios de Nariño, Cauca y Valle, para tomar fotografías, recoger cartas y buscar la manera de hacer llegar esos mensajes a sus parientes. Fue quien se encargó de juntarlos, de hacer un grupo. Y fue el primero que comenzó a llamar la atención de ciudadanos desprevenidos en la Plaza de Nariño, en Pasto. Se paraba solitario a enterar a todo el mundo de la tragedia humanitaria que tenían él y 520 familias de policías, soldados, suboficiales y oficiales del Ejército y la Policía. “¡Vivos se los llevaron, vivos los queremos!”, fue el grito de batalla que con el tiempo se convirtió en un estribillo vacío, una especie de letanía que recitan los familiares en las plazas públicas, escuchada por los ciudadanos desprevenidos como un rosario lejano, rezado por viejas plañideras.

La elección de Andrés Pastrana como presidente de Colombia en 1998 se recibió en la casa de los Moncayo como una buena noticia. La fotografía de uno de los asesores de Pastrana, sentado con ‘Tirofijo’ en “las montañas de Colombia” les hacía pensar que habría una negociación, un acercamiento, un intento de diálogo. Y lo hubo.

—Muchas personas me dicen que eso del Caguán fue un engaño —dice el ‘profe’, y luego se pregunta—: ¿Cuál engaño? La zona de distensión se hizo, en parte, para el intercambio humanitario. Y allá fueron liberados 370 soldados y policías. Los primeros 50 fueron intercambiados por 17 guerrilleros enfermos. Luego la guerrilla liberó a 320 soldados y policías unilateralmente. ¿Cuál engaño? Entonces para un colombiano ¿cuánto vale la vida de un ser humano? ¿Cuánto vale un policía, un soldado? Uno sólo que se hubiera liberado hubiera sido una ganancia total, y liberaron a 370 seres humanos que se estaban pudriendo en la selva. No veo el engaño.

Como es obvio suponer, el profesor Moncayo viajó cada vez que pudo al Caguán, a implorarle a las Farc que liberaran a su hijo. La mecánica de esos viajes era más o menos así: salían titulares en los medios anunciando que 25 embajadores irían al Caguán. Moncayo veía una oportunidad de hacer visible su problema y agarraba el televisor, la máquina de coser o cualquier otro electrodoméstico y, gracias a su buena reputación en el pueblo, conseguía que le prestaran dinero dejando estos cachivaches como prenda.

Muchos de estos viajes fueron de ayuno en ese entonces, sin dónde dormir ni qué comer. En servilletas escribía sus bitácoras: “con esta es la décimosexta vez que viajo al Caguán”. Cosas así que le mantenían la mente ocupada. Al mismo tiempo centenares de personas visitaban el Caguán en plan turístico, como quien va a hacer un tour: “venga y conozca a un guerrillero en persona”.

De esos viajes, todos sabemos, no consiguió nada. Salvo que, tiempo después, alguien puso a circular en redes de Internet como *Facebook* y *Youtube*, unas fotografías en donde aparece el ‘profe’ junto a ‘Tirofijo’. Y por esas fotografías ha sido tildado de guerrillero. Rabiosos foristas del periódico *El Tiempo* destilan veneno en Internet contra Moncayo, ignorando adrede que fueron muchas las personas que visitaron el Caguán. Además de los negociadores del gobierno, periodistas de todo el mundo, estudiantes, gente del común, extranjeros de todas partes querían ir a conocer a la guerrilla más antigua de América. ¿Cuál de todos aquellos visitantes hubiera despreciado una fotografía con ‘Tirofijo’, el guerrillero más viejo del mundo? Ahí estuvieron sonrientes, para la foto tanto los cacaos económicos como dirigentes políticos, entre otros.

Para entonces venía sonando con fuerza en el país un eslogan que sepultaría de alguna forma las esperanzas de recuperar a Pablo Emilio por las vías amables: “Mano dura, corazón grande”. Venía cabalgando de boca en boca –pisando duro, como dicen en Antioquia– la campaña a la presidencia de Álvaro Uribe Vélez. Era la consecuencia lógica de que los intentos de diálogo del gobierno Pastrana se estuvieran yendo al traste y de una especie de hastío que la opinión pública empezó a sentir por las Farc.

En alguna ocasión le preguntaron a Estela Cabrera de Moncayo si había votado por Uribe en las elecciones de 2002. Ella sonrió con ironía. Desde entonces sabía lo que traía enredado aquel eslogan.

—Ese eslogan privilegiaba las acciones militares y descartaba de tajo toda posibilidad de una salida política negociada al conflicto. La campaña de él era guerrerrista. ¿Cómo iba yo a votar por algo así, sabiendo que Pablo Emilio estaba secuestrado?

Porque un rescate militar es algo que ningún familiar quería ni quiere hoy en día. La lógica es simple: la vida de los secuestrados. Una respuesta militar evoca el intento de rescate de los magistrados de la Corte Suprema de Justicia en noviembre de 1985, cuando el M-19 se tomó el Palacio de Justicia. Ninguno sobrevivió. Un holocausto que Colombia no ha podido superar y que con el tiempo sigue arrojando revelaciones siniestras: desapariciones, torturas y ajusticiamientos por parte de los militares de entonces.

Así como la estrategia del gobierno cambió, la de los familiares de secuestrados también. Acuñaron un eslogan que hiciera contrapeso a las intenciones de Uribe: “Acuerdo humanitario ¡Ya!”

El ‘profe’ recuerda la frustración que sentía cuando viajaba a Bogotá para pedirle al gobierno que se decidiera a hacer un acuerdo humanitario. Pedía permiso en el colegio, empeñaba sus cosas y juntaba el dinero necesario para llegar hasta la Plaza de Bolívar. De todos modos, tenía que pedirle descuento a la flota, porque de otra manera no podría llegar.

—Y cuando el bus paraba para que comiéramos, yo agarraba un palillo para limpiarme los dientes porque ni para un tinto tenía. Era la imagen de Pablo Emilio en la selva la que me ayudaba a soportar el hambre y esas penurias —dice.

Cuando llegaba a Bogotá, se reunía con los demás familiares de secuestrados en la Plaza de Bolívar y gritaban durante horas: “¡Vivos se los llevaron y vivos los queremos!”. Cuando se acababa la marcha se devolvía para el terminal de transporte para viajar a Pasto; luego a Sandoná, y al colegio de nuevo.

La ecuación se le fue antojando inútil a Moncayo. Viajaba durante 59 horas de Sandoná a Pasto y de ahí a Bogotá, y luego, el regreso, todo para estar un par de horas en la Plaza de Bolívar. No se

justificaba. Nadie los veía. Nadie los oía. Nadie los entendía. Entonces, el día del padre, en junio de 2007, cuando su hijo estaba por cumplir diez años de secuestrado, el profesor Moncayo tomó la decisión de irse caminando para Bogotá.

En este punto se hace necesario ceder la palabra a Estela para que relate cómo fue la salida. Y que sea la madre, la esposa, la del silencio mediático, la que sostiene ese hogar en pie pese a tantas vicisitudes, quien nos cuente cómo ocurrió:

—Llegó de Bogotá después de la marcha con los profesores, y me dijo: —Me voy a Bogotá, Estela. —Yo le dije—: No, usted no aguanta eso. Piénselo. —Pero dijo—: Ya lo tengo decidido. Es que se están pudriendo en esa selva y no hacemos nada por ellos. Los plantones de la Plaza de Bolívar son de poquita gente todos los martes y no pasa nada. Y esos muchachos allá se están pudriendo. —Le dije—: Gustavo, por favor, en el camino hay peligros. No lo haga, por favor. —Le repetía que no lo hiciera, pero él dijo—: Salgo el día del padre, les diré a los medios de comunicación y me voy.

Llegó el día anunciado, el día del padre, cuando empezaría la marcha.

—Ese día le preparamos una comida. Mi hija le dijo: No nos haga eso, papá. —Estaba llorando. Todos estábamos tristes por esa decisión, sabíamos que teníamos que apoyarlo porque era su decisión. Y como familia sabíamos que tenía razón: los secuestrados estaban pudriéndose en la selva y alguien tenía que hacer algo. Y salió y se fue. Cuando ya había salido, Yuri dijo: —No, no dejo solo a mi papá, me voy con él.

Yuri empacó en su mochila un poco de ropa, y se fue a caminar también.

—Mi hermano y yo nos fuimos a verlos a Pasto el día lunes. A ver si habían llegado y cómo habían llegado, porque teníamos el alma en vilo. Y mi hermano, que los acompañó hasta arriba, hasta Chapultepec, llegó llorando. —Salieron solos —dijo—, solos por esa carretera.

—Ahí están en una foto —recuerda Estela.

Los medios registraron la noticia como registran tantas otras en Colombia: llenando el día a día y esperando que se esfumara como

la mayoría. Pero a los cinco días de caminata tuvieron que registrar el inicio de una avalancha que se cernía sobre Bogotá. Una avalancha de paz. Porque por cada vereda y municipio por donde el ‘profe’ pasaba, se adherían personas que lo acompañaban un buen trecho. Y la masa de gente fue creciendo, y la noticia se fue convirtiendo en un hito como ninguna otra en este país. Parecía una campaña libertadora. En todo Colombia se sabía que un hombre y su hija marchaban por el acuerdo humanitario. Y los pueblos se preparaban para recibirlos con el delirio con el que seguro recibieron al ejército libertador en su época.

No fueron pocas las propuestas que les hicieron al ‘profe’ y a Yuri, que pretendían capitalizar la caminata en otra dirección. En Sylvania, Cundinamarca, por ejemplo, les llegó un mensaje: había un señor de Villavicencio esperándolos con las escrituras de una finca en los Llanos, con casa y cabezas de ganado.

—Dígale a ese señor que gracias, pero que no estoy marchando por una casa ni por unas vacas. Estoy marchando por la liberación de los secuestrados, por el acuerdo humanitario —mandó a decir Moncayo.

Para Estela, nadie esperaba que el profesor Moncayo tuviera un discurso. Ni esa voluntad de hierro ni esa tozudez ni esa dignidad. —A lo mejor esperaban a un campesino que podría ser silenciado con una casa.

La llegada a Bogotá en agosto de 2007 fue apoteósica. La ciudad entera tuvo que prepararse para su llegada. La horda de gente que se fue adhiriendo en la ciudad rebasó las expectativas. Y los secuestrados por fin tuvieron un lugar en el corazón de los ciudadanos. “Acuerdo humanitario”, fue el grito de paz que cimbró los cimientos de la capital. Al llegar a la Plaza de Bolívar, la misma donde gritó muchas veces una consigna ignorada por transeúntes y políticos indolentes, esta vez fue recibido como un héroe. Todas las miradas estaban sobre él y los micrófonos nacionales y extranjeros se abrieron para escucharlo.

Muchos opinan que desaprovechó la oportunidad que tuvo de hablar frente a frente con el presidente Álvaro Uribe. Pero nadie sabe realmente lo que pasó en la carpa instalada en plena plaza, donde

se reunieron a solas Moncayo y Uribe, y que se convirtió por unos días en vivienda del profesor de Sandoná. De aquella conversación en todo caso no salió nada.

—El Presidente me dijo que nunca, óigase bien, ¡nunca!, iba a firmar el acuerdo humanitario —dice el ‘profe’.

Los detractores de Moncayo comenzaron una campaña para debilitar su imagen. El ‘profe’ dice que el presidente Uribe y el Ministro de Defensa presionaron al Gobernador de Nariño para que le anulara la licencia que le había dado el magisterio mientras hacía sus correrías. Comenzó a circular la fotografía de Moncayo junto a ‘Tirofijo’ por las redes de Internet. Se le abrió una investigación por presuntos nexos con la guerrilla. Y hasta se llegó a decir que Pablo Emilio no era hijo suyo, cosa que obligó a Estela a presentarles a las autoridades el registro civil y la partida de bautismo, para desmentir el rumor. —¿Qué más puedo pedirle yo a la vida? —se pregunta Estela con ironía—. La guerrilla tiene secuestrado a mi hijo, los paramilitares tienen amenazado a Gustavo, y el gobierno nos mandó a investigar por los permisos que nos daba el magisterio. ¿Qué más le puedo pedir?

El ‘profe’ Moncayo tuvo que renunciar al magisterio ese año y el cerco quedó completo. Se vio obligado a hipotecar la casa por 20 millones para continuar su lucha. Para fortuna suya, transitoria pero fortuna al fin de cuentas, le otorgaron el Premio Nacional de Paz. Un reconocimiento a su labor y, sobre todo, una legitimación de su lucha. De alguna manera ese reconocimiento blindó la seguridad del profesor Moncayo, de su hija y de su hogar en Sandoná.

No ha habido una semana desde entonces sin que el profesor Moncayo produzca una noticia. Ha recorrido 24 países y gran parte del territorio nacional. Ha dictado conferencias sobre el acuerdo humanitario en universidades y colegios. No ha cesado de caminar ni se ha quitado las cadenas. No ha dejado, tampoco, de enviar mensajes públicos al gobierno y a las Farc. Como el que envió desde Barranquilla el 6 de abril de 2009:

(...) el pasado 28 de febrero he emprendido una nueva marcha para llamar la atención del país y el mundo en torno a la necesidad de un intercambio humanitario que permita el

regreso de mi hijo Pablo Emilio y sus compañeros. Acompaño esta jornada con la propuesta de un referendo que ordene al gobierno hacer los arreglos necesarios para que cesen los más de once años de larga espera.

Ustedes en varias comunicaciones han dicho que la vida es una prioridad esencial y en estos días de reflexión por la Semana Santa, apelo a la caridad cristiana para que en un gesto unilateral consideren la posibilidad de poner fin al sufrimiento de muchas familias como la mía, anunciando la liberación de algunos cautivos, en los que aspiro esté mi hijo. (...).

Esta vez sus palabras tuvieron eco. Diez días después el ‘profe’ Moncayo recibió una llamada de la *W Radio* para avisarle que las Farc habían anunciado la liberación unilateral de su hijo Pablo Emilio. Eran las siete de la mañana y estaba en Sincelejo. La dicha fue total. Sus teléfonos colapsaron. Se armó tal algarabía que hasta hubo caravana de moto taxistas en esa ciudad y se armó una colecta pública para que Moncayo y sus dos acompañantes pudieran viajar de inmediato a Bogotá. La generosidad de los colombianos siempre ha estado a la orden del ‘profe’ Moncayo. A manos llenas recibe alojamiento, comida, transporte, a cambio de la semilla de esperanza que ha sembrado. Ese día, a las cuatro de la tarde, tomó un avión para la capital.

La senadora Piedad Córdoba dijo entonces que la liberación se produciría en menos de 30 días. El Alto Comisionado para la Paz, Frank Pearl, también dijo entonces que el gobierno estaba “totalmente dispuesto a facilitar y garantizar las condiciones para que Pablo Emilio pueda volver otra vez a su casa”. Han pasado cinco meses ya desde aquel comunicado y no ha pasado nada. Porque rojo, porque amarillo, porque grande o chiquito, porque patatí o patatá, porque fueque que fueque.

—A uno le parece insólita esa situación, como de humor negro, raya en lo macabro —dice Estela—. Porque el gobierno lleva más de once años pidiéndole a esa gente que los liberen, que los liberen; y ahora que las Farc ha dicho que van a liberar a dos secuestrados pero que tienen que estar presentes la senadora Piedad Córdoba y el profesor Moncayo, el gobierno no quiere. Yo no sé qué pensar de esa

situación —dice ella, con el dolor de once años y medio de ausencia metido el pecho, como un agujero negro.

Por esa posición del gobierno, inexplicable, Moncayo ha comenzado a cargar esa otra cruz. Ya no tiene a su hija Yuri Tatiana de acompañante. Por intermedio de Ingrid Betancourt, le dieron una beca para estudiar Ciencias políticas en Italia durante cuatro meses. Así que la familia Moncayo podría llamarse la familia Ausencia. El profesor, huésped de Colombia, se la pasa de casa en casa, de localidad en localidad, de pueblo en pueblo, lejos de Sandoná, de su esposa y sus hijas, de Pablo Emilio. Yuri Tatiana, huésped de Italia, lejos de su país, su padre, su madre, sus hermanas, de su hermano. Pablo Emilio, huésped a la fuerza de la selva, lejos de la libertad, de su familia y de su pueblo. La familia Ausencia es una familia de Odiseos.

Y Estela, como Penélope con su paciencia santa, teje y desteje su chal todas las noches esperando la llegada de todos sus héroes.

# CUADROS DE ESPERANZA EN SAN VICENTE DEL CAGUÁN

---

PILAR LOZANO\*

En medio de la coca, la violencia y la pobreza, la hermana Reina Amparo ha encontrado en los libros un camino de redención para los niños y jóvenes que viven en la convulsa zona del Caguán. Su persistente labor se ha convertido en un oasis de reconciliación en una región donde todavía truenan a diario los tambores de guerra.

---

\* Reportera y cronista de prensa, radio y televisión desde 1971. Entre otros, ha trabajado para *El Tiempo* (1977), la *Revista Diners* (1976-1990); *Caracol Radio*, en los programas "Las reporteras" y "Llegaron las mujeres" (1980-1982); el *Noticiero Promec* (1983-1984) y durante tres años, entre diciembre de 1992 y diciembre de 1995, en el Departamento Latinoamericano de la *Deutsche Welle*, Bonn (Alemania). Desde 1987 hasta la fecha (con una interrupción durante su estadía en Alemania), ha sido corresponsal en Colombia del diario *El País*. Es escritora de libros infantiles como: *Socaire y el Capitán Loco*, *La estrella que le perdió el miedo a la noche*, *Colombia, mi abuelo y yo*, *José María Villa: El violinista de los puentes colgantes*, *Los hijos de la lluvia*, *La hormiga que quiso acaparar el agua*, *Los que abrieron caminos en el cielo*, *La paloma despistada y la sardina mensajera*, *Los disparates de Ana y Mateo*. También ha publicado *La guerra no es un juego de niños*, *Historias y lugares: ¿Por qué las estrellas no se caen y el mundo es como es?* y *El Hombre y su cultura*, los dos últimos en coautoría con Santiago Suárez. Ha participado en varias antologías y ha ganado en dos ocasiones las becas de creación del Ministerio de Cultura. Ha ganado el premio Simón Bolívar en dos ocasiones y el premio Julio Chaparro. También el premio Vida y obra al mérito periodístico CPB.



## A MANERA DE INTRODUCCIÓN

 Puede un libro alejar a un niño de la guerra? El obispo Francisco Javier Múnera responde sin dudar, como si lo tuviera claro hace mucho: “Una pluma, un lápiz o un libro de cuentos desarman sentimientos y modelos violentos”. A la profesora Abneris la sorprende el interrogante. Apoya el codo sobre la mesa, se toma su tiempo: “No sé; no podría afirmarlo, pero sí creo que es una excelente estrategia de prevención”. Y Ana, una joven que ha visto a varias de sus amigas irse para ‘allá’, engañadas con artimañas, no titubea: “Los aleja de la violencia, no les da tiempo para travesuras”.

Los tres viven en San Vicente del Caguán, pueblo ganadero construido por colonos en las selvas del Caquetá a comienzos del siglo XX, poblado después por desplazados de diferentes violencias. Es uno de los sitios ‘históricos’ de las Farc. Allí sigue siendo opción normal echarse un fusil al hombro e irse para la guerra, y los niños saben remedar muy bien el sonido de las armas: ¡tra ta tatatata!, ¡pum pum pum!

En este municipio, hace 12 años, la hermana Reina Amparo Restrepo y Beatriz Loaiza –las dos profesoras– decidieron reunir niños desde los cuatro años, durante dos o tres horas los sábados o domingos en casas de familia, y llevarles como maestros a estudiantes de décimo grado, cargados con un morral repleto de cuentos. Son los guías de ese tiempo que pasa volando, leyendo en voz alta, dramatizando lo leído, pintando lo escuchado, jugando con las palabras para inventar fábulas o simpáticos disparates: Un día me quedé dormida mirando las estrellas, de pronto ví una luz haciendo maromas en el cielo.

Y bautizaron la idea: *Círculo de Lectura Infantil y Juvenil*. Todo partió de una conjetura: “Un niño que tome en sus manos un libro, es menos probable que después empuñe un arma”. —¿Quién no conoce aquí el proyecto, si todos los fines de semana vemos ese montón de pelados con las camisetas con un niño estampado sentado sobre una pila de libros y leyendo, que van felices al encuentro? —pregunta Abneris. Jenny asistió por primera vez a los seis años y de la mano de su mamá; hoy, con 14, es guía. —He aprendido a leer, a escribir, a imaginarme cosas, a tener un mundo diferente... —dice con su voz suave que suena a susurro. Una risa sin ruido le dibuja dos coquetos hoyuelos en las mejillas.

## CUADRO NÚMERO UNO

El barrio 20 de Julio es uno de los más antiguos de San Vicente. Creció encaramado en la loma, justo detrás del parque, la catedral y la alcaldía; desde algunas ventanas se ve la parte plana del pueblo; desde otras, las perezosas aguas del río Caguán. Las casas son pequeñas, de techos bajos, tanto que sirven para extender al sol la ropa cuando se acumula lo sucio por falta de agua y las cuerdas que cruzan las fachadas no alcanzan.

—¡Profe Jenny! —gritan los chiquillos cuando ven pasar a la guía. —Me quieren —dice ella inflada de orgullo—. Juego con ellos como una niña —explica, como si fuera muy grande—. Me motivan a luchar, a seguir adelante, a no enredarme en obstáculos. Y lo dice con el peso que da hablar de realidades: en una vida tan corta, ha sorteado ya dificultades como montañas. Prepara este encuentro semanal como la más importante de sus tareas escolares; jamás improvisa. Luego registra en un diario todo lo que hizo con los 35 niños y jóvenes que normalmente asisten.

“Como siempre, empezamos con la oración por la paz, hicimos una dinámica de presentación y les dejé tarea: un dibujo sobre cómo hacer el bien. Luego fuimos al parque a jugar fútbol...”, se lee en su letra redonda, pulcra. “Hoy resolvimos una sopa de letras; hablamos de la reconciliación y leímos la parábola del padre que recupera a su hijo... Elaboramos unos cuentos y leímos recortes de una revista, al

final jugamos bingo; la pasamos muy bien”, dice el diario que guarda con celo en su cuarto al lado de sus muñecos de peluche. En el mismo cuarto, pequeño, duermen su hermano y sus padres.

La casa está en una calle ciega que termina en la puerta de atrás de la sede episcopal. El combo del Círculo se tomó este espacio. Al medio día, cuando los mayores se refrescan acostándose en los pisos de cemento de sus casas, ellos juegan descalzos a la pelota. Y desde hace unos meses, en la noche, la calle es el escenario donde ensayan los bailes que presentarán en el Centro Literario, especie de sesión solemne que reúne, en noviembre, a todos los integrantes del programa.

Son las siete de la noche. Jenny coloca sobre una banca, al lado de la reja de la ventana, una grabadora y se acomoda sobre el pantalón una de las cuatro faldas de vuelos, hechas a la carreras por su madre con sábanas viejas. Se planta en la mitad de la calzada, echa el cuerpo hacia atrás, levanta con gracia la falda casi hasta la rodilla e invita a sus alumnos, que la miran sin pestañear, a imitarla: —Esta es la postura del Sanjuanero. —Lo hace con soltura, como si ella, un día, hubiera recibido las mismas pautas de una maestra. Los hace ir y venir, les enseña a levantar la cabeza con elegancia, como si tuvieran ojos críticos de cientos de espectadores sobre ellos.

Jenny, Magnolia, Paola, Mauricio, Liliana... bailan en medio de una algarabía que se enreda en la música. No hay faldas para todas; se las turnan. Cambian de ritmo: cumbia, mapalé, joropo. No les alcanza la noche. Nadie adivina en sus caras sus pequeñas tragedias: la grave enfermedad de una de ellas, el vacío por varios padres ausentes, el hambre que aguantan. Hablan de ilusiones. La más próxima, ser un grupo de baile de verdad, tener el vestuario completo, presentarse en muchos escenarios. Los más lejanos, cuando sean grandes: Mauricio, de cara redonda y pálida, se ve convertido en un destacado gestor cultural; Jenny, como diseñadora gráfica... y así.

¿Son constructores de paz, como reza el lema del proyecto? El Obispo, espectador esa noche de ensayo, soltó en frases cortas su respuesta: —El arte desarma espíritus y va transformando, poco a poco, el entorno familiar, permea lo cotidiano; es como traer hadas, inspiración, donde sólo hay gritos, música estridente.

La madre de Jenny también responde. —Sí, les inculcan valores; es un hecho palpable. Dejan a un lado el egoísmo, la envidia. Ella misma fue guía —como requisito del bachillerato semipresencial— y ha estado al lado de sus hijos, cuando les ha tocado el turno, ayudando, dando ideas, leyendo fábulas que ella inventa. —Es un espacio para integrarse, para despertar la creatividad, un lugar para el desahogo. En otros barrios la respuesta de las madres es la misma. Los Círculos han servido para que los niños “boten la pena”, para la integración familiar —compartir lecturas sirve para que la charla fluya en la mesa—, hasta para suavizar padres agresivos. Una madre que le prohibía a su hijo ir al encuentro porque le parecía una pérdida de tiempo, fue a buscarlo un día con la idea de sacarlo de las orejas. Pero quedó atrapada en la magia de los cuentos.

#### CUADRO NÚMERO DOS

A la hermana Reina Amparo la llaman “la monja voladora”, porque el velo de su hábito blanco vuela con el viento cuando revolotea en su moto, por las desbaratadas calles de San Vicente. Nació en las montañas de Antioquia en una familia de doce hermanos. Su comunidad —Misioneras de La Consolata— la destinó a este rincón del Caquetá en 1996. Al llegar había cinco o seis asesinatos por semana. Jóvenes y niños veían en las armas una opción de vida. Frente a la casa misional y en el callejón del lado, los veía jugar con pistolas de fulminantes: unos eran guerrilleros, otros policías. —¡Cáigase, ya lo maté! —gritaban. Y el que hacía de segundo del comandante llegaba a cobrar por la libertad de un secuestrado. ¿Cómo desarmar sus mentes y sus corazones? —Para un mañana mejor, se debe desarmar al niño de hoy —fue la respuesta que encontró. Organizó jornadas de desarme, con el apoyo de profesores y del comercio. El más grande fue el 31 octubre de 1997. Los pequeños entregaban su arma y en la entrada del salón parroquial recibían a cambio un libro.

Liliana acudió a la cita a regañadientes, obligada por su padre. —Jugábamos con los vecinos a soldados y guerrilla, era chévere. Nosotros éramos el ejército porque teníamos mejores armas, bonitas, de madera, las hacían mis hermanos. Papá nos regañaba: “¿Cómo se

les ocurre matarse entre hermanos?”. Hoy Liliana piensa diferente: —Esos juguetes bélicos influyen en la guerra del país; desde niño se crea la mentalidad de combatir con el contrincante. Lo dice con una seguridad rara para sus 16 años marcados en su cara con molestos granos de adolescente.

—No podemos desarmarlos y dejarlos con las manos vacías —pensó entonces la monja. Por la emisora comunitaria los invitó a leer, en la casa de la misión, el sábado en la tarde. Acondicionó a la carrera un salón que usaban como depósito de todo tipo de chécheres. Lo adornó con letreros que pegó en las paredes: “El libro nos enseña”, “El libro es un amigo que te hace compañía”. Llegó sólo un niño: Ricardo. Leyó una y otra vez *El profeta gruñón*, y al final pintó lo que más le había llamado la atención. Ricardo se fue con la promesa de regresar con amigos. Al quinto encuentro ya eran 22 los devoradores de cuentos reunidos en esta casa de un piso con todos los cuartos alrededor de un patio angosto y lleno de flores.

Pronto dio un saltó más: ¿por qué los muchachos que realizan trabajo social en los últimos años de bachillerato no se dedican a llevar los libros a los barrios? Ahí entró en escena Beatriz Loaiza, encargada de trabajo social y docente de español del Dante Alighieri, un colegio, en ese momento, del Vicariato. Con apenas 25 libros armaron bibliotecas viajeras que iban de barrio en barrio en moto, a pie o en bicicleta. Funcionaban como carreras de relevos: bajaban los promotores de un barrio y ya otra pareja de estudiantes estaba esperando para salir a otro punto del pueblo. Poco a poco les fueron dando entrada a las casas.

En esas estaba el proyecto cuando San Vicente se convirtió en uno de los cinco municipios despejados por el gobierno para servir de escenario a los diálogos de paz con las Farc. En realidad, fue el epicentro de este experimento que duró tres años. El pueblo se llenó de guerrilleras bien maquilladas, con sus uniformes impecables, coquetas; de guerrilleros crecidos con sus uniformes y su armamento como recién estrenado. Andaban como Pedro por su casa: entraban a la hora del recreo a los colegios, eran invitados sin tarjeta a cuanta reunión se organizara...

Despertaron tentaciones: adolescentes de 14 ó 15 años corrieron detrás de sus enamorados. Después tocó ir a ‘rescatarlas’ al monte, a los campamentos guerrilleros. Un pelado de noveno grado, un buen alumno al que le daban tremendas muendas en la casa, puso a temblar al papá cuando se le apareció de camuflado. Muchos padres, a las carreras, sacaron a sus hijos del colegio porque los vieron inquietos, como con ganas de emular a esos personajes que de un día para otro lo invadieron todo.

—Los niños quedaron desprotegidos; los Círculos fueron la tabla de salvación. Leer fue darles otra forma de mirar la vida —afirma una persona vinculada en esa época con la alcaldía. La desconfianza e indiferencia con la que se miró en un comienzo a la monja, cambiaron por admiración. Le reconocieron su tenacidad, el hecho de no haber dado su brazo a torcer y crear un espacio para “su cuento”. Una entrevista radial se convirtió en la puerta por la que llegaron montones de ayudas: cajas de libros de distintas editoriales y hasta camisetas aportadas por el reinado nacional de belleza.

El gobierno regaló morrales y se repartieron repletos de colores, papel y lápices en noviembre del 99, luego de una gran marcha por la paz.

—Era una alternativa diferente, un oasis en medio de una tensión grande —dice la monja para explicar por qué en estos años se multiplicaron los Círculos y recibieron tanto apoyo a nivel local y nacional.

### CUADRO NÚMERO TRES

El eco del proyecto llegó a las veredas a través de la radio. Organizaron varios grupos, llevaron morrales, camisetas y libros. Hoy, el trabajo en el campo continúa, pero ni la hermana, ni Beatriz, han vuelto a visitarlos. Los libros siguen allí, han viajado, en muchos casos, en la maleta de los maestros cuando son trasladados de vereda.

La situación de San Vicente es complicada. Es, como dice un viejo habitante, un “municipio de manejo”. Hay mucho ejército, mucha policía, pero, como reza la excusa más trillada, “más de 30 años de presencia de las Farc son duros de contrarrestar”. Ni los dueños

de los tenderetes escapan de pagar el impuesto “revolucionario”. Once de los 15 concejales y dos secretarios de la alcaldía viven protegidos en una misma cuadra, en un anillo de seguridad con retenes y trincheras en todas las esquinas. Los tienen amenazados. El acecho es permanente y se agranda con cada voladura de un puente, de una torre de energía y en los paros armados cuando por las carreteras se viaja “a riesgo”, es decir, sin el visto bueno de las trasportadoras. La gobernabilidad es débil, la tensión entre lo rural y lo urbano parece incontrolable.

En el campo, que sigue siendo espacio natural de la guerrilla, es muy fuerte la presión por el reclutamiento. Lo afirma el Obispo. Más de diez años en la zona dan peso a sus palabras. Para algunos campesinos es una obligación, una especie de servicio militar obligatorio. —Los que no están muy condicionados prefieren desplazarse para luchar por sus hijos —afirma.

Y los que llegan —el desplazamiento se mueve también al vaivén de las fumigaciones en la zona— han formado zonas marginales en pequeñas colinas a las afueras. Barrios donde las casas de tablas se mezclan con lotes vacíos; donde casi en cada esquina hay una tienda con escaparates a medio llenar; barriadas donde las matas de plátano crecen al lado de flores de jardín.

Al fondo, más allá del desorden, se ve, como un croquis, el perfil de los picos de la Cordillera Oriental. Allí vive María, en una casa de piso de cemento quebrado; se nota que fue hecha de afán. En el salón, al lado de una nevera oxidada, se reúnen los niños del Círculo los sábados en la mañana. María se acurruca a un lado a escuchar a los pequeños leer en voz alta, jugar a ser personajes de cuento o escritores. No sabe leer. —No tengo estudio, pero no me dejo robar —dice en medio de remilgos.

Es desplazada. Su hijo mayor, de 12 años, tuvo problemas con “la otra gente”. Estudiaba en la escuela a hora y media de camino, y en ese trecho le calentaban el oído los guerrilleros: que se fuera con ellos, que le pagaban, que le ayudaban a la familia... —Cogí los chiros y nos vinimos. Si él se va, se me pierde —confiesa. Como hay que salir “callado”, echó mano sólo a cinco gallinas y unas papayas. Añora el campo, las cuatro vacas que dejó abandonadas, pero no piensa regre-

sar. —No quiero, los jóvenes se dejan engañar con nada. Vive con sus cinco hijos y el marido que hoy se busca la vida jornaleando.

#### CUADRO NÚMERO CUATRO

—Nunca pensé que fuera a ser maestro; pero ahora me miro de profesor y me gusta —dice Mateo, un joven de décimo grado que todos los sábados dirige, junto a su compañera de salón, Nataly, el Círculo de Lectores en un barrio de casas iguales habitado en su mayoría por profesores. Se les nota enamorados de la idea de jugar en serio a ser maestros y le han sacado jugo a las tres horas de entrenamiento semanal para enfrentar este reto. Beatriz es la encargada. Les enseña pequeños trucos pedagógicos: dinámicas de grupo, los secretos de la lectura en voz alta, el desarrollo de la creatividad, el vínculo entre lo pedagógico y lo lúdico.

Beatriz es de esas mujeres que asumen la docencia como apostolado: una oportunidad para cambiar vidas, para sembrar valores. Nació en las montañas de Caldas. Estudió Filosofía y Letras y su tesis —un paralelo entre el concepto de libertad en Nietzsche y en Vargas Vila— obtuvo un puntaje tan alto que resultó becada para viajar a Alemania... pero no fue; se quedó a trabajar y ayudar a su familia. Y le salió un reemplazo de tres meses para ser profesora de español en el Dante Alighieri. De eso hace ya 21 años. —Porque aquí soy útil —contesta sin titubear cuando se le pregunta la razón para alargar tanto su estancia.

—Aquí existía una sola mirada: irse a la guerrilla, al ejército, de cocaleros o a ayudar a los padres en la finca... —comenta. No olvida, por ejemplo, a un estudiante de 12 años que no se desprendía nunca de su bolso y vivía rodeado de un grupo de compañeros. —¿Usted para qué se friega tanto? Yo ganó más que usted —le escupía cada vez que podía. En el bolso cargaba un millón de pesos, sus compañeros hacían las veces de guardaespaldas.

—Encontré personas ávidas de afecto, de ser aceptadas, queridas, se sentían los olvidados del país, los habitantes de la 'otra Colombia' —asegura, haciendo un retrato de lo que encontró a su llegada. Cuando apareció la hermana Reina Amparo con su idea, ella

trabajaba un proyecto de lecto-escritura: La magia de la palabra, lazo de amistad. Los planes encajaron fácil. A las dos les preocupaba la soledad, la desesperanza, la falta de espacios lúdicos, de empleo, que empujaban a niños y jóvenes a la violencia, al alcohol, a los billares desde los 8 años.

Beatriz se siente culpable si uno de sus alumnos falla. Se cuestiona todo el tiempo: como educadora, ¿qué estoy haciendo? Por eso pone todo su empeño en la formación de los guías.

A Derly Johana lo que más le gustó del entrenamiento fue descubrir que se puede oler, sentir, oír, tocar de otra manera, más intensa. Como se enseñaría en cualquier taller de formación de escritores: sin dejar escapar nada de lo que se tiene cerca. El mismo día que se lo escuchó a Beatriz, salió corriendo a mirar con otros ojos los árboles, las hojas, registrando colores y formas. —No todos los verdes son iguales, hay unos más biches; hay ramas lisas, otras afelpadas —dice pavoneándose de un hallazgo que compartió de inmediato con sus alumnos, y echa hacia atrás la silla plástica en la que está sentada hasta recostarla en un árbol, soporte de las latas que hacen de techo en la casa de madera y desechos donde viven su mamá y hermanos. Ella, madre de un niño de dos años, vive en un lugar donde le pagan algo por oficios domésticos y le dejan tiempo para estudiar.

—Si uno observa detenidamente la naturaleza, le encuentra sentido a la vida. Saber vivir es bueno —afirma con un aplomo mayor que sus 18 años. Para esta joven mamá, de ojos achicados, como si le molestara la luz, la última frase significa no dejarse dañar con los vicios, no buscar problemas con otras personas, valorarse como ser humano, meterle ganas a lo que se hace. Le preocupa ver a jóvenes de su edad buscando los lugares más oscuros para meter droga.

## CUADRO NÚMERO CINCO

La relación de las veredas con el proyecto no está rota; se mantiene a través de los campesinos que bajan al pueblo a mercar o a estudiar. Unos de los últimos en tocar a la puerta de la hermana Reina Amparo fueron Pedro y John Edwin, de 16 y 17 años. Entre semana son campesinos que siembran tomate y fríjol, en una vereda

a tres horas del pueblo donde hay muchos niños y pocos libros. Los viernes “bajan” y se convierten en estudiantes de bachillerato.

Conocieron el programa porque su padre fue guía hace años. Ahora quieren reemplazarlo. —Imagino que sólo irán unos pocos y lo tomarán como una burla; son recocheros —dice con picardía John, el más vivaracho. Ya ideó una estrategia: reuniones con los padres en la escuela, empapelar el caserío con avisos anunciando las actividades. —Para tener más fuerza necesitamos más elementos —afirma, mientras hojea una edición rústica de *La bella durmiente*. Su hermano, de ojos pequeños y escrutadores, lo escucha mientras esculca uno de los muchos bolsillos adornados con bordados de su pantalón nuevo.

La hermana los atiende en el antiguo salón de chécheres de la casa de la comunidad, convertido hoy en una biblioteca de paredes tapizadas con dibujos elaborados por los niños en estos 12 años. Del techo cuelga una inmensa cometa con forma de corazón y una mariposa en el centro. En ella, escritos con letras distintas: “quiero ser piloto”, “quiero ser médico”, “quiero ser policía”, “quiero ser modelo”, “quiero ser futbolista”, “quiero ser enfermera”, “quiero...”. Fue el resultado del trabajo en 2006. Todos los años se elige un tema de reflexión. En esa ocasión, se dedicaron a pensar y recrear sueños. Por eso las cometas para elevarlos y darles la dimensión de realizables. —El hilo de la cometa es la voluntad —les dijo la misionera.

En esta biblioteca está el registro de la historia del proyecto, los nombres de los 10 mil niños y jóvenes que han vivido la experiencia, y aparece reseñada la visita de Martha Lucía, otra habitante de vereda. Llegó en busca de material para llevarlo a un paraje, a dos horas en carro y casi una a pie. Ya canceló el valor de las camisetas —dos mil pesos cada una— con dinero que consiguió a punta de rifas. “No todo puede ser regalado”, es el pensar de las autoras del proyecto. Y tiene su lógica: —Si pagan algo, sienten que el programa es de ellos. Martha ya llevó canciones folclóricas para ensayar bailes, el morral con la biblioteca básica: *El gato con botas*, *El sastrecillo valiente*, *Caperucita Roja*, *Pulgarcito*, *Aladino y la lámpara maravillosa...* en total 30 cuentos, y las nueve cartillas publicadas con los trabajos de los pequeños en estos años. “*En un bosque muy bonito donde había un hermoso manantial,*

*habitaba el turpial y muchos animalitos como el paujil, el tente, la pava, el urraco, llamado también gallito de monte...”, escribió en una de ellas Farid Tafur, de la vereda La Ilusión.*

—Sería mejor que en las veredas no hubiera tanta zozobra para estar más pendientes de ellos —lamenta la hermana. Ella también vivió y estudió en el campo, en una escuela a dos horas de la casa. En esa época, un día iban las niñas y otro los niños.

## CUADRO NÚMERO SEIS

Durante un año, Abneris subió a diario a una de las lomas por las que se ha ido extendiendo San Vicente del Caguán para llegar a un centro comunal que hacía las veces de escuela, en uno de los barrios donde han encontrado refugio los desplazados. Ningún profesor quería estar allí por lo inhóspito, por el barro que hace riesgoso caminar con los aguaceros de invierno. Eran tres salones en los que se colaba la lluvia, el viento. Los alumnos llegaban descalzos, con el único cuaderno emparamado, cuando se desplomaba el cielo en aguaceros interminables, pues no tenían ni una bolsa con qué protegerlos. Muchos iban a la escuela a descansar después de su jornada de niños trabajadores, vendiendo arepas o empanadas en la madrugada.

Le tocó segundo, pero los alumnos no estaban preparados para el nivel. —¿Qué leyeron en la casa? —les preguntaba. El silencio era la única respuesta. Decidió entonces invitar a practicar la lectura, a los más quedados, después de clase. —Traigan qué leer —les pidió—, un pedazo de periódico, lo que sea. Sólo una niña apareció con el encargo: un folleto de invitación a ingresar al ejército. Los demás llegaron sin nada. —Profe, es que no tenemos qué leer —confesó, por fin, con la cara llena de culpas, el alumno menos tímido.

—Me di cuenta de que estaba sembrando en tierra estéril; en mi cabeza no cabía que no tuvieran al menos una revista —afirma, reconociendo su error, en medio de una sonrisa juguetona, esta profe que no esconde su amor por su oficio. Abneris bajó a buscar cuentos en los almacenes del centro, cuatro cuerdas atestadas de jeeps y tiendas, donde se exhiben colgadas capas para la lluvia, sillas para montar, machetes y baldes. Estando en esas se acordó de los Círculos

de Lectura. Golpeó en la casa de las hermanas y salió con la cartilla número seis, que recoge los trabajos elaborados en el 2003 sobre Colombia, debajo del brazo. —Con esa cartilla aprendieron a leer de corrido, a releer para motivar la comprensión —afirma. Memorizaron trovas y crearon nuevas, sintieron ganas de pintar, de disfrazarse y representar sus propias creaciones.

Algo tienen muy claro Beatriz y la misionera: para recuperar ilusiones y subir la autoestima es indispensable construir identidad, formar parte de algo, controlar el entorno, buscar raíces. Han invitado a niños y jóvenes a hurgar en la historia del país, del departamento, del barrio, de la escuela, de la familia; los han motivado a sentarse a hablar con los abuelos, a profundizar en el concepto de municipio.

En 2005 celebraron de manera singular los 400 años de *El Quijote*: se convirtieron en “Caballeros andantes de San Vicente del Caguán”. Salieron en busca de “una nueva realidad”. El trabajo les valió el premio Santillana que llevó a Beatriz Loaiza a España.

Abneris reconoce, como otros muchos profesores, que en un salón de clase se nota al rompe quiénes han vivido esta experiencia. —Les va mejor en el colegio, se destacan en habilidades lectoras, tienen más destrezas en comprensión, cogen las cosas al vuelo, defienden ideas distintas en medio de la creencia de que lo que vale es el dinero, no el esfuerzo, asegura. Angelica, la nueva profesora de filosofía del Dante, notó algo especial en los alumnos que ya fueron guías: —Creo que el trato con los más pequeños los madura, los aterriza.

## CUADRO NÚMERO SIETE

Cristian, de 22 años y figura de Cristo de película, conoció de cerca los Círculos de Lectura cuando tenía 12 años. Por esa época —en plena zona de distensión— andaba con una cámara al hombro, pues era ‘reporterito’ de un programa donde se retrataba el día a día de San Vicente para una productora que creó su padre en medio de la confusión de ‘leyes’ que se vivió en esos tres años de frustrados diálogos. Hoy quiere renacer esa forma de hacer periodismo con un proyecto que, como él mismo lo dice, es el “hijo pequeño” de los Círculos de Lectores: el Círculo de Comunicaciones Infantil y Juvenil. Nació en

un encuentro casual, en el parque, con la hermana Reina Amparo: —Quiero montar una escuela de radio y televisión —le confesó ella. —Es mi sueño, pero sólo he pensado en la televisión —respondió él. Y sin pérdida de tiempo pusieron manos a la obra.

Hoy son diez pelados con unas ganas inmensas de aprender, que se reúnen sábados y domingos a descubrir los secretos de las cámaras, de los equipos de edición, los trucos para preguntar, escribir y hablar sin temor ante un micrófono. —El periodismo es el cuarto poder, ¿verdad? —pregunta Cristian a sus alumnos. Y cuando todos asienten con la cabeza, suelta una frase que golpea: —Lo que van a tener aquí es un poder más grande que el de las armas.

Tiene una certeza: el arte enseña a quitarle la importancia a la violencia. Por eso defiende con tesón una idea: el periodismo, cuando hace tanto eco a las bombas, a los atentados, hace daño. No desconoce que San Vicente está signado por la violencia —en sus recuerdos de niño se ve muchas veces tirado en el piso con un colchón encima para protegerse de balas y bombas— pero de ahí a tacharlos a todos de guerrilleros... Aún le duele lo que le ocurrió en Cali hace un tiempo: cuando confesó de dónde era, una mirada escrutadora y cargada de desprecio lo recorrió de la punta del pie hasta la coronilla.

La nueva generación de periodistas, como ellos se llaman, montaron una página web, *Soy del Caguán*, que tendrá de todo: historia, cultura, humor... Quieren mostrar las cosas que jamás se cuentan de su pueblo: su historia, el porqué de los monumentos del hacha, el de los colonos, la historia del yariseño, un baile con pasos revueltos de sanjuanero y joropo llanero.

Los integrantes de los dos círculos se encuentran los sábados en un programa radial con nombre extravagante: Cultivando una flor exótica sobre el sentido de la gratitud. La hermana Reina Amparo, su creadora, se ríe al aceptar lo extraño del nombre; lo defiende: —Aquí nadie daba las gracias —explica. Pero un día escuchó a alguien agradecer porque le habían agradecido un favor y cuando decidió montar el programa, no dudó en el nombre. Los sábados, en la emisora del Vicariato, *Ecos del Caguán*, los niños del Círculo hacen turno para leer sus escritos; los aprendices de periodistas, con sus camisetas negras —con un micrófono blanco pintado en el centro y la leyenda,

‘Soy periodista’—, manejan frente a los micrófonos el programa de una hora. El tiempo, como en los círculos, vuela: el entusiasmo es contagioso.

## Y LA ÑAPA...

En el 2007 este proyecto fue uno de los ganadores del Premio Nacional de Paz. Para sus promotoras significó un incentivo, una nueva responsabilidad, una palmada en el hombro que les dice que vale la pena seguir luchando, una oportunidad de conocer otros trabajos que, como el de ellas, se hacen sin mucho ruido. Una puerta por la que han llegado nuevos apoyos —la Alcaldía les destina desde entonces 10 millones de pesos del presupuesto anual— que les ha permitido nuevos logros: una cartilla, dirigida a maestros, para que ellos repliquen la metodología de esta experiencia en sus escuelas, y llevar profesores de teatro a los Círculos.

La hermana, una insaciable fábrica de ideas, sigue identificando nuevos proyectos para meterles el hombro. Quiere ser una “apoyadora” de sueños. El último embeleco es un Círculo de Creaciones Didácticas. —Debemos unimos, darnos la mano, separados no hacemos nada —dice convencida—. Si hacemos que el niño se supere, pero dejamos que el joven se dé contra el muro, no hacemos nada.

Y le preocupa su salud, qué pasará con el proyecto cuando se ausente. Por eso cada día delega más en el colegio Dante. A Beatriz la angustia lo mismo. Igual que la hermana Reina Amparo tiene serios problemas de salud. —Me enfermó la violencia —admite. Tomas guerrilleras, atentados, coches bomba, disparos, carreras, le destrozaron los nervios. —Me dolería dejar esto —confiesa, mientras revolotea por su diminuto apartamento. Se queda en silencio y suelta una frase que parece darle consuelo: —Pero este proyecto se puede abrir donde vaya... Le sobra razón: hay tantos sitios con guerra y sin libros en Colombia...

# EL ENFERMERO DE LOS SECUESTRADOS

---

ALBERTO SALCEDO RAMOS\*

En julio de 2008 la Operación Jaque les devolvió la libertad a 15 secuestrados. Ese día se supo que Íngrid Betancourt había logrado sobrevivir gracias al cabo del ejército William Pérez, quien se convirtió en su enfermero y le devolvió las ganas de vivir, cuando ya prácticamente había perdido las esperanzas. Pérez se convirtió en un símbolo de la solidaridad humana en medio de la adversidad, y también del valor de la libertad, por eso ese año recibió, junto a Herbin Hoyos, el Premio Nacional de Paz.

---

\* Autor de los siguientes libros: *El oro y la oscuridad*, *La vida gloriosa y trágica de Kid Pambelé*, *De un hombre obligado a levantarse con el pie derecho*, *Diez juglares en su patio* y *Manual de géneros periodísticos* (este último en calidad de coautor). Crónicas suyas han sido incluidas en los siguientes libros: *Citizens of Fear* (Universidad de Rutgers); *Crónicas latinoamericanas: periodismo al límite* (Universidad San Judas, Costa Rica); *Historia de una mujer bomba y otras crónicas de América Latina* (Universidad Adolfo Ibáñez, Chile); *Lo mejor del periodismo de América Latina* (Fondo de Cultura Económica, México); *Antología de grandes crónicas colombianas* (Aguilar); *Antología de grandes reportajes colombianos* (Aguilar); *Años de fuego. Grandes reportajes de la última década* (Planeta), *Amores* (Spotlight Verlag, Alemania). Ganador de, entre otras, las siguientes distinciones: Premio de Periodismo Rey de España, Premio a la Excelencia de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar (en cuatro ocasiones); Premio al Mejor Libro de Perio-



## DE HAMBRUNAS Y BANQUETES

**M**ientras rebana con el cuchillo su porción de chivo guisado, el sargento William Pérez Medina me informa que por estos días come con la voracidad de un camionero. Es algo irónico, añade, porque durante la mayor parte de los diez años y cuatro meses que permaneció en poder de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), fue una persona inapetente. Pero, ¿quién no pierde el apetito frente a la comida uniforme y repulsiva que la guerrilla les ofrece a sus cautivos allá en la selva? El simple hecho de evocar la misma olla de siempre rebosada por una madeja de espaguetis viscosos produce náuseas. Y ni hablar de los platos salvajes del menú, como culebra guisada y empanada de tigrillo. En algunas situaciones de urgencia le tocó engullirse un gusano gordo bautizado por los captores con el nombre de “mojojoy”. También cenó raya del río Apoporis. La experiencia más aterradora fue comer mico asado. Pérez aún recuerda la mañana en que, rumbo hacia el caño donde se bañaban los secuestrados, vio a aquel mico recién muerto cruzado de brazos sobre un mesón, al lado de una palangana que contenía sus propias vísceras. Esa sola imagen –advierte– bastaría para quitarle el hambre a cualquiera. Sin embargo, su desgano no se debió a lo agreste de la alimentación sino a un problema mucho más grave, del cual prefiere no hablar en este momento.

---

dismo del Año (Cámara Colombiana del Libro, 1999-2000). Ha dictado talleres de periodismo narrativo en Colombia y en otros países de América Latina. Sus crónicas han aparecido en diversas revistas, tales como *SoHo*, *El Malpensante*, *Gatopardo*, *Etiqueta Negra*, *Courrier International*, *Ecos*, *Marcapasos* y *Arcadia*.

—Si te lo menciono ahora —aclara— se nos revuelve el estómago y se nos daña este almuerzo tan sabroso.

Nos encontramos en el barrio Galerías, de Bogotá, en el segundo piso de un restaurante especializado en comida típica de la costa Caribe colombiana. Son las tres de la tarde de un lunes de junio de 2009. El sargento Pérez salió hace una hora de la Universidad Militar Nueva Granada, en cuya facultad de medicina adelanta un curso preuniversitario. Todavía lleva puesto su uniforme de estudiante: una sudadera azul oscuro con escudo redondo a la altura del corazón y ribetes amarillos en los puños. Pérez trinca con el tenedor una tajada de plátano verde y la embadurna en el guiso del chivo. Mastica despacio, el rostro apacible, los ademanes pausados. Luego mira a través de la ventana, atraído por el frenazo en seco de un carro en la calle. Bebe jugo de piña, se limpia los labios con la servilleta. Entonces cuenta que cuando estaba cautivo las comidas no le producían placer: comía por mera obligación, y tan solo ingería lo estrictamente indispensable para evitar la muerte por inanición. En busca de consuelo, se decía que en el momento en que pasara de la selva a la civilización, con toda seguridad recobraría el sentido del gusto. En algunas madrugadas de insomnio, cuando se ponía en el plan de imaginar cómo festejaría la recuperación de su libertad, se veía frente a un banquete colosal. Sin embargo, el dos de julio de 2008, día en que el ejército colombiano lo rescató, junto a catorce secuestrados más, mediante la Operación Jaque, fue incapaz de comerse la parrillada con la cual le dieron la bienvenida en el Club de Oficiales de Bogotá. Al segundo o tercer bocado se sintió lleno. A partir de aquella noche se debatió entre dos extremos perniciosos: las comidas le desagradaban a primera vista o lo hartaban en cuanto empezaba a paladearlas. Pérez necesitó tiempo para superar estos problemas y estar en capacidad de disfrutar, otra vez, los platos que gracias a su madre, doña Carmen Medina, aprendió a amar en la infancia. Como el chivo guisado.

—Sobre todo si viene servido con arroz de coco —dice. Y se lleva a la boca el último pedazo de chivo que le queda. Relampaguean, de repente, sus ojos oscuros y saltones.

El sargento se levanta de la mesa y se dirige hacia el baño. Regresa en seguida, se sienta, apura un sorbo de café negro. Des-

pués pregunta si estaría mal que encendiera un cigarrillo. Se lo fumaría –se disculpa– cerca a la ventana. Saca un paquete del bolsillo, golpea la punta del cigarro contra la cajetilla, pero en vez de prenderlo, lo guarda y bebe más café. A continuación retoma el tema de hace un momento. Dice que cuando volvió a la libertad, los inconvenientes con la alimentación le afectaron la salud. Las comidas, aparte de generarle desgano y sensación de llenura, le ocasionaban diarreas. En consecuencia, se puso mucho más flaco de lo que estuvo durante la década que pasó en cautiverio. El 20 de julio, día de la Independencia nacional, Pérez asistió, junto a diez de sus compañeros salvados por la Operación Jaque, a la marcha que organizó el gobierno para exigir la liberación de los compatriotas que seguían secuestrados en la selva. El evento se llevó a cabo en Leticia, ciudad de la región amazónica colombiana. Cuando los once rescatados subieron a la tarima, invitados por el cantante Carlos Vives, el público los recibió con una ovación vibrante. Al cesar los aplausos, la muchedumbre empezó a corear de manera machacona, tozuda, la palabra “libertad”.

—¡Libertad!

—¡Libertad!

—¡Libertad!

A Pérez se lo vio demacrado, ciertamente, pero quienes lo contemplamos por televisión, sonriente y con las manos levantadas, no imaginamos lo que él cuenta ahora con un gesto de alarma: en aquel momento, dieciocho días después de la recuperación de su libertad, había perdido diez kilos. Eso quiere decir que sólo pesaba cincuenta y uno. No quedó más alternativa que internarlo en un hospital e hidratarlo con sueros medicinales.

—A mí se me declararon todas las enfermedades cuando volví a ser libre —dice.

—¿De qué se enfermó?

—Ufffff, ¿de qué *no* me enfermé? A uno le quedan muchas secuelas. Yo me estoy tomando como doce pastillas diarias para combatir las enfermedades que me dejó el secuestro.

—¿Fue muy duro adaptarse otra vez a la vida en libertad?

—Sí, fue muy duro. Me molestaban los colores del televisor y me fastidiaba la luz eléctrica. Yo no soportaba ninguna clase de ruido. Quería estar solo las veinticuatro horas del día. Una sicóloga dijo que mi encierro en los cuartos era como una protesta. Necesitaba desahogarme porque durante el tiempo del secuestro no pude hacerlo. Por eso era que me aislaba: para recuperar un poco de la intimidad que la guerrilla me impidió tener en la selva.

\* \* \*

A unos dos metros del sitio en el que conversamos, hay un espejo grande cuyo marco de madera se encuentra engalanado con flores repujadas. Rastreo en el cristal nuestros movimientos repetidos: veo al sargento Pérez abriendo la cremallera de su morral y me veo a mí mismo con el ceño fruncido. Mi mirada pasa de la mesa al espejo y luego del espejo a la mesa. Lo que acá, en la realidad, es mi mano derecha aferrada a un vaso de agua, en el espejo es mi mano izquierda dirigiendo ese vaso de agua hacia la boca. En la infancia, recuerdo, frecuentaba el espejo para reírme de la polarización que percibía entre mi imagen y yo. No entendía por qué mi duplicado se peinaba para el lado opuesto al que yo me estaba peinando. Eso me asombraba y me producía hilaridad. Así, asomarme al espejo era como presenciar la escena de una comedia en la cual yo era también el protagonista. El espejo me permitía el prodigio de ser, simultáneamente, el cómico en el escenario y el observador ante la pantalla, Chaplin y el espectador que le festejaba el chiste. En cambio, lo que busco esta tarde en el espejo del restaurante no es un efecto humorístico. Hace varios días le pregunté al sargento Pérez cuándo fue la primera vez que, durante el secuestro, contempló su propio rostro en el espejo. Me contestó que no sabía, por cuanto a esas alturas él ya había perdido la noción del tiempo. Quizá —calculó— fue a los ocho o nueve meses de estar bajo el yugo de las Farc. A lo largo de ese periodo, algunos de los soldados secuestrados usaron sus portacomidas a manera de espejos. Como se trataba de recipientes de aluminio bruñido, era posible reflejarse en ellos para facilitar las afeitadas o, simplemente, para satisfacer la curiosidad. Pérez, que entonces contaba veintitrés años, se rasuraba

muy de vez en cuando, en parte porque consideraba que en la selva esa actividad resultaba inoficiosa y en parte porque era un hombre de poca velloidad. El escaso pelo que le brotaba en la cara, lejos de ocasionarle molestias, lo protegía contra los bichos característicos de la jungla. Cuando de todos modos necesitaba afeitarse, prefería hacerlo al tacto, ya que su marmita envejecida le mostraba una imagen demasiado empañada. Esa es, a propósito, la razón por la cual el sargento afirma que sólo pudo apreciar bien su rostro como a los ocho o nueve meses del secuestro, cuando los guerrilleros distribuyeron pequeños espejos de bolsillo entre los rehenes. Él utilizó el suyo en el acto –dice– porque quería averiguar qué tanto se había transformado durante el cautiverio.

Viendo a través del cristal cómo el sargento Pérez cierra la corredera de su maletín, me pregunto, una vez más, qué es lo que buscamos los seres humanos en el espejo. Me lo he venido preguntando desde el día en que surgió este tema. En aquella ocasión nos hallábamos de pie en una tienda contigua al Hospital Militar. La carrera quinta de Bogotá se encontraba invadida por un torrente de automóviles embotellados que, a ratos, armaban con sus bocinas un ruido desesperante. Pérez bebía café, fumaba. Mientras él atendía una llamada en su teléfono móvil, yo me figuraba la escena de los soldados que, de tarde en tarde, se asomaban a sus cacerolas. Me los imaginaba agachados en el suelo, alineados como en la barraca de un campo de concentración, con las marmitas brillantes a la altura de los ojos. El cuadro se me antojó triste. Y me hizo pensar que, a diferencia de la gente libre, ellos acudían al espejo con una actitud humilde: no pretendían ahogarse en su propia belleza, como Narciso, ni saciar su egolatría, como la malvada madrastra de Blancanieves, sino apenas descubrir un indicio de que la vida aún valía la pena. Si la picadura de la mejilla izquierda ya no estaba enconada, si las pupilas no lucían amarillas como la vez pasada, el rehén resucitaba. En esas cavilaciones andaba cuando el sargento Pérez comenzó a contar su experiencia con el espejo de bolsillo que le obsequiaron los captores. Lo primero que notó fue una barba repelente. Se la rasuró en seguida. Después examinó su imagen con detenimiento: vio la vieja cicatriz en la parte superior de la frente;

vio las cejas pobladas que una admiradora le piropeaba en el colegio de bachillerato; vio las huellas de acné que le dejó la pubertad; vio la nariz amplia que le heredó a su madre y las orejas prominentes que sacó de su padre; vio los labios cárdenos, los pómulos angulosos. Entonces le sucedió algo extraño: tuvo la sensación de que la cara que observaba no era la suya sino la de su hermano Edward. Siempre fueron tan parecidos que en la escuela los confundían, y aunque Edward le llevaba casi dos años, los profesores creían que eran gemelos. Evocó el pasado común que tenía con su hermano: se vio otra vez al lado de él correteando un balón de fútbol por las playas de Riohacha, su ciudad natal; se vio al lado de él en la fiesta de quinceañera de una muchacha del barrio; se vio al lado de él –niños ambos– montando guardia cerca a la mesa donde almorzaba Pedro Pérez, su papá, quien siempre dejaba en el plato un bocado amoroso para cada uno de sus siete hijos; se vio al lado de él frente a la máquina de coser en la cual su mamá se partía el lomo jornada tras jornada. Sintió lástima de sí mismo. Ese sentimiento habría de acompañarlo durante un periodo extenso. Un día, convencido de que para sobrevivir debía ser más fuerte, aprendió a contemplarse sin dolor. Desde ese momento el espejo fue para él como el visor de una pequeña cámara de video que le permitió ser testigo de la forma en que su fisonomía evolucionaba. A medida que la película avanzaba, él advertía, sucesivamente, la mutación de sus facciones, el reblandecimiento de los párpados, las primeras hebras plateadas en el cabello. Ante el espejo, en el curso de esos diez años dolorosos, William Pérez Medina siguió todas las fases de su propia metamorfosis: empezó su Calvario como un muchacho de semblante risueño y lo terminó como un adulto de expresión ensimismada. Entonces yo, viendo ahora su imagen en el restaurante, me pregunto si los seres humanos somos conscientes de la memoria que se nos escapa, minuto a minuto, a través de la luna de los espejos.

\* \* \*

El William Pérez con el que converso esta tarde de junio luce una contextura formidable. Desde hace varios días, insiste, anda con

un apetito tremendo. Hoy, casi un año después de haber sido rescatado, pesa setenta y tres kilos. El problema ahora es mantenerse en ese límite. Aumentar de talla —dice sonriente— sería malo para su salud y para su economía. ¡Hay que ver el dinero que ha gastado en atuendos! Cuando regresó a la Civilización, a los treinta y tres años de edad, no poseía más prendas de vestir que las del uniforme militar. De resto, nada, ni siquiera una camisa. Claro que esa carencia, comparada con el martirio que había padecido, era un detalle más bien anecdótico. Si se encontraba desabrigado otra vez, como al principio, era porque estaba volviendo a la vida. Este retorno a la desnudez original, lejos de significar un desastre, era la mejor alegoría de su renacimiento. A veces la ropa vieja es para el alma lo que la pesada piedra es para la espalda de Sísifo: un lastre, una humillación. Toca botarla, así como botó el sargento Pérez la escasa indumentaria que trajo de la selva, para emprender con más bríos el nuevo camino. Renovar la vestimenta es también purificarse. Pérez compró el ajuar completo, desde los calcetines hasta las chaquetas. Al mes siguiente la sicóloga que lo atendía notó su predilección por los colores sombríos —negro, azul oscuro— y le solicitó cambiar la ropa por una de tonos vivos. —Por eso —repite, con la misma sonrisa de hace un momento— si aumentara de talla ahora tendría que renovar el guardarropa una vez más, lo cual sería inconveniente.

—Pero ¿qué puede hacer uno, si el chivo guisado es tan sabroso y acá en Bogotá no se ve todos los días?

Desembocamos otra vez en el tema recurrente de la alimentación. Me pregunto si así como los antiguos arúspices buscaban augurios en las vísceras de las víctimas, uno podría descifrar ciertos códigos ocultos del destino de Pérez en las comidas. Me lo he venido preguntando desde cuando visité a doña Carmen Medina en Riohacha y me contó que mientras Tito —así lo ha llamado siempre— estuvo cautivo, ella se comunicó espiritualmente con él a través de las comidas. Cuando preparaba una especialidad —chivo guisado, sancocho de pescado— lo hacía, fundamentalmente, motivada por la exótica idea de que si ella se esmeraba en la cocina a su hijo no le iba a faltar un buen bocado. Por las tardes, al ofrecer la cena, invariablemente ponía un plato de más en la mesa. “Esta es la de Tito”, decía,

altiva, categórica, cuando su marido y sus otros hijos la miraban con una mezcla de estupor y conmiseración, como si sospecharan que de repente se había vuelto loca. Aquella era siempre su hora más crítica –y cuando cuenta este pasaje el rostro se le inunda de lágrimas–: sufría con la idea de que el pobre Tito estuviera pasando hambre. Suponía que los guerrilleros encargados de los secuestrados no habían podido abastecerse de víveres. Se imaginaba a su hijo demacrado, enfermo. Además, se sentía culpable: ¿cómo era posible que ella fuera a embucharse tamaño plato, cuando ignoraba si Tito, el hijo de sus entrañas, el temblor de su corazón, se había llevado a la boca siquiera un mendrugo de pan? Para conjurar estos miedos acudió a ciertas cábalas populares que le recomendó la gente del común: si ella servía una comida adicional, el alma de Tito podría venir a alimentarse, y así su cuerpo, donde quiera que estuviera, no pasaría necesidades. Gracias a muchas supersticiones de ese estilo soportó sin derrumbarse el golpe más cruel que le ha dado la vida. A veces se levantaba de la cama por las madrugadas y se paraba tras la ventana que da a la calle, porque creía que la actitud de espera era indispensable para provocar el pronto regreso de su hijo. En otras ocasiones despertaba azorada en mitad de la noche, con la idea pavorosa de que William se encontraba en ese momento tratando de subir una loma y las piernas no le respondían. Entonces masajeaba sus propias rodillas, convencida de que con su gesto se fortalecerían las rodillas de William. Cuando le ardían los ojos, se echaba colirio para que a William se le curara la conjuntivitis. Cuando se le reseca la garganta, tomaba agua para que a William se le quitara la sed. En el colmo de su desesperación de madre, llegó al extremo más delirante de la superstición: supuso que William estaba fundido a ella y, por tanto, cualquier cosa que a ella le afectara, también le afectaría a él. Entonces procuró tranquilizarse para que él se tranquilizara. Sin embargo, hubo muchos momentos en que se derrumbó, sobre todo cuando se cumplieron seis años –¡seis años!– sin saber nada de Tito. Durante ese lapso la guerrilla no envió ni una sola prueba de supervivencia. Una mañana en que sintió que el dolor la mataba, fue a consultar a la más agorera de sus vecinas, una mujer conocida con el remoquete de ‘La mona’.

—No me vengas con llantos —le dijo su amiga, entre regañona y consoladora— que tú no tienes ni una sola razón para llorar.

—Me extraña que digas eso —le respondió ella—. Se ve que no sabes lo que es el dolor de madre.

—Pero ¡cuál dolor, si tu hijo está vivo! Yo sé que hace rato no tienes noticias de él, pero él está vivo.

—¿Y cómo sabes tú eso, mona?

—Porque hace unos días yo vi pasar en una bicicleta a un muchacho igualito a él, y cuando lo llamé por el nombre de William, volteó a mirarme. Eso significa que Tito está vivo.

Si no fuera por estas creencias —insistió doña Carmen, enfática— tal vez no habría resistido los diez años que pasó sin su hijo. Y no es que ella negara la supremacía de Dios, me aclaró en seguida, mirándome con firmeza a los ojos: por lo general, ella acataba humildemente sus designios, pero en ocasiones le reprochaba el hecho de que Él, a pesar de ser Todopoderoso, no arreglara de una vez por todas las cosas que andaban mal en Colombia, para que cada madre que tuviera un hijo secuestrado lo recibiera de vuelta inmediatamente. En todo caso, aunque ella creyera en Dios —la familia Pérez Medina siempre ha sido evangélica— se aferraba en forma obstinada a los agujeros que iba recogiendo por la calle. El más reiterado era el de la cena adicional. Sobre todo si se trataba de chivo guisado. ¡Jesucristo, cómo le gustaba ese plato a ese muchacho! A veces, al recostar la cabeza contra la almohada, se imaginaba que cuando Tito hiciera la entrada triunfal a la casa, el día que la guerrilla lo soltara o el ejército lo rescatara, ella y don Pedro le ofrecerían un banquete enorme que estaría servido sobre hojas de bijao. El banquete tendría todas las comidas que a él le fascinaban, desde sancocho de pescado hasta chicharrón con yuca harinosa. Y pensar —se lamentó doña Carmen, con la cara bañada en llanto otra vez— que Pedro se pasó diez años esperando a su hijo, y murió cuarenta y cuatro días antes de la Operación Jaque. Para rematar, el día que Tito volvió a la libertad ella no pudo viajar a Bogotá porque no consiguió cupo en ninguna aerolínea. Cuando lo vio, al día siguiente, él estaba acostado en una camilla, conectado a una bolsa de dextrosa. Nada de chicharrones con yuca, ¿oyó?, ni de sancocho de róbalo cocinado en leche de coco.

Ni siquiera logró darle el abrazo con el que soñó mientras él estuvo ausente. Lo abrazó y le estampó un beso en la mejilla, claro, claro, pero había mucha gente en la habitación, y a ella le hubiese gustado que ese momento fuera íntimo, suyo y de nadie más. Además, él se encontraba tendido en la camilla con esos cables en las venas, y así resultaba complicado estrecharlo como ella deseaba. ¡Lo sintió tan endeble, tan achacoso! También le pareció que andaba muy irritable: le molestaban los bombillos, le molestaban las voces. Se impacientaba si veía que las personas se le arrimaban demasiado. De cualquier manera –y en este punto doña Carmen sonrió, por fin– ella se desquitó con creces, porque cuando Tito se recuperó de sus problemas de salud y volvió a Riohacha aclamado como un héroe, ella lo atendió a cuerpo de rey, dedicándole amorosamente sus gracias culinarias. Algunos vecinos, algunos familiares e incluso algunos conciudadanos que no conocían a William, le expresaban sus parabienes convidándolo a cenar. Así que, al final, el regreso sí fue un banquete formidable, como lo imaginaron el sargento y su madre en tantas noches de insomnio.

\* \* \*

El sargento Pérez y yo permanecemos sentados a la mesa, en el segundo piso de este restaurante costeño. El camarero nos trae una nueva tanda de café negro. Le pregunto a Pérez cuál fue ese problema “grave” que le arruinó el apetito allá en la selva. Ese problema que él no quiso traer a la conversación hace un momento, por temor a que se nos dañara el almuerzo.

—Cinco meses atrás —responde, después de empinarse el pocillo— su pregunta hubiera sido un lío para mí, porque yo me desbarataba al hablar de estos temas. Me volvía puro llanto desde que decía la primera palabra hasta que decía la última.

El sargento calla, saborea un nuevo sorbo de café.

—Un día me dije: bueno, a mí me van seguir preguntando por el secuestro, quiera o no quiera. Si yo supiera que venden pastillas para olvidar las cosas malas, iría a la farmacia ahora mismo y me compraría una docena. Pero como esa es una medicina que no se ha

inventado, me toca vivir de aquí hasta que me muera con el hecho de que estuve diez años secuestrado. O aprendo a ver el pasado sin desbaratarme o malogro mi propia vida.

Si hay una cualidad de Pérez que me ha impresionado desde la primera vez que lo vi, es su buen juicio. Hoy, además, me sorprende su carácter: en ningún momento ha escondido el rostro para hablarme de este tema tan duro. Como es un hombre sencillo, no anda por ahí portando el temple en la charretera de su uniforme militar. Jamás alardea, jamás vocifera. ¡Se le ve siempre tan tranquilo! Pero cuando uno lo trata con frecuencia, cuando uno oye los testimonios de quienes lo han visto resistir los malos tiempos, descubre la tremenda fuerza de ánimo que se oculta tras sus maneras sosegadas. Siempre fue de pocas palabras pero seguro de sí mismo, me había dicho doña Carmen. Cuando se trazaba un propósito, no descansaba hasta alcanzarlo. Y cuando decía “no”, ningún poder humano ni divino lograba sacarle un “sí”. Fue un niño de tetero hasta cuando le dio la gana —es decir, hasta los cuatro años—, pese a que varios adultos de la familia trataron de quitarle ese hábito. En el tetero tomaba los jugos, la sopa e incluso el agua. Un día la tía Elizabeth, hermana de doña Carmen, llegó a la casa mostrando sus ínfulas de mandamás: le arrebató a Tito el tetero de las manos y vertió su contenido en un vaso. A continuación le puso un plazo perentorio de diez segundos para que empezara a beber del vaso. Si no obedecía —lo amenazó— ella le daría una azotaina inolvidable. Tito no dobló la cerviz ni siquiera cuando la tía gruñona le echó el agua en la cara. Pienso que aquel viejo episodio ya anunciaba el tesón de Pérez. Pienso también que en este mundo ruin cualquiera puede ser víctima de las arbitrariedades de los demás —el chorro de agua en los ojos, el secuestro—, pero no cualquiera tiene el carácter necesario para asimilar tales abusos.

—Claro que sobreponerse a un secuestro no es como quitarse la camisa vieja. Las marcas quedan ahí de por vida. Uno no las supera sino que aprende a vivir con ellas.

—Me imagino que una de esas marcas a las que usted se refiere es el odio. Los guerrilleros lo mantuvieron cautivo durante diez años, es decir, le arrebataron prácticamente un tercio de su vida...

—No fueron diez años, sino diez años y cuatro meses. Pero si yo me pusiera a odiarlos estaría desperdiciando mi libertad en un asunto que me va a lastimar.

—Cuénteme, ahora sí, cuál fue el problema terrible que le quitó el apetito cuando estuvo en cautiverio.

Pérez apura el último trago de café. Luego empieza a hablar de los atropellos que cometía la guerrilla contra los secuestrados. Los más atroces, en su opinión, eran el encierro en jaulas y el sometimiento con grilletes de acero. A algunos les colocaban las ataduras en los tobillos. A otros, en el cuello. Y a los demás, en las manos. Cada cadena pesaba, dice, trece libras, sin sumar los candados, que eran enormes. Entre los muchos recuerdos imborrables que Pérez conserva de aquella época de infamias, figura el de una tarde en que los guerrilleros trasteaban a los rehenes a través del río, dentro de un bote estrecho hediondo a gasolina. Iban apilados como meros bultos en el piso de la embarcación. Sudando a mares, desmoralizados. No tenían, caramba, ni siquiera el consuelo mínimo de mirar de vez en cuando hacia el cielo, porque el bote estaba techado con un plástico grueso que oprimía el corazón. Por un instante, Pérez se sintió como mercadería de barco negrero. Acaso lo peor era que cada secuestrado debía andar, las veinticuatro horas del día, unido por una cadena de metro y medio de largo a un compañero que le había sido asignado por los verdugos. Así, los rehenes vivían mancornados como los animales de carga. Dormían en parejas, caminaban en parejas, almorzaban en parejas. Cuando el uno iba al caño para bañarse, el otro iba con él aunque no tuviera ganas de tomar su baño. Ya no contaban como individualidad sino tan solo como complemento de su ignominiosa yunta. Los dos eran uno, el uno era los dos, tal para cual, el uno para el otro, el otro para el uno, la silueta y la sombra, Tom y Jerry, el arco y la flecha, Batman y Robin, el papel y la estampilla, Abott y Costello, el gato y la pulga, Remo y Rómulo, la tostada y la mantequilla, Adán y Eva, la uña y la carne, el Gordo y el Flaco, la manzana y la serpiente, el Chómpiras y el Botija, la mejilla y la bofetada, el Dúo Pimpinella, la rosa y la espina. No había intimidad, no había vida propia. El colmo del horror era tener que ir juntos a la letrina: daba igual ser el que necesitaba evacuar o simplemente su

edecán. Compartir esas miserias era algo que, aparte de humillar, generaba vergüenzas y fricciones. En este punto, Pérez, que otra vez ha sacado del bolsillo su cajetilla de cigarros, solicita que me ponga mentalmente en la siguiente situación: soy un prisionero al que le toca dormir sobre una troja de palos rústicos, dentro de un galpón cubierto con alambre de púas, encadenado a un tipo tan infeliz como yo y revuelto en nuestro reducido espacio con diecinueve secuestrados más. A altas horas de la madrugada me atacan las ganas de defecar. Lo que sigue a continuación es despertar a mi compañero de yunta, caminar con él hacia el rincón más discreto posible, excretar dentro de un balde, tapar el excremento con arena y, al amanecer, desenterrar el envoltorio oprobioso e ir a botarlo al excusado comunal. Cuando se es militar –me recuerda Pérez– el hecho de bajarse el pantalón y agacharse a hacer del cuerpo delante de otro hombre, tiene una connotación doblemente afrentosa. Durante los tres primeros años de su secuestro, Pérez sufrió constantemente de disentería. Su estómago no toleraba las comidas que ofrecía la guerrilla –casi siempre frijoles, lentejas y coladas de maicena–. Padecer diarreas en aquellas jaulas infamantes era el sùmmum de la desgracia. Para evitar líos, Pérez se volvió abstemio: comía muy poco, apenas lo suficiente para mantenerse con vida. Pero, además, ¿a quién le da hambre en tales condiciones?

La voz de Pérez no se ha quebrado. Sus ojos no han evitado los míos. Viéndolo a contraluz con la ventana al fondo, me siento asaltado por una repentina oleada de afecto.

—¿En serio no los odia?

—Odiarlos sería como seguir secuestrado.

Entonces mira su reloj. Yo también miro el mío.

—Oiga, hace rato estoy que me fumo. Vámonos.

## DE DOLORES Y HAZAÑAS

El profesor Edwin Herrera lleva media hora hablando de “ángulos”, “coeficiente de fricción” y “descomposición de fuerzas”. La clase de física se desarrolla en el aula 302 de la Universidad Militar Nueva Granada. En el espacioso salón de paredes amarillas se

encuentran los treinta y ocho alumnos del curso preuniversitario de medicina. Todos son adolescentes de entre dieciséis y diecinueve años: piel fresca, granitos recientes en el rostro. Alborotadores, gozosos. Todos, digo, son muchachos en plena ebullición. O casi todos, en realidad. La excepción es un hombre que se sienta adelante, a la izquierda del profesor, en una de las sillas de la segunda hilera. Está abstraído en el tablero, acodado al brazo de su asiento, con el mentón sostenido en la palma de la mano. Unas cuantas canas despuntan en su cabello cortado al rape. En las listas académicas figura como Pérez Medina William Humberto, pero aquí le llaman Pérez, a secas.

—Pérez —dice un muchacho que lleva frenillos en los dientes—: présteme su sacapuntas.

Y Pérez le pasa el tajalápiz.

Muchos de los profesores y alumnos de este curso pre-médico vieron a Pérez por primera vez a través de la televisión. Fue, exactamente, el día de la Operación Jaque. Hasta ese momento, Pérez había sido un anónimo cabo del ejército colombiano, un apellido sin rostro, una cifra cualquiera en la suma total de los secuestrados. Al país oficial, que de vez en cuando discurseaba sobre los prisioneros de la guerrilla, no lo desvelaba su suerte. Cuando algún representante del establecimiento hablaba de la necesidad de implantar el canje humanitario —intercambio de secuestrados políticos por guerrilleros presos en las cárceles del Estado— no pensaba, precisamente, en la liberación del cabo Pérez, ni en la de ningún otro ser humilde de los centenares que se pudrían año tras año en las profundidades de la manigua. Pensaba, ante todo, en los miembros de la clase dirigente, en los militares de alto rango y en los tres contratistas estadounidenses raptados el 12 de febrero de 2003. En la práctica, los únicos dolientes ciertos que tenía el cabo Pérez eran sus propios familiares. Más allá de las cuatro paredes de su casa en Riohacha se sabía poco acerca de él. Y en todo caso, la parte de la sociedad civil que estaba enterada de su existencia era ínfima: periodistas encargados de cubrir los temas de guerra y uno que otro ciudadano informado. Esporádicamente, veíamos en la televisión y en la prensa los rostros de los cuarenta y tres militares —Pérez entre ellos— que el 3 de marzo de 1998 fueron tomados como rehenes por las Farc, al final de un enfrentamiento

en la quebrada El Billar, en el departamento de Caquetá, al sur de Colombia. A ratos se nos recordaba, además, que en aquel combate murieron ochenta y tres militares, y veinticinco resultaron heridos. Cada víctima era entonces una breve instantánea dentro de un mosaico imposible de abarcar en un solo golpe de ojo. Una fotografía de carnet extraviada entre decenas de fotografías iguales. Se trataba, para rematar, de fotos rezagadas en el tiempo: los rostros que nos mostraban permanecían estancados en el periodo ya remoto de la libertad. ¿Qué sabíamos nosotros sobre los cambios sufridos por aquellos rostros durante la prolongada ausencia? En su retrato, por cierto, Pérez parecía más un monaguillo principiante que un soldado hecho y derecho. El grueso de las noticias que registraban los medios de comunicación sobre el secuestro se refería a Ingrid Betancourt, la candidata presidencial raptada por las Farc el 23 de febrero de 2002. Nacida en el seno de una familia pudiente —su padre fue ministro de Estado y su madre, reina de belleza— Betancourt se graduó como politóloga en el Instituto de Estudios Políticos de París. Gracias a su condición de ciudadana francesa, su caso se mantenía en el radar de la Unión Europea. Tanto el gobierno como la guerrilla tenían conciencia de que Betancourt era, tal y como señalaban algunos analistas, “la joya de la corona”. Por eso, ambos intentaban utilizarla, a su manera, para dirigir hacia el bando contrario la presión de la comunidad internacional. El gobierno, para presentar a la guerrilla como un grupo bárbaro, sin ideales políticos. Y la guerrilla, para denunciar que el gobierno anteponía sus propósitos belicistas a la búsqueda de una solución negociada del conflicto, que acelerara la liberación de los secuestrados. Cada bando se atrincheraba tercamente en su propia posición y le endosaba al otro la responsabilidad de que los cautivos siguieran consumiéndose en la selva. Ingrid Betancourt era el *leitmotiv* de las partes enfrentadas, el *leitmotiv* de la prensa local e, incluso, el *leitmotiv* de los países europeos. Mientras su caso acaparaba las primeras planas, los demás secuestrados —Pérez entre ellos— aparecían muy de vez en cuando en las páginas interiores.

—Si yo pongo un bloque de quince libras sobre el suelo —dice ahora el profesor Edwin Herrera mientras dibuja una masa en el pizarrón—, ¿qué cantidad de fuerza ejerce el suelo sobre el bloque?

En el salón se arma un bullicio. El profesor dice que si todos hablan al tiempo, él no puede escuchar a nadie. Los alumnos callan. Entonces, la muchacha que se encuentra sentada justo detrás de mí, lanza un alarido con la respuesta correcta:

—¡Quince libras!

Pérez luce serio, reconcentrado. En este momento anota algo en su cuaderno. Yo miro el gran reloj que, silenciosamente, preside el salón desde lo alto de la pared frontal, encima del tablero. Son las ocho y quince de la mañana. El día amaneció gris, neblinoso. Y, según lo que se aprecia a través de la ventana, va a mantenerse así. De repente se me viene a la memoria el verso ingenioso del poeta Luis Vidales: “los relojes pierden el tiempo”. A continuación observo el desplazamiento de las manecillas, intuyo el tic tac. La aguja que marca los segundos avanza de manera ineluctable. Ahora son las ocho y dieciséis. Me pregunto qué es un minuto en la vida de los seres humanos. Aparentemente, ¡nada! Visto en el reloj es una simple grafía, un número. Durante este minuto, la situación en el aula no se ha modificado: el profesor habla de la “fuerza de rozamiento” y los alumnos toman apuntes. Ocho y diecisiete. ¿Qué son dos minutos? Pasan sin que nos demos cuenta. Los ignoramos. Mientras estemos vivos y seamos libres, ¿qué diablos nos importan las vueltas del segundero? La suma de los minutos nos matará algún día, claro, pero no vale la pena preocuparse ahora por eso, pues todavía, mal que bien, aspiramos el aroma del café. Ocho y dieciocho. Somos autónomos, caramba, no hay yugo que nos someta ni nudo que nos apriete. En lugar de inquietarnos por el tiempo, discurrimos a través de él sin cuestionarnos: estudiamos los ángulos, comemos maní salado, bebemos más café. Si se nos mete una piedra en el zapato a las ocho y diecinueve, la sacamos a las ocho y veinte. Y en seguida, a las ocho y veintiuno, reanudamos la marcha. Ahora, por ejemplo, el horizonte está oscuro, pero es posible que cuando terminemos la clase lo encontremos brillante. El hecho de saber que contamos con una puerta de salida abierta de par en par nos proporciona tranquilidad. Vivimos a nuestro ritmo, ajenos al movimiento monocorde de las manecillas. Convencidos –y esta vez no es un divertimento literario– de que los relojes pierden el tiempo. Ocho y veintidós.

En cambio, a quienes están secuestrados no los mata la suma final de los instantes, sino cada instante individualmente. Para ellos las manecillas del reloj son una penitencia. Cada minuto se parece al siguiente, tic tac, tic tac, tic tac, como las gotas de agua que se precipitan, una tras otra, a través del agujero del techo. Las horas son inmóviles. Amanece y, un siglo después, anochece. Da igual que sea sábado o miércoles. El tiempo de los cautivos es circular, repetitivo. En la selva no se avanza, no hay puerta de salida ni claraboyas. Sobre este tema conversaba hace algunas noches con el sargento William Pérez en el casino del Club de Suboficiales. Hubo un momento en que salimos a caminar por un sendero peatonal entre el pasto recién podado. El viento frío nos golpeó de frente. El sargento encendió un cigarro, se frotó las manos. Después empezó a desahogarse. Cuando fue raptado, pensó que sería liberado pronto. Al fin y al cabo –se decía con optimismo– él no era ningún pez gordo. ¿Qué capital político podía representar para las Farc un soldado como él? Pérez vivió sus primeros días en la selva alentado por la idea de que se encontraba en un apuro transitorio. Hoy se asombra de su ingenuidad, pero entiende que se trataba de algo normal en un muchacho que ni siquiera había cumplido los veintitrés años. Eso sí: más temprano que tarde se percató de que tanto su suerte a largo plazo como su presente, eran absolutamente inciertos. Si acaso existía alguna luz de esperanza, estaba más allá de su alcance, pues cuando él aguzaba la vista sólo percibía desastres: los espaguetis pastosos, las jaulas de alambre, las letrinas, los zancudos, las cadenas. Pérez comprendió que si se dedicaba a medir las horas, corría el riesgo de enloquecerse. Entonces decidió desentenderse del tiempo. Que fuera marzo o septiembre era un asunto que le tenía sin cuidado. Para ayudarse a olvidar, cerraba los ojos, se ponía los audífonos y se consagraba a oír emisoras internacionales en el radio de doce bandas que le obsequió uno de los guerrilleros. Después apagaba el aparato y se aplicaba a la tarea de crear, mentalmente, el guión de una película de vaqueros. Hasta que, de cualquier manera, se dormía. Al día siguiente volvía a encender el radio y luego retomaba el guión de la película en el mismo punto en que lo había dejado la noche anterior. Otros ejercicios que le permitían aislarse del horror eran la lectura

de la Biblia y la escritura de poemas en un cuaderno. De modo que el truco para resistir consistía en inventarse ocupaciones día a día. En medio de la crisis, los rehenes se tornaban creativos y adquirían destrezas manuales. Un prisionero labraba corazones con las tapas de las ollas abandonadas por los verdugos. Otro hacía pantalonetas con las sábanas. Otro elaboraba cucharas con los tarros vacíos de polvo para los pies. Otro recogía los residuos de las velas, los fundía y preparaba nuevas velas. Otro transformaba en jarrones los envases desocupados de gaseosa. Algunos de los secuestrados aprendieron a construir pequeñas linternas con los mangos de las máquinas de afeitar desechables. Los había, además, capaces de cocinar un huevo en una cacerola suspendida sobre tres velas prendidas. A través de todas esas actividades, los cautivos pretendían, finalmente, generar la ilusión de que las horas de la infamia eran menos largas.

Aún tengo presente la impresión que sentí en la casa de doña Carmen Medina cuando vi las cartas que William le envió a su familia desde el cautiverio. Estaban escritas con una caligrafía preciosista. Cada letra había sido dibujada pacientemente, repisada, engalanada, con una devoción extraordinaria. En todas las frases se notaba el interés del autor en tranquilizar a los receptores, aunque él, por dentro, se estuviese desbaratando de angustia. Los arabescos de los bordes eran mucho más que un fino detalle de cortesía: eran un testimonio de amor sublime. Hubo una esquela sentimental que me conmovió profundamente: estaba dirigida a Sol Marina, la hermana menor de William. En vez de poner el nombre de su hermana en el encabezado, William pintó un sol y un mar. Me imaginé al remitente con el alma encogida de dolor allá en la selva. Intuí su naufragio en medio de las horas interminables del secuestro. En esas cavilaciones me encontraba cuando Ruth, la hermana mayor de William, empezó a hablar de lo veleidoso que suele ser el tiempo para la gente sufrida. Ahí está el caso de su padre: aguantó durante diez años la angustia de tener un hijo secuestrado y murió cuarenta y cuatro días antes de que se lo rescataran.

—Siendo tú tan poderoso, diosito lindo —añadió Ruth entre sollozos—, ¿por qué no le regalaste a mi papá esos cuarenta y cuatro días de vida que le hubieran servido para ver a su hijo libre?

Entonces la hora que estoy viendo en el salón de clases –ocho y cuarenta y cinco– es un simple número. ¿Qué sabe este reloj sobre los días tortuosos que aún hoy soportan centenares de personas secuestradas? William Pérez sí que sabe. Y quizá por eso procura manejar el tiempo de manera responsable. Sandra Rodríguez, la coordinadora del curso pre médico, advierte en Pérez el afán de recuperar los años perdidos: casi siempre es el primero que se presenta en el aula y el último que sale de ella. Hoy, por ejemplo, tenía la cita conmigo a las seis y media de la mañana, pero cuando yo llegué, a las seis y veinticinco, él ya llevaba diez minutos sentado en la cafetería. El profesor Edwin Herrera, que en este momento sigue hablando de “descomposición de fuerzas”, me contó que en cierta ocasión convino con los estudiantes encontrarse un viernes por la noche para aclarar varios temas de la cátedra de física. El común de los muchachos, observó el profesor, considera las noches de viernes más propicias para la farra que para el estudio. Pero William arribó puntual, y sólo se marchó cuando dispó, una a una, todas las dudas que tenía escrupulosamente consignadas en su libreta de apuntes.

\* \* \*

Estoy sentado con el sargento Pérez en la sala de su casa en Bogotá. Le digo que tengo la escena grabada en un DVD y que la he visto muchas veces. La evoco. Era el 2 de julio de 2008. Colombia celebraba el resultado de la Operación Jaque. Cuando Ingrid Betancourt se presentó ante los reporteros para empezar su alocución, se escuchó un aplauso atronador. En las primeras palabras de su improvisado discurso, Betancourt le hizo un guiño de gratitud a un benefactor hasta entonces desconocido para el país.

—Yo tenía —dijo— un compañero enfermero del ejército... William Pérez, que debe estar por acá.

Un hombre escuálido emergió de atrás y se paró al lado de ella. Parecía sorprendido. Piel morena, bigote ralo, dientes separados. Tenía un rosario blanco con un Cristo colgado en el pecho y una sonrisa tímida que acentuaba su aire de huérfano.

—William me sacó adelante —prosiguió Ingrid Betancourt—. Me dio de comer cucharada por cucharada, me puso el suero, me diagnosticó.

En este punto, una voz —quizá de alguien del público o quizá de alguno de los jefes militares— gritó:

—¡La gorra, la gorra!

El hombre se quitó en el acto la gorra militar, y fue como si de repente, en ese justo momento, empezara a enderezar el barco de su propio destino. La salva de aplausos que estalló entonces, cuando él ya tenía la cabeza descubierta, le indicó a las claras que había terminado el tiempo de los horrores y comenzado el de los honores. En la pantalla del televisor apareció un subtítulo: “En directo, Base Aérea de Catam”. Ingrid Betancourt se dirigió a él en un tono de voz cálido.

—Gracias.

Luego volvió a hablarle a la multitud.

—Estoy acá gracias a él.

A partir de aquel instante Pérez se transmutó en un personaje atractivo para los medios. Su historia contenía varios de los elementos dramáticos que suelen calar en el alma nacional: conflictos, lágrimas, emociones, y un desenlace inesperado y feliz. Además incluía el típico enfrentamiento maniqueo entre el bien y el mal. En un extremo estaban los villanos, que apelaban a la práctica inhumana del secuestro con fines políticos o extorsivos. En el otro estaba un muchacho bueno que había pasado un tercio de su vida tiranizado por verdugos atroces. Un muchacho de origen humilde con el cual la gente común y corriente simpatizaba de manera fácil. Como en el célebre cuento de los hermanos Grimm, el protagonista de esta historia era un sapo que agonizaba dentro de un pozo, y cuando fue pateado no se ahogó sino que se convirtió en príncipe. Pérez, aparte de salvarse, nos salvaba: nos permitía suponer que, después de todo, si somos capaces de exhibir seres valientes y generosos como él, no somos una sociedad tan descarrilada. Pérez nos invitó a recordar que ciertas personas a las que miramos como simples víctimas llorosas, también pueden regalarnos un testimonio de dignidad que nos ayude a restituir la confianza. El Pérez que nos mostraban entonces en los medios era

un héroe que había vadeado, sin más armas que la audacia y la abnegación, un pantano de dificultades. Nació en un hogar modesto de La Guajira, en la excluida periferia colombiana. Su padre, pastor de la iglesia evangélica, tuvo una crisis económica que forzó a toda la familia a trasladarse hacia Cartagena. Allí, William fue uno de esos niños famélicos que acosan a los turistas en las playas, para venderles cualquier chuchería de ocasión. De vuelta a Riohacha siguieron los apuros: William, ya adolescente, madrugaba todos los días a partirse el lomo en un depósito de víveres. A los dieciocho años tuvo las agallas de montarse en un bus con destino a Bogotá, para enrolarse al ejército. Atravesó medio país que le era desconocido, portando apenas una caja de cartón con implementos de aseo y unas escasas mudas de ropa. Al poco tiempo de haber ingresado al ejército se graduó como enfermero. Después recorrió la otra mitad desconocida del país para vincularse a la Brigada Móvil del Caquetá, departamento del sur de Colombia. Fue reducido en combate por la guerrilla, convertido en prisionero. En la selva socorrió a sus compañeros de desgracia: los masajeó cuando se luxaron, los reanimó cuando desfallecieron. A Ingrid Betancourt le dio la comida en la boca como si fuera un bebé. Al político Luis Eladio Pérez le ayudó a sobreponerse de un infarto. Al sargento Erasmo Rodríguez le aplicó trescientas inyecciones contra la leishmaniasis. Incluso atendió a algunos de los verdugos que le colocaron las cadenas: les curó las cortaduras, les alivió las dolencias. Varias guerrilleras sometidas a abortos secretos en el monte —en las Farc son prohibidos los embarazos— sufrieron infecciones graves. También ellas fueron auxiliadas por el cabo Pérez. Nos encontrábamos, pues, frente a una víctima con la cual no solo podíamos hablar de padecimientos, sino también de hazañas.

—¿Usted por qué ayudó a los guerrilleros de las Farc que lo mantenían cautivo? —le preguntó un reportero del Canal Caracol.

Su respuesta fue veloz, contundente.

—Soy enfermero: me enseñaron a salvar vidas.

Ahora, sentado en la sala de la casa de William, mientras él ha ido a la cocina, evoco el testimonio que el sargento Erasmo Rodríguez, otro soldado rescatado mediante la Operación Jaque, me entregó una noche en el Club de Suboficiales.

—¿Que si salvó vidas? ¡Muchas! La mía, para no ir más lejos, la salvó él.

Y releo, además, el correo electrónico que me envió Luis Eladio Pérez:

“Yo vivo inmensamente agradecido con él, porque me hizo volver a sentir como un ser humano que valía la pena. Y quiero que sepas que estas son palabras mayores si tienes en cuenta que él vivía todo el drama de su cautiverio prolongado. Sacar ganas para ayudar a los demás cuando tienes encima el gran reto de mantenerte con vida, es algo verdaderamente valeroso”.

Esa combinación de valor y altruismo determinó que el 16 de octubre de 2008 la Fundación Friedrich Ebert Stiftung en Colombia –Fescol, un ente que trabaja junto a organizaciones de la sociedad civil en el análisis del conflicto y la elaboración de propuestas para su superación, le concediera a Pérez el Premio Nacional de Paz. El acta del jurado celebró su “ejemplarizante labor humanitaria durante el tiempo de su cautiverio” y subrayó que “empleó sus conocimientos como enfermero no solo para paliar los sufrimientos de sus compañeros de infortunio, sino de sus captores”. En noviembre del mismo año, Pérez recibió en Madrid el Décimo Premio Especial Derechos Humanos, que otorga el Consejo General de la Abogacía Española.

En este momento estoy de pie bajo el arco de la cocina, viendo cómo Pérez prepara el café y lava algunas piezas de su vajilla. Mientras friega un pocillo con la esponja jabonosa, me pide tener en cuenta a las muchas personas que aún hoy permanecen recluidas en el monte. Cuando él estaba allá, agrega, los prisioneros establecieron un acuerdo: los primeros que recuperaran su libertad ayudarían a mantener en la memoria a los compañeros que siguieran cautivos. El sargento Pérez procura honrar siempre el pacto, lo mismo en sus intervenciones públicas que en sus conversaciones privadas. En el primer caso su gesto tiene valor político. En el segundo, valor humano. Entonces caigo en la cuenta de que Pérez, como lo atestiguan su familia y quienes compartieron con él las cadenas de la infamia, se ha pasado la vida cultivando la solidaridad de manera silenciosa, lejos de los reflectores que ahora lo persiguen. Mientras veo cómo la

rejilla del lavadero se traga el último hilo de espuma, me asalta una deducción convencional y, al mismo tiempo, definitiva: en este país necesitamos urgentemente muchos más héroes como el sargento William Pérez.

## “HERMANO PARA SIEMPRE”

---

MARTA RUIZ\*

Desde hace 15 años, Herbin Hoyos está haciendo un periodismo comprometido con la causa humanitaria de los secuestrados. Su programa radial *Las voces del secuestro* ha alimentado la esperanza de libertad de los cautivos por años, y también de sus familias, que han sufrido en soledad las consecuencias de este crimen atroz. Por su altruista labor recibió, junto a William Pérez, el Premio Nacional de Paz 2008.

---

\* Es periodista de la Universidad de Antioquia, especializada en televisión, y cursa una maestría en estudios políticos. Ha trabajado en televisión y prensa, además de haber coordinado durante dos años el Proyecto Antonio Nariño para la Libertad de Expresión. Publicó el libro *Esta ciudad que no me quiere*, y es coeditora de *Bajo todos los fuegos*. Ha ganado varios premios –Rey de España, SIP, Ipys y Simón Bolívar– por trabajos colectivos realizados en *Semana*. Trabaja como profesora ocasional en el Ceper de la Universidad de los Andes y ha dictado talleres para la Fundación Nuevo Periodismo, Medios para la Paz y la Fundación para la Libertad de Prensa. Actualmente es periodista de la revista *Semana* y columnista de *Arcadia*.



**H**erbin Hoyos saca una pistola y la pone sobre la mesa. Estamos en su oficina, un apartamento de dos pisos en el barrio El Nogal de Bogotá. A mi derecha, cuelgan de la pared varios diplomas de premios y reconocimientos. En el centro, el Premio Nacional de Paz primorosamente enmarcado, junto a varios Simón Bolívar, y más allá, en una repisa, la estatuilla del premio Ondas de España. Herbin no es para nada un hombre anónimo. Acaba de llegar en su brillante moto de alto cilindraje, seguido de dos escoltas. Chaqueta negra de cuero, jeans, peinado impecable, sonrisa abierta y mirada tranquila. Tiene 39 años y ha dedicado casi toda su vida al periodismo. A la radio. Y a la lucha por la liberación de los secuestrados. Por eso ganó, junto al cabo William Pérez, el Premio Nacional de Paz en 2008. Ambos galardones son un producto indirecto de la Operación Jaque. Ambos fueron un reconocimiento a la fraternidad, a la solidaridad y la fe en el ser humano. El de Pérez porque salvó la vida de Ingrid Betancourt cuando estaba en cautiverio. La ex candidata presidencial se había sumido en una profunda depresión y la inanición la estaba matando. Pérez la alimentó y le brindó el alimento que la devolvió a la vida y reconstruyó su fe en los demás.

Pero si Pérez le devolvía la esperanza a Ingrid a punta de cucharadas de sopa, Herbin Hoyos la mantuvo viva durante los siete largos años de cautiverio con dosis semanales de alimento para el alma. Dosis de aliento, con las palabras suyas y de su familia, a través de *Las voces del secuestro*, el programa de radio que desde hace 15 años tiene al aire en Caracol. Ni Herbin ni su programa son desconocidos. De hecho, él es bastante popular. Quienes han estado en cautiverio lo

quieren como a un ángel guardián, y se ha escrito mucho, en el país y fuera de él, sobre su programa. Pero, de repente, el 1° de julio de 2008 las luces de todas las agencias del mundo enfocaban a Ingrid Betancourt en el aeropuerto de Catam. Con su sombrero de expedicionaria y su chaleco militar, estaba apenas empezando a disfrutar la libertad, cuando en medio de la multitud de periodistas que se agolpaban en la pista, vio a Herbin Hoyos. Ella le extendió los brazos y lo llamó, para abrazarlo. “Hermano, hermano por siempre”, le dijo. Herbin cree que fueron las palabras de Ingrid las que hicieron que muchas instituciones reconocieran su dedicación por casi dos décadas a lo que ha considerado la misión de su vida: no dejar que los secuestrados queden en el olvido.

Herbin es un hombre de paz, pero lleva una pistola al cinto, porque conoce la guerra, y teme a los que viven por y para ella. Guerra y paz han sido el hilo de doble filo en el que se ha movido siempre. Nació en el seno de una familia campesina, en las montañas del Huila y mientras iba a la escuela, ayudaba en las labores del campo. Arrear ganado, sobre todo. En su casa siempre había una escopeta calibre 22 con la que su mamá defendía las reses del constante abigeato. Pero el niño que corría por las colinas tras los terneros, y que escuchaba historias de chulavitas y chusmeros, desde muy joven se hizo a dos sueños irrenunciables: ser periodista y piloto. En las noches, cuando terminaban las jornadas de trabajo en la finca, se sentaba con su padre a escuchar *La voz de Estados Unidos* que transmitía los relatos de un periodista que cubría la guerra de Nicaragua. Al fondo se oían efectos de tiros, botas, gritos, que se enlazaban con testimonios de mujeres que lloraban a sus muertos; de soldados que combatían en medio de la incertidumbre, y de guerrilleros que blandían su esperanza con fusiles de segunda mano. Entonces, antes de irse a dormir, ambos rezaban para que el periodista pudiera sobrevivir, y el relato siguiera a la noche siguiente. —En ese momento mi papá era el tipo más valiente que yo conocía. Entonces yo pensaba que si admiraba a ese periodista, era porque él era aún más valiente y fuerte que mi papá. Así empezó a metérsele el periodismo de guerra por los poros.

Pero si al principio de la vida la guerra era una historia lejana, en su adolescencia empezó a convivir con ella. Poco a poco la

“chusma” remanente de los años 50 había dado paso a otros grupos armados. Los guerrilleros de las Farc llegaron pisando fuerte y marcando terreno. Mataron a muchos en su vereda, incluidos varios de sus primos. Herbin ya se había metido al mundo de la radio desde el colegio. Lo mejor era emigrar hacia la ciudad. Un primer paso fue prestar el servicio militar, y luego, las dudas sobre el futuro. La suerte decidió por él: ganó una beca del gobierno español y se fue a la Universidad Complutense de Madrid a estudiar periodismo. Para entonces ya se había convertido en un hombre de radio.

Corría el año 92 cuando estando ya en España empezaron a sonar las trompetas de la guerra en los Balcanes. Un amigo periodista que trabajaba en Bosnia lo invitó a Sagrev con la idea de que pudieran hacer un puñado de reportajes sobre la guerra que se cernía sobre la antigua Yugoslavia. Herbin improvisó un morral con una grabadora, un teléfono dotado de ganchos para “pegarse” a los cables de telefonía en cualquier parte; radio de banda ancha y un kit de primeros auxilios. Se montó en un tren y luego de recorrer media Europa llegó a Zagreb justo cuando las alarmas de bombardeo sonaban en toda la ciudad. Sin siquiera encontrarse con su amigo, Herbin se conectó a una línea telefónica, llamó a Caracol Radio en Bogotá y empezó a transmitir en directo. Desde ese momento se convirtió en un corresponsal de guerra.

Pero la guerra todavía no le había mostrado sus fauces, como lo haría tiempo después cuando viajó a Ruanda, Angola, Sierra Leona, Iraq, Kosovo, y especialmente en Grozny. Allí, cubriendo la guerra de Chechenia, fue capturado por paramilitares de ese país que lo torturaron y estuvieron a punto de matarlo. —Veníamos de entrevistar a Shamil Basayev— considerado el Ben Laden checheno—. Habíamos cruzado la línea de fuego de manera temeraria. Entramos a un campamento donde los rusos habían cogido a un grupo de guerrilleros. Habían hecho un racimo humano con ellos y les prendieron fuego —relata. Los paramilitares rusos les quitaron todo. Los golpes fueron brutales. A Herbin le perforaron el colon, un pulmón y el esternón. Quedó medio muerto en una zanja. Pero tanto él como su colega lograron sobrevivir.

El contacto con la guerra hizo de Herbin algo distinto a lo de muchos reporteros. En lugar de volverlo un cínico, o un desesperanzado, afianzó en él la capacidad de hacer algo por los otros. Viajó en varias ocasiones en misiones humanitarias, a veces con la ONU y a veces solo. No se conformó con informar. Se convirtió en voluntario en muchos lugares del mundo. Las víctimas de todos los lugares del mundo le recordaban a las del conflicto colombiano. Especialmente las del secuestro.

Justamente en 1994 fue cuando el secuestro cobró para él una dimensión especial. En ese entonces las Farc solían citar a los periodistas y llevarlos a un lugar de la selva cuando querían enviar un mensaje. Habían convertido el secuestro no sólo en una lucrativa industria, sino en un mecanismo de presión política que con los años tendría dimensiones catastróficas. Herbin estaba en el Tolima y fue uno de varios reporteros citados por los insurgentes. Pero lo que parecía una reunión clandestina de pocos días terminó siendo un secuestro que se prolongó casi por dos semanas, ya que había operaciones militares en la zona. En esos días, sintió en carne propia la profunda soledad que se vive en cautiverio. El hambre, el frío, la incertidumbre, el miedo. Se pasaba horas enteras monitoreando el dial de la radio buscando un pronunciamiento, un mensaje, algo que le diera una esperanza de salida.

Después, cuando estaba a punto de volver a su casa, se encontró a un hombre encadenado, sentado en el piso y profundamente abatido. —¿Esta castigado? —le preguntó Herbin, presumiendo que se trataba de un condenado a muerte—. Estoy secuestrado —le dijo el hombre, que tenía un pequeño radiecito en sus manos. Al saber que Herbin era periodista le pidió que cuando saliera hiciera algo por ellos, por los secuestrados. Así nacieron *Las voces del secuestro*. Un programa emitido en las madrugadas de los sábados que tristemente ha durando quince años al aire, y que durante los años aciagos de finales del siglo pasado llegó a tener una audiencia de tres mil personas en las selvas.

## AL AIRE

Son las 12 de la noche cuando la señal se enciende. En los estudios de Caracol ya hay un grupo de seis jóvenes voluntarios que empiezan a llamar a los familiares de los secuestrados. En la cabina está Herbin. Esta noche es especial porque a principio de la semana el Ejército interceptó a un miliciano que llevaba las pruebas de supervivencia de diez policías y soldados, casi todos con más de una década en cautiverio. Otrora, las pruebas generaban alegría y optimismo. Esta vez, preocupación y tristeza. Sus cuerpos revelan el agotamiento por los años de sometimiento a la tortura. Les penden cadenas de sus cuellos que han sido un golpe brutal para las madres. Sus mentes ya no son lúcidas. Algunos han dejado en los videos una especie de testamento. El tiempo se les agota. La juventud también. Pero las familias siguen cumpliendo la cita semanal en la radio.

La noche comienza con Janeth Rosas, hermana de Donaldo Rosas, secuestrado hace doce años en el Huila. Sin noticias de él desde hace años. Aún así, ella le pide fortaleza. Que tenga fe, como su familia la tiene. Luego, Vladimiro Bayona, cuyo hijo fue secuestrado en el 2000 en Palmira. No hay pruebas de supervivencia. Jamás hubo ningún pedido, ningún reclamo. Se aferran a la esperanza de que estén vivos. En casos como estos, el secuestro no sólo es tragedia, sino también esperanza. Porque del secuestro se puede regresar. De la desaparición no.

Meses atrás cuando el gobierno de Álvaro Uribe depuró las cifras de secuestrados y dijo que sólo había 150 personas en cautiverio, y que por lo menos 800 que aparecían en sus bases de datos son desaparecidos, Herbin no estuvo de acuerdo. —El gobierno no tiene derecho a quitarle a nadie la condición de secuestrado— dice. Y recuerda muchos casos en los que a las personas se les da por muertas cuando han pasado los años sin que haya señales de vida. Pero luego, regresan. Como pasó con el ex ministro Fernando Araújo. Cinco años sin un mensaje de aliento. Algunos en su familia se cansaron de la incertidumbre. No volvieron a hablarle por la radio. Rehicieron sus vidas. Y de repente un día, se fugó del campamento donde estaba. Pero estos casos son escasos. Otros nunca han vuelto

y no hay esperanza de retorno. Los guerrilleros y paramilitares que se acogieron a la Ley de Justicia y Paz han confesado decenas de secuestros así. Como el del hermano de la poetisa María Mercedes Carranza, a quien la agonía de no saber las circunstancias en las que se encontraba su hermano, la insensibilidad de los guerrilleros, del gobierno y de la sociedad, se le volvieron insoportables. Hasta que se suicidó.

La noche está oscurísima y mientras los estudiantes siguen contactando familiares al teléfono, Herbin saluda a los secuestrados. —Su obligación es mantenerse vivos —les dice. Los familiares saben dos cosas: que tienen que esperar con paciencia su turno, y que cuando este les llegue, tienen que hablar corto para que los demás puedan hacerlo también. Hay personas que nunca fallan y cuyas vidas giran en torno al programa. La madrugada avanza y se oye la voz ya conocida por todos de Jaime Salem, que le habla a su hijo Mahamud. El acento árabe es inconfundible. Es el más constante participante del programa, y lo hace desde Arabia Saudita. Aprovecha para echarle vainas al gobierno. En sus palabras hay dolor, resentimiento y un clamor de compasión que aún no ha sido atendido. Cuando lo escucho, empiezo a entender que *Las voces del secuestro* tiene una doble función. Quienes están en cautiverio, sean centenares o miles, se conectan con la esperanza de la libertad. Pero más que para los cautivos, el programa es un espacio de libertad para los familiares. Se desahogan. Construyen una comunidad donde la tristeza se comparte. Tiene incluso algo de místico. De oración. De credo.

Afuera hay llamadas en espera de todo el país y del extranjero. La hija del general Luis Mendieta nunca falla. Se le quiebra la voz al rogarle a su padre que resista. —Te amo, te amo —le repite. Es la declaración de amor más intensa que he escuchado en la vida.

Es el turno de una de las mamás que esperan hace años el canje. Es la madre del policía Luis Alfredo Moreno, cuyas pruebas de vida se acaban de conocer. Cuando está al aire se oye un ronquido. Herbin lo toma con humor y le dice al policía: —Este es el ronquido de tu madre, que no aguantó el traspasado. Pasados unos minutos, despierta y le habla. Lloro. No puede olvidar las cadenas. Las malditas cadenas con las que duerme su hijo.

Por *Las voces del secuestro* han pasado más de 11.000 mensajes. Gente de todas las nacionalidades. A medida que los cautivos han recuperado la libertad, han dado testimonio del significado y el valor que tuvo la radio en sus vidas. A través de estos micrófonos pudo Keith Stansell, uno de los estadounidenses liberado en la Operación Jaque, enamorarse de la mujer que cada semana le hablaba desde la distancia. Era una colombiana con la que tenía un hijo. Se aferró a su voz desde la selva, mientras otros se flagelaban con el silencio de sus seres queridos, según consta en sus memorias.

Pero esos micrófonos también han sido heraldos de malas noticias. Por *Las voces del secuestro* se enteró Fernando Araújo de que su esposa, cansada de no tener noticias, había decidido rehacer su vida. O Gloria Polanco recibió la triste información de que su esposo Jaime Lozada había sido asesinado, mientras ella seguía cautiva. En la radio no hay pudor ni intimidad.

Herbin recuerda especialmente el caso de Chikao Maramatsu, el empresario japonés secuestrado por las Farc en 2001. La familia, desde el otro lado del planeta, le enviaba angustiosos mensajes en los que le pedían que resistiera y que no perdiera la esperanza. Herbin se aprendió unos cuantos de ellos en japonés y se los repetía también al nipón, que dos años después fue asesinado. También recuerda a un secuestrado llamado Vicente, que el día de su liberación, aún sin cambiarse de ropa ni llegar a su casa, fue hasta Caracol Radio a conocer a Herbin. Lo abrazó emocionado: —Usted me salvó la vida —le dijo, pues diariamente los guerrilleros le decían que la familia lo había olvidado. El sentimiento de abandono, la duda sobre si uno es amado, se exacerba en el secuestro. Cuando Vicente empezó a oír *Las voces del secuestro* se dio cuenta de que afuera lo esperaban. Que la guerrilla sólo quería torturarlo.

Cuando el subintendente de la Policía Jhon Frank Pinchao logró fugarse de su cautiverio contó ante todo el país que *Las voces del secuestro* era ese pequeño hilo que conectaba al inframundo de los campos de concentración donde ellos estaban, en las selvas, con la vida. En el secuestro, la línea entre la vida y la muerte es tenue y volátil. En la selva, los cautivos se aferran al transistor, pelean por él, sufren para que no se acaben las pilas, usan los alambres de las

esponjillas para hacer largas antenas y no perder la señal. Un mensaje de sus familiares puede ser la bocanada de aire que necesitan para no asfixiarse. Cuando este llega. O una más profunda agonía, cuando al pasar de los minutos nadie conocido sale al aire.

Todos los secuestrados ven a Herbin como un hermano. Clara Rojas no le falla nunca con los mensajes para las personas con las que convivió en las selvas del Guaviare y que hoy siguen allí, contra todo sentido común. Oscar Lizcano, Consuelo González, casi todos los liberados vuelven al programa. Hasta los guerrilleros han ido. Elsa Nellys Mosquera, más conocida como “Karina”, la guerrillera desmovilizada de las Farc, pidió perdón a los secuestrados una noche desde el estudio de Bogotá. Quienes estaban allí dicen que la voz le temblaba ante los micrófonos, pues ahora estaba del otro lado, respecto al secuestro, y no pudo evitar recordar la rabia que le producía este programa radial, cuando ella hacía parte de los carceleros.

## NO SÓLO RADIO

A mediados de los años noventa, cuando el secuestro se había vuelto endémico y se hablaba de 3.000 casos al año, el gobierno, impulsado por varias ONG, empezó a trabajar para frenar esa tendencia. Se crearon los Gaula y se endurecieron las penas de prisión para los secuestradores. Pero más allá de lo policial y lo judicial, las familias han tenido que enfrentar solas gran parte de las consecuencias del secuestro. Y todo lo que sigue después de la liberación: economías colapsadas, desconfianza y miedo al entorno, ruptura de los lazos familiares, y un largo etcétera. Herbin Hoyos, que había logrado establecer una relación humana con muchos de ellos, empezó a cumplir la función de amigo, consejero, paño de lágrimas, psicólogo de cabecera y experto en duelo. Fue así como a *Las voces del secuestro* se le fueron sumando otros proyectos, a partir de redes de amigos, que apoyan a las familias tanto en asuntos jurídicos como legales.

El joven Herbin también cumplió su sueño de ser piloto. Su afición es volar en ultralivianos. En una ocasión un ex secuestrado lo acompañó en un vuelo, y le dijo que desde arriba, la selva se ve

inofensiva, mientras que abajo se convierte en un cepo. Desde ese día decenas de liberados han hecho con Herbin el vuelo de la libertad, en su ultraliviano. Un recorrido por encima de las montañas, entre las nubes, en el que en la parte más alta los otrora cautivos gritan a todo pulmón: *¡Nunca más perderé mi libertad!*. Es una peculiar catarsis, inventada por este periodista al que no le hace falta imaginación.

Como su otra pasión son las motos, Herbin se inventó las caravanas contra el secuestro. La idea surgió cuando acompañó a un grupo de policías discapacitados que recorrieron el país en sillas de ruedas para pedir la liberación de sus compañeros. Herbin los acompañó buena parte del trayecto, tal como lo había hecho con el profesor Gustavo Moncayo –también Premio Nacional de Paz–. Pero esta vez lo hizo en moto, y con otros amigos. Pronto se dieron cuenta de que las caravanas de motos eran un vehículo perfecto de comunicación y empezaron a recorrer el país con esa idea. Aunque parece espontáneo ha requerido un gran esfuerzo logístico, coordinación con las autoridades y mucha seguridad. Las caravanas han estado en sitios tan frágiles en orden público como Putumayo y Huila, lugares donde Herbin asegura, la gente sigue reportando secuestros todos los días.

La relación de Herbin con las familias de secuestrados, y ahora con ex paramilitares y ex guerrilleros, lo llevó a interesarse en la búsqueda de los cuerpos de quienes murieron en cautiverio o bajo desaparición forzada. Empezó con la búsqueda de Diana Reyes, secretaria de la gobernación de Casanare, secuestrada por los paramilitares, de quien el propio ‘Solín’, mano derecha de ‘Martín Llanos’, confesó que había sido asesinada. Herbin hace contacto directo con desmovilizados y con los familiares de las víctimas. Cuando han ubicado una fosa, entonces llaman a las autoridades para que se hagan cargo de la exhumación.

Su interés por los desaparecidos lo ha llevado a involucrarse en temas tan complicados como los hechos ocurridos en el Palacio de Justicia. Durante meses buscó a un radio aficionado que tenía grabaciones que han servido para que la Fiscalía vincule a un grupo de militares por abuso de poder y desaparición forzada de las personas que salieron vivas de la cafetería y nunca regresaron.

Por muchas de estas actividades Herbin se convirtió en un objetivo militar de las Farc. El secretariado nunca le ha perdonado que fuera uno de los periodistas que se metió a la zona de distensión del Caguán, durante el gobierno de Andrés Pastrana, para investigar y denunciar que la guerrilla usaba esa zona creada para el diálogo y la paz, como caleta para encerrar con impunidad a centenas de secuestrados. Por eso, Herbin, a pesar de estar dedicado de tiempo completo a las labores humanitarias, carga una pistola al cinto, y está rodeado de escoltas.

Para finales de 2009, Herbin tenía planeada una marcha en motocicleta por Europa, para denunciar la persistencia del secuestro en Colombia. Justo antes de iniciar esta marcha, en octubre, se escapó de un atentado que, según las autoridades, le tenían preparadas las Farc. Entonces la marcha se adelantó. Más de cien motos estuvieron rodando por las carreteras de España, Francia e Italia, con banderas blancas y fotos de los secuestrados. Y desde los Pirineos, o desde la Plaza de San Pedro, *Las voces del secuestro* sigue al aire.

# VOLVER A EMPEZAR

---

SANDRA JANER\*

El desplazamiento forzado es el más emblemático ejemplo de la crisis humanitaria que vive Colombia. La comunidad de Unión Peneya, en Caquetá, tuvo que abandonar masivamente su territorio cuando los combates se hicieron insostenibles. Pero se unieron para regresar, y reconstruir un pueblo que encontraron completamente destruido y saqueado. Por su coraje y capacidad de lucha, fue reconocida con el Premio Nacional de Paz 2009.

---

\* Sandra Janer Patiño nació en Barranquilla hace 31 años. Es comunicadora social y periodista de la Pontificia Universidad Javeriana, donde recientemente se graduó de la maestría de Relaciones Internacionales. Trabajó durante los últimos 9 años en la revista *Semana* y actualmente es profesora del colegio Nueva Granada.



**A** las 5:30 de la mañana la Unión Peneya despierta. Sin importar el fuerte aguacero que extrañamente no oculta el sofocante sol, el primer negocio en abrir sus puertas es la tienda Todo al Costo. Escampa y llegan los más madrugadores a comprarle desde huevos hasta plaguicidas a 'doña Marta', quien en realidad se llama Linsadis Romero. Sus clientes prefieren decirle así porque les cuesta pronunciar su verdadero nombre. A ella, como muchos de los habitantes de la región, se le nota la prevención para contar lo que sucedió hace ya casi seis años, cuando los 3.000 pobladores tuvieron que dejarlo todo y huir en estampida por culpa del conflicto. —¿Verdad que si uno mira desprevenido aquí parece que nada hubiera pasado? —dice orgullosa porque su mercado volvió a arrancar de cero y es casi tan próspero como cuando tuvo que abandonarlo, para luego encontrarlo a su regreso destruido, en ruinas, saqueado, como todo el pueblo.

—Yo me prometí no llorar. Ni siquiera lo hice cuando no pude reconocer mi propia casa detrás de la maleza por los tres años y 23 días de ausencia —recuerda. Ese es un lapso que todos en la Unión repiten de memoria: es a la vez el símbolo del dolor del desplazamiento y el de la victoria de una comunidad que no se dejó vencer y renació. —Esa misma noche del retorno nos pusimos a echar rastrillo. Dormimos encima de los colchones que estaban podridos, por miedo a las culebras. Lavé los estantes y a los tres días, gracias a un préstamo, ya había arrancado con la tienda vendiendo útiles de aseo y verduras —cuenta emocionada, como para dejar claro de qué está hecha. Hoy su tienda abastece a tres hogares comunitarios de niños desplazados y al Bienestar Familiar.

La misma experiencia la han vivido los dueños de las cinco o más droguerías que hay, así como los que levantaron sus almacenes de calzado, las cacharrerías, discotecas, puestos de arepas y jugos, las sastrerías, y demás negocios que devolvieron la vida al pueblo en el que hoy habitan alrededor de 2.000 personas. Las mismas que ganaron en 2009 el Premio Nacional de Paz por su valor para retornar por iniciativa propia, desafiando el miedo a los distintos actores armados. Por volver en medio de las dificultades producidas por la erradicación de los cultivos ilícitos y el empeño de la guerrilla por recuperar el control de la zona; y pese a la desconfianza en un Estado que por mucho tiempo los tuvo abandonados.

Sin embargo hay permanentes recordatorios de que su lucha continúa. En alguna esquina no falta la casa que está vacía desde aquella madrugada de enero de 2004 cuando sus ocupantes hicieron caso a la orden que había dado la guerrilla, la única autoridad real que conocieron por más de 30 años, de desalojar la zona si se aparecía el Ejército. Hacia las afueras del caserío hay niños que todavía juegan a adivinar si eso que alcanzan a divisar en el cielo es un avión de los que fumigan o de los que patrullan la zona. Y cuando se les pregunta a los mayores por los ruidos que interrumpieron la tranquilidad de la noche anterior, hablan con una naturalidad dada por la costumbre, de explosiones y balaceras en lo profundo de la selva debido a los enfrentamientos entre el Ejército y reductos de las Farc. Incluso no faltan los que dicen que las tablas de sus casas de madera de vez en cuando alcanzan a vibrar. Quizá por eso hay algunos menos optimistas como José Romero, padre de Linsadis: —¡Qué paz!, la paz es un fusil, es mentira —refunfuña cuando se le pregunta si se siente orgulloso por el galardón recibido por la comunidad.

El desencanto del hombre de 78 años se debe a que, como antiguo morador de este lugar a orillas del río Peneya, lo conoció hace cuatro décadas cuando de la nada sus habitantes lo construyeron con sus propias manos. Tanto esfuerzo le hizo merecer el nombre de la Unión.

## TODO TIEMPO PASADO...

—Esta siempre ha sido una tierra como para flojos, porque en ella se da de todo sin necesidad de mucho esfuerzo —comenta don José, quien todavía saca pecho por su cañaduzal, “el único del que sale una panela blanquita”. Precisamente tentado por la posibilidad de adquirir un buen terreno llegó del Tolima con seis hijos, cuando “todo esto era pura selva. Y aquí nacieron los otros seis”.

Recuerda las dificultades que vivían en aquella época cuando a quienes se encontraban en la zona ribereña les tomaba dos días alcanzar la cabecera municipal a lomo de mula, y la mejor opción para comprar víveres y acceder a mínimos servicios de salud era gastar unas 15 horas a pie hasta el caserío más cercano que era El triunfo, en la vereda Paletará.

Allí vivía un líder liberal llamado Saturnino Díaz, también tolimense, que se había asentado en el Caquetá con su familia huyendo de la violencia partidista. Su hija Neruda Díaz, directora de Fundacomunidad, organización que postuló a la Unión al premio de paz, cuenta que “esos hombres y mujeres eran los más desplazados de los desplazados por la pobreza. Los colonos subsistían con la caza, la pesca y el aserrío, y morían de paludismo y picaduras de serpiente. Cuando tenían que auxiliar a un enfermo viajaban con él en hamaca, pero muchas veces cuando llegaban ya era tarde”.

Para facilitarles las condiciones, Díaz y varios pobladores del Peneya como Luis Llanos, Eulogio Olivera y Alfonso y Rosendo Motta, decidieron fundar lo que en la actualidad es la inspección de Policía la Unión Peneya, ubicada en el municipio de la Montañita. Por eso en enero de 1969 unas 20 familias a punta de machete, madera y paja empezaron a construir el pueblo en los potreros de don Alfonso, a cultivar maíz y arroz, sin ayuda de las entidades estatales “que pensaban que arriesgarse a hacer presencia en un lugar tan remoto y con tan poca gente era una locura”, agrega Neruda. Pero su ubicación estratégica la convirtió en el único centro poblado al que confluían muchas veredas, y eso la hizo crecer rápidamente. Tanto que hasta podía aspirar a ser municipio.

Mientras a algunos habitantes se les nota el recelo para hablar, a don José no le tiembla voz al reconocer que las cosas cambiaron desde que a mediados de los años 70 llegó la guerrilla para imponer su ley. —Yo me tuve que retirar de aquí un tiempo por sus amenazas, porque me advirtieron que me iban a matar. No sé por qué. Yo era conservador pero nunca profesé un ‘viva’ por fulano o sultano. La violencia es una tontada —apunta. Y como buen evangélico, una religión que muchos de sus vecinos profesan, termina su reflexión—: Se la inventaron los que se creen los dueños del mundo, cuando el dueño del mundo es solo uno, Dios, el único que me ha guardado.

### QUIÉN ES EL ENEMIGO

En la Unión Peneya no faltan chistes irónicos de que se trata de una Inspección de Policía en la que no hay ni inspector ni policía. A esta última no la ven con tan buenos ojos, pues si se establece una estación el pueblo muchos creen que se convertiría en blanco de los subversivos. Por otra parte dicen que desde hace varios años no hay quien se le mida a ser inspector en un lugar con una situación que aún es complicada. No olvidan que en 1976, cuando las Farc aparecieron por primera vez en el pueblo, el primero en ser asesinado fue quien ocupaba ese cargo. Así lo cuenta Abelardo Ortiz, constructor, dueño de un local para llamadas telefónicas —pues en la Unión no hay señal para celulares— y actual presidente de la Junta de acción comunal, cargo desde el cual ejerce el verdadero liderazgo del pueblo.

Tiene 45 años y todavía en su memoria guarda la imagen de una noche de diciembre, cuando tenía 12 y vio a unos extraños vestidos de camuflado. —Llegaron donde el cura de entonces, reunieron a la gente en la plaza de mercado y se presentaron. Compraron cosas en los almacenes y nos dieron regalos de navidad a los niños —recuerda. En esa incursión no solo asesinaron al inspector sino también a dos de sus líderes que eran comerciantes y que aparecieron al otro lado del río.

Pero aquellas décadas no solo estuvieron marcadas por el imperio de la guerrilla, en especial del frente 15 de las Farc, sino también por el reinado de la coca. Existe la leyenda de que un indio ya viejo,

de los pocos que quedaban en la zona, les advirtió que sobre el pueblo caería una maldición por haber convertido “una planta sagrada en una mercancía sucia...” —Eso se oía por aquellos lados —cuenta Ismael Ospina, concejal de la Montañita. Profecía o no, la suerte de la Unión empezó a cambiar. —Era el sostén de muchas personas, el comercio aumentó y aunque nació mucho trabajo también llegaron los problemas. Las cantinas hicieron su agosto. Me acuerdo de que había un señor al que le decían ‘Bombillo’ que después de vender los morralados de pasta llegaba a tomar con fajos de billetes que tiraba al techo para que lo atendieran —relata Abelardo. Se desató la cultura del dinero fácil, con niños raspachines menores de 12 años que andaban con plata en los bolsillos, y muchos olvidaron sus cultivos tradicionales.

—Hubo gente que supo aprovechar la bonanza cocalera como un yerno mío que pudo comprar 500 reses y luego se salió de eso, pero la mayoría se bebía la platica y en un solo negocio llegamos a contar casi 140 canastas de cerveza en una sola noche —comenta impresionado don José. —En esa época molestábamos con que esto no debía llamarse la Unión Peneya sino ‘Peinilla’ porque las peleas de borrachos eran el pan de cada día. La coca fue un desvaradero para la gente pero a muchos se les metió el diablo y no supieron manejar las cosas —dice doña Evelia Hernández, una anciana que conoció al pueblo cuando este apenas nacía. La coca se utilizaba como dinero en efectivo y no faltaban los locales en los que cada artículo tenía su precio equivalente en ese producto. —Muchas mujeres se convirtieron en mulas para poder sacar droga y a mí me lo propusieron varias veces. Yo les respondía que no quería volver a quedar presa, que ya suficiente tenía con la cárcel de mi casa —bromea Crisanta Buitrago, una mujer ya mayor que vivió más de 30 años en el pueblo, y en cuyas palabras se percibe una crítica al machismo que aún se respira en la región.

Ante ese caos las Farc, que controlaban el negocio de la coca, impusieron una serie de normas: destierro o muerte para los ladrones, así como para los “sapos”, y multas para los infieles y parejas que armaran alboroto en público. Algunos hablan de las bondades de las jornadas de trabajo que organizaban una vez al mes y que consistían

en reunir a toda la comunidad para realizar labores como arreglar una carretera para poder sacar las mercancías. —Si uno era forastero no era tan fácil entrar. Al que llegaba lo estudiaban, le revisaban qué llamadas telefónicas había hecho. Tocaba pedir permiso para irse y si uno viajaba mucho a Florencia lo miraban con sospecha. A mí no me dejaron salir por tres meses en una especie de período de prueba —explica Heriberto Sánchez, quien llegó a la Unión en 2002 atraído por su buena economía para abrir una droguería. —Yo les dije: “camaradas, mi negocio está a su servicio”, esa era la única forma de sobrevivir allá —dice desde Florencia donde se radicó con su familia.

En la capital también vive Rosalba Olivera, hija del fundador, quien habiendo llegado al pueblo a sus 20 años, y echado raíces allí por más de tres décadas, no quiso retornar después de la huida masiva. Para ella ese fue el último golpe que pudo soportar: —La guerrilla me mató a una hermana que era presidente de la Junta de acción comunal de una de las veredas que hacen parte de la Unión, y a uno de mis 9 hijos cuando regresó de haber prestado el servicio militar —dice con los ojos llenos de lágrimas—. Me da mucho guayabo acordarme de él que allá nació, creció y estudió y allá mismo me lo quitaron. Lo que perdí con el desplazamiento con el tiempo pude recuperarlo, pero a mi niño no.

Las ruinas del cementerio son hoy testimonio del dominio del Frente 15. Todavía quedan en pie algunos restos del mausoleo de mármol que el comandante conocido como el ‘Mocho César’ levantó para honrar a los guerrilleros que morían en los enfrentamientos con el Ejército. Cuentan que andaba escoltado, que nunca sonreía y que por ahí pasó a Ingrid Betancourt el día en que fue secuestrada. Años más tarde murió en combate, poco antes de que la comunidad fuera desplazada. Su tumba se convirtió en sitio de peregrinaje. Hasta allí llegaban personas para pedirle milagros a cambio de una misa. Tal vez porque aún muerto seguían temiéndole; o porque tenían la esperanza de que los protegiera de los soldados oficiales —a los que llamaban chulos—, o de los paramilitares que se encontraban en las cabeceras municipales. Porque en la Unión nunca se ha hablado de buenos ni malos. —Con el único bando que estamos es con el nues-

tro —suelen decir. El sentimiento colectivo es que han cargado con rótulos que no les pertenecen.

—A mí los paracos me desaparecieron un hijo de crianza que me ayudaba con el negocio, porque supuestamente nosotros colaborábamos con la guerrilla. Sí, seguramente les vendíamos cosas, pero es que el que manda, manda aunque mande mal —aclara Linsadis. —Es cierto que acá había milicianos, pero aún el que no lo fuera, solo por ser de la Unión era tachado de guerrillero —asegura Heriberto. Según su testimonio el miedo se hizo mayor cuando el Ejército empezó a hacer sus incursiones, en una de las cuales habría capturado a 11 habitantes. —Los acusaron de rebelión y los metieron presos aunque después fueron saliendo de la cárcel porque no les comprobaron nada —comenta Crisanta. Para entonces ya todos estaban advertidos por las Farc: apenas se acercara el Ejército tenían que desalojar o de lo contrario se convertirían en objetivo militar. —Querían que nos mantuviéramos al margen de los soldados, que no les prestáramos ningún servicio—cuenta el concejal Ospina.

## LA HORRIBLE NOCHE

Aunque ahora nadie se inmuta, antes en la Unión Peneya el sonido de las hélices de los helicópteros funcionaba como una especie de alarma que hacía temblar a cualquiera. Y esa alarma interrumpió la misa dominical la noche del 4 de enero de 2004. Nadie recuerda el sermón del padre de esa ocasión, pero sí su expresión de temor cuando les pidió a los feligreses mantener la calma: —Nos dijo que si alguno quería irse para arreglar sus cosas en la casa se fuera tranquilo. Yo preferí completar mi misa —recuerda Crisanta. Pero lo que afuera se vivía era digno del juicio final. La gente gritaba y corría despavorida en todas las direcciones. Ella no pudo salir del pueblo porque en su casa se estaba hospedando una mujer embarazada que necesitaba reposo pues se había caído recientemente. —No me la podía llevar y me encomendé a Dios. Pero en la madrugada tocaron a la puerta avisándonos que teníamos que desalojar —recuerda. Al parecer se trataba de milicianos haciendo cumplir la orden. —Todo estaba oscuro y a mí me tocó montar a esta niña en un bus que venía

lleno para que fuera hasta su finca en un caserío cercano mientras yo seguía a pie. Pero en una parte del camino el bus tuvo que desviarse porque no cabía por la carretera y ella se bajó. Desde entonces se fue apoyándose de mi hombro y yo andaba a su paso, despacito, sin saber lo que iba a pasar. Luego nos encontramos con el padre que iba en su moto y nos contó que le había tocado buscar otra ruta porque habían cerrado el paso por muchas vías.

Linsadis, quien huyó con su esposo, su niño de ocho años y su hija que tenía un bebé de brazos, siguió al pie de la letra una rutina que ya había memorizado: —Como pensaba que esta vez iba a ser igual a las incursiones anteriores del Ejército en las que sólo se quedaba por pocos días, me quité los anillos y me puse la sudadera más vieja y las botas con la mentalidad de que iba a volver. Quién iba a imaginarse que me iba a tocar dejarme esas botas durante seis meses porque no tuve cómo comprarme nada más.

A nadie le dio tiempo de sacar sus ahorros que por la ausencia de bancos guardaban debajo del colchón, o escondían entre las paredes. En esa marea humana iban enfermos, incluyendo un ciego, el esposo de doña Carmen Cañadera, quien tuvo que llevarlo de la mano hasta llegar a la vereda de Los Andes. También dicen que en medio del alboroto una mujer dio a luz y que por el impacto a otra “se le fue la mente”. Así explica Mariela Torres la repentina pérdida de memoria de su mamá que no recuerda nada de lo que sucedió, y por eso es capaz de sonreír tranquilamente. —Eso fue un trauma muy duro para ella, y empeoró a los dos meses de irnos cuando mi abuela murió —dice. La mejor manera que el profesor de música Carlos Villa encuentra para describir la desesperación que vivieron esas primeras 24 horas es el número de personas que se montaron en su campero: —Le cabían 10 y se subieron 24.

Los de la Unión se dividieron rumbo a las distintas poblaciones aledañas en busca de un refugio seguro. Sin entrar en mayores detalles dicen que, presas del pánico, si en el camino alguno se tropezaba con soldados, inventaban alguna excusa para responder por qué habían decidido irse. —Llegamos a una escuela vacía porque era época de vacaciones y tumbamos las puertas a patadas para pasar allí la noche recostados en el suelo. Nadie pegó un ojo. Al día siguiente en una olla

que nos prestaron hicimos un sancocho de huesos de marrano, en una estufa improvisada con piedras al estilo paseo. Cuando íbamos a repartir la poca comida que teníamos me di cuenta de que no había platos. Pero había un perro, no sé de quién, que estaba listo para comer de su taza y yo se la quité y ahí nos servimos, turnándonos. El recipiente todavía existe porque una amiga lo guardó de recuerdo —relata el profe Villa, quien tiempo después, como todos los demás, se dio cuenta de que el Ejército había llegado para establecerse como parte del Plan Patriota de recuperación del territorio. Y mientras eso fuera así, la guerrilla no los dejaría retornar. Por eso, para ganarse la vida decidió unirse a una banda de Florencia, Los bacanes del sur, “famosos en la región por su éxito *El raspachín*, el himno de los cocaleros”.

A Abelardo Ortiz se le quiebra la voz y no puede contener las lágrimas cuando recuerda lo difícil que fue dejarlo todo atrás y tratar de buscar opciones en el Doncello. —Había días en que no provocaba ni vivir. Uno estaba acostumbrado a tener una vida buena, había mucho trabajo y nunca nos había faltado comida. Allá nadie lo conocía a uno, tuve que dedicarme a echar guadaña y lo poco que ganaba sólo me alcanzaba para el arriendo, que nunca antes había tenido que pagar, y para un caldo de papa o una tripa que compraba en la carnicería con 2.000 pesos.

Su situación mejoró un poco cuando consiguió varios encargos en construcción. Por su parte, Linsadis Romero dice que vio madres de familia rogando por las sobras en algún restaurante para alimentar a sus hijos pese a que nunca habían pasado hambre. Y otra de las habitantes, Mery Chavarro, quien es la secretaria de la Junta de acción comunal cuenta que la mayor humillación fue tener que pedir limosna después de haber perdido su cacharrería en la que trabajaba diariamente de 6 de la mañana a 10 de la noche, “y que me dejaba seis millones mensuales. Ahora me tocaba lavar ropa, cocinar, y lo que saliera. Pero nada más duro que el desprecio de mucha gente que nos decía que por qué no nos devolvíamos a nuestro pueblo”.

Y es que de todos los habitantes solo dos se negaron a abandonarlo. Entre ellos don Arturo Burgos, un abuelo de noventa y pico de años, y doña Paula Díaz, con 102, la más anciana de la Unión,

que se quedó esperando a que volviera su único hijo varón. Su hija octogenaria Francisca Bello no tuvo más remedio que acompañarla junto a su tataranieta. —Yo estaba pasando navidad en otra vereda y cuando quise volver con el resto de la familia no pudimos entrar. Luego ellas nos contaron que oían la plomacera y como les daba miedo que se destruyera su casa de tablas se pasaban calladitas a una de bahareque para que nadie notara su presencia. El Ejército se dio cuenta de que había gente cuando la niña se puso a hablar con la lora —recuerda su nieta Noelia Bello. Durante tres meses los soldados les llevaban provisiones pero solo las convencieron de montarse en un helicóptero y abandonar su casa cuando un cilindro de gas alcanzó el tanque de agua y lo destruyó. —Don Arturo se quedó viviendo en un ancianato de Florencia, pero mi abuela no quería morir en un lugar ajeno —comenta. Su sueño se hizo realidad cuando por fin regresó junto con los demás desplazados en enero de 2007. Dos años después pudo descansar en paz.

## HACIENDO HONOR A SU NOMBRE

—Muchos se preguntarán si vale la pena otorgarle el Premio Nacional de Paz a una comunidad que sigue enfrentando una problemática muy seria —señala el padre Darío Echeverri, presidente del jurado que este año otorgó el galardón, y continúa—: creo que así como el Nóbel de Paz a Obama fue un estímulo a sus políticas conciliadoras, esta distinción para la Unión Peneya es un reconocimiento para unas personas que dieron la respuesta más seria al fenómeno del desplazamiento: retornaron. Y con eso se convierten en un referente para otras poblaciones que desean recuperar una vida digna.

Más mérito aún porque aunque todos describen su regreso al pueblo con la expresión “volver a nacer”, el proceso para lograrlo “fue otro calvario”, como asegura el concejal Ospina quien para el momento del retorno ya se había convertido en presidente de la Junta de Acción comunal de Palestina, una de las tantas veredas aledañas a las que emigraron los desplazados. —Los líderes de la comunidad nos habíamos mantenido en contacto y éramos conscientes de que debíamos volver, que no podíamos dejar morir el pueblo —afirma.

Aunque de voz a voz habían escuchado que la zona estaba minada, que había enfrentamientos constantes en los alrededores y que no era seguro volver, en 2006 pensaron que ya había sido suficiente. Fue así como, con el respaldo de los campesinos de la región que se habían perjudicado con el cierre de un paso estratégico y su mayor centro de abastecimiento, organizaron una primera reunión con representantes de todos los caseríos. —Asistimos entre 300 y 400 personas y propusimos la creación de una comisión que hablara tanto con el Ejército como con la guerrilla para decirles que lo único que queríamos era volver sin represión y vivir en paz —agrega Ospina, quien hizo parte de este grupo negociador.

Paralelamente surgió otra comisión que nunca prosperó por las negativas de las Farc. —A través de contactos llegamos hasta donde el comandante de turno para preguntarle cuáles eran nuestras posibilidades de volver, pero salimos regañados. Nos dijeron que nos quedáramos quietos y que si el Ejército no salía no pensáramos en regresar pues no podían permitir que la población civil se enrolara con los militares —comenta Heriberto Sánchez, quien fue presidente de la Asociación de Desplazados.

Entre tanto ya habían organizado encuentros con distintas entidades del Estado para plantearles su situación. —Cuando nos dijeron que sí podíamos retornar, nos empezaron a hablar de mil requisitos que había que cumplir y nosotros ya estábamos cansados y muy heridos de parte y parte —recuerda Abelardo, quien también fue miembro de la comisión.

Pero gracias a su insistencia y después de muchos tropiezos —incluido el concepto de que las condiciones no eran aptas para el regreso—, sus planes empezaron a andar, aunque lentamente. Su primer gran logro fue que le permitieran al comité hacer una visita a la Unión para verificar las condiciones en que estaba el pueblo, en compañía de representantes de la Iglesia, la Defensoría del Pueblo, Acción Social y perros detectores de minas. Entonces también tuvieron una nueva decepción: —Cuando entré a la iglesia, hasta las heridas del Cristo eran más grandes. Lo habían perforado en busca de guacas —relata el padre Israel Betancur, porque en la que iba a ser su parroquia, la de Todos los Santos, ni estos se habían salvado del

deterioro y el saqueo. El panorama lucía más desolador por cuenta de los adornos navideños todavía colgados en medio de telarañas y los juguetes decapitados.

—A uno le da de todo porque quiere lo que tiene y no encontrarlo es muy duro. Pero lo peor fue decirle a la gente lo que habíamos visto. Como a doña Nelly, dueña de la cacharrería Leo, que tenía artículos de oro y plata y que estaba endeudada, y me tocó decirle que no quedaban ni las vitrinas. Por un tiempo su esposo estuvo mal de la cabeza por la noticia —admite Abelardo aún con tono de impotencia. Gran parte de la población señala a los soldados como responsables de la destrucción del pueblo para quedarse con “botines de guerra”, y hay quienes desde el exilio dicen haber visto salir del pueblo camiones con las pertenencias de la comunidad, uno de los cuales fue detenido por las autoridades en algún retén, y cuya carga habría sido decomisada. En la actualidad los desplazados esperan una indemnización, por lo cual “presentaron denuncias contra el Estado por presuntos actos de pillaje de los militares”, agrega el Defensor del Pueblo de Caquetá, Álvaro Castelblanco. Sin embargo, el Ejército asegura haber entrado al pueblo días después del desplazamiento y que antes bandoleros y milicianos tuvieron tiempo de hacerse con las pertenencias. Otros no saben qué pensar: —No es seguro quiénes lo hicieron, lo único cierto es que fueron unos dementes —concluye el sacerdote.

“¿Sí será La Unión capaz de reponerse de esto?”, era la pregunta que se hacía Ismael Ospina junto con los demás líderes de la comunidad. Después de varias fechas postergadas, la respuesta la obtuvieron el 27 de enero de 2007 cuando a las 5:30 de la tarde, más de 1.500 pobladores que conformaron la caravana de retorno volvieron a poner sus pies en el pueblo, después de 3 años, y 23 días... ese lapso inolvidable. La alegría de volver se mezcló con el llanto por lo perdido, por el pasado, por un futuro incierto. Y como recordando a los primeros pobladores que de la nada construyeron el pueblo, juntos y equipados solo con su voluntad, palas, cemento y ladrillos, niños y adultos en cuestión de semanas pusieron en pie más de 40 años de historia. —Esa fue la prueba de que aunque en el Caquetá se construyeron muchos pueblos de paso, ese no fue el caso de la Unión Peneya pues el arraigo de sus habitantes no se rompió ni con

el desplazamiento —asegura Neruda Díaz que con el equipo de Fundacomunidad ha logrado que ONG internacionales se interesen en apoyar proyectos de la comunidad.

—Estamos empezando una nueva vida —dice Arlex Gómez, actual presidente de la Asociación de Desplazados. Precisamente por eso reconoce que en este camino que han emprendido las dificultades continúan, especialmente por la erradicación de cultivos ilícitos. —Muchas familias de las veredas de la Unión han quedado en la ruina y por eso esperamos ayuda con proyectos alternativos que sean rentables. Después de todo tenemos que acordarnos de los viejos tiempos, de la cultura de cultivos tradicionales cuando nadie se moría de hambre —explica con optimismo. Eso sí, hablan de la necesidad de mejorar el estado de las vías para no estar tan aislados y así poder sacar sus productos sin que sea tan costoso.

Por si fuera poco, según cifras de Acción Social, ha habido siete víctimas de minas en las veredas vecinas en los últimos 12 meses. Y algunos comentan en voz baja que la guerrilla aún ejerce presión y amenazas para que la población no se una a los programas de desarrollo de esta entidad de la Presidencia. Pero aunque no es fácil después de haber tenido por décadas a las Farc como única autoridad, se les notan las ganas de confiar en un Estado que hasta ahora están conociendo.

El padre Israel concluye que “independientemente de los tropezos, cuando la gente lucha por un mañana mejor ya está trabajando por la paz”. Eso es lo que todas las tardes recuerda la banda de la Unión integrada por jovencitos entre 10 y 15 años. Su conservatorio es un potrero en el que quedan vestigios de una obra que nunca se concluyó, donde las piedras y bloques de cemento hacen las veces de atriles para leer las partituras. —Empezamos con un tambor dañado y una trompeta desafinada con la idea de ofrecerles opciones de entretenimiento a los más jóvenes —comenta su director, el profe Villa, quien después de trabajar en su negocio de productos veterinarios se dedica a demostrar con la música que algo bueno puede surgir de las dificultades.

Pronto esperan ensayar en el centro comunitario cultural que se planea construir con los recursos del Premio Nacional de Paz,

con nuevos instrumentos que en parte han recibido de donaciones. Así seguirán enorgulleciéndose de ser los mejores embajadores del pueblo cuando se presentan en festivales folclóricos en los distintos rincones del municipio. Porque los miembros de esta banda de paz conquistan a quien los oiga: Wilfran y Juan Pablo con su estilo ceremonioso de tocar el bombo y el redoblante, Jeison por la concentración que le imprime a hacer sonar sus platillos, su tocayo Jeison y Eiber porque sus pequeños cuerpos parecen gigantes cuando soplan sus trompetas, y Carlos y Dana cuando dejan escapar sonrisas mientras tocan el clarinete y el saxofón.

A las seis de la tarde cuando cae el sol y terminan sus ensayos, estos artistas se van a sus casas al ritmo de *El negrito del batey* o *Lucerito*. Y con cada acorde que tocan por el camino hacen pensar que definitivamente la esperanza también está retornando a la Unión Peneya.